

MARCOS NIETO PALLARÉS

SILBIDOS DE SUPRESIÓN

HAY SONIDOS CAPACES DE
ATRAER A LA MUERTE





SILBIDOS DE
SUPRESIÓN

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Silbidos de supresión

© Marcos Nieto Pallarés

Maquetación y edición: *Trabajobbie*

Primera edición: Septiembre 2018

SILBIDOS DE SUPRESIÓN

Una vida a tu lado; tenerte y ser tuyo: lo que disfruto y lo que
deseo gozar eternamente. Por ello mis letras te pertenecen.
Es para ti; todo, siempre, Marta Martín Girón.

«Llegará el día en que termine esta horrible guerra y volveremos a ser personas como los demás, y no solamente judíos.»

Anna Frank

ÍNDICE

[TRABAJO A DOMICILIO](#)

[DE UN «CERTERO» DISPARO](#)

[DE CUERPO PRESENTE](#)

[ÍDEM](#)

[SEGUNDO ERROR](#)

[NUNCA DIGAS QUE ESTA SENDA ES EL FINAL](#)

[EL SILBATO, EL CUADERNO, EL PELO Y EL RETRATO](#)

[ARBEIT MACHT FREI](#)

[SIN ESCAPE](#)

[ENGENDRANDO ODIO](#)

[CON LA BOCA ABIERTA](#)

[LA LISTA DE IRENA](#)

[DE RAÍZ](#)

[LA MARCA DE LA ASESINA](#)

[ESCALERAS ABAJO](#)

[NAZIS EN LAS VEGAS](#)

[PLAYA Y SERRÍN](#)

Se acercó a la nave abandonada. No creía lo que a punto estaba de hacer, y que, durante mucho, no se vio con fuerzas de llevar a cabo. Pero allí estaba, conduciendo y con un hombre narcotizado en el maletero.

No era la primera vez que se acercaba a la vieja fábrica. *In situ* y *a priori* había evaluado cada pormenor, medido y cronometrado, establecido pautas..., se había cerciorado de que aquel era el lugar idóneo.

Aparcó justo delante, dejando las luces encendidas; lo único que iluminaría su ladrillo anaranjado aquella noche. La luna se percibía como un hilo blanco y curvado que apenas otorgaba luz.

Los nervios afloraron, revolviéndole las tripas. Se necesitaba mucho estómago para urdir lo que estaba haciendo. Pero aquello solo era miedo a ser descubierta; carecía de toda compasión por su víctima.

Llevaba tiempo maquinándolo cuidadosamente. Pero por mucho que lo considerara justo, todo le generaba un contradictorio malestar. «*He de hacerlo. No hay vuelta atrás*», se dijo, aferrando con fuerza el volante. Sintió cómo un escalofrío le erizaba el vello de la nuca.

Guantes de látex y forro de plástico en los zapatos. La caja de la furgoneta revestida con el mismo material, evitando así dejar rastros del delito aún por consumir; aunque a decir verdad, lo hecho hasta el momento constituía uno en toda regla. En la cabeza, una redecilla «especial» confeccionada para la ocasión; no podía permitirse «perder» ni un solo pelo durante la faena. Tras la ejecución quemaría su ropa.

Cada paso se había calculado. Restaba dar la zancada final.

Se miró en el espejo retrovisor y recordó la última escena de la película *Infiltrados*, en la que aparecía Mark Wahlberg de una guisa semejante; si bien, la del film resultaba mucho más profesional.

Se apeó del vehículo. Pisó la gran explanada que antaño sirvió de *parking* a las instalaciones. Tenía entendido que aquella fue una empresa de renombre; ahora, sus paredes apenas se mantenían en pie. Apartada del mundanal ruido. Lejos de todo y todos. Perfecta.

Acarició la chapa. El látex se deslizó por la carrocería mientras su mente no dejaba de arrojar imágenes del pasado. Apenas cinco pasos la separaban de su destino.

«No me atraparán —pensó mientras abría el portón trasero de la furgoneta. Al costado del sujeto, en posición fetal, drogado, maniatado y amordazado, el rifle que acabaría con su vida —aunque en realidad lo haría una de las balas almacenadas en el cargador—. Estoy preparada. He estudiado cada cómo, cada cuándo y cada dónde. Sé el porqué, la naturaleza de este acto que todos verán como una aberración. Conozco la forma de quedar impune, de sortear la cárcel. Y lo haré por ti, por cada uno de los que padecieron la maldad absoluta».



TRABAJO A DOMICILIO

—¿Vendrás a comer?

—No lo sé, amor. Ya sabes: depende de muchos factores. Supongo que no. —Asintió—. En fin... Te llamo cuando inspeccione la escena del crimen, ¿vale?

—Esperaré impaciente tu llamada.

Sonreí.

—Eres un pilar fundamental para la ciudad de Phoenix, ¿sabes? — bromeé al tiempo que le guiñaba el ojo—. Has resuelto más casos que la mayoría de agentes; y sin la ayuda de una placa...

—La tuya vale por dos. —Me devolvió el guiño.

—Además: nunca mejor dicho.

Mi esposa trabajaba por aquel entonces como experta en resolución de proyectos de desarrollo. Se dedicaba a acompañar a un equipo durante el transcurso de un proyecto y asegurar que se cumplieran las buenas prácticas, actuando como un facilitador y solucionador de problemas. Justo ese día empezaba unas pequeñas vacaciones de quince días. Entonces no lo supe, pero ese hecho sería crucial en el caso que a punto estaba de iniciar. Por otra parte, sus remuneraciones —muy superiores a las de un detective de homicidios—

nos permitían vivir en una casa con jardín situada en una zona residencial y tranquila de la ciudad.

La besé como siempre antes de partir. Conduje mi Chrysler 200 al centro de la ciudad, lugar al que también se dirigía mi compañera a los mandos de su Mustang.

El astro rey asomaba tímido tras las montañas; Phoenix se desperezaba a ritmo de claxon y frenazo. El tráfico se atendía fluido y sus estridencias a baja frecuencia. Subirían de ritmo e intensidad tal cual sus habitantes se pusieran como yo en marcha.

Vivía a las afueras, lejos del corazón de la urbe. Desplazarse a sus entrañas era como pasar de un huerto de naranjos a un bosque de secuoyas. Los rascacielos se divisaban únicamente en una pequeña porción de lo que en realidad era Phoenix: edificaciones de baja altura.

Llevaba horas despierto, azotado por el persistente insomnio que truncaba —demasiado a menudo— mi descanso. No recordaba haber dormido más de seis horas seguidas; al menos, en los últimos cinco años. Las ojeras ya formaban parte de mi fisionomía. Aun con todo, estaba listo para afrontar un nuevo caso: el hallazgo de un hombre asesinado de un disparo en la cabeza.

Saqué el brazo por la ventanilla.

«Las ocho de la mañana y ya se prevé un día caluroso».

Tardamos tres días en resolver nuestro último caso: un coche incendiado a las afueras con un hombre carbonizado en su interior. En principio, todo indicaba a un suicidio; incluso se encontró una carta donde el fallecido explicaba los motivos que le llevaron a quitarse la vida. Pero nosotros indagamos más allá de lo obvio en busca de la verdad; el caso olió a chamusquina desde el principio. ¿Por qué se suicidaría alguien que acababa de conseguir un merecido —y luchado— ascenso? No tenía sentido. Cerca del

maletero encontramos una lata de gasolina con la que el presunto suicida roció el vehículo y su propio cuerpo para, tras esto, introducirse en el asiento del conductor y prenderse fuego. Extraño. No encontraron restos del fuel por donde hubo de andar antes de alcanzar la puerta. Es más: ¿Por qué no « ducharse » dentro? Quería matarse, no quemar el coche... Además, las pruebas forenses detectaron un alto porcentaje de somníferos en su sangre, que la mujer atribuyó a la depresión e insomnio que, según ella, padecía. En cambio, en el banco donde trabajaba nadie atendió a dichas dolencias. Y para rematar uno de los asesinatos más chapuceros que he tenido el « placer » de investigar, el grafólogo determinó que la carta de suicidio no estaba escrita por el « suicida ». A partir de ahí, solo hubo que interrogar a la esposa y a sus tres hijos. Mostrarles lo que teníamos fue más que suficiente. El mayor se desmoronó. Con tan solo diecisiete años ayudó a su madre a sedar a su padre, subirlo al coche y... En fin, un despropósito más del que fui « testigo ».

Un caso corto y sencillo, pero que no podía quitarme de la cabeza. Quizá por ello dormía incluso menos de lo habitual. En mi interior algo no marchaba bien; la malicia filtrada por mis sentidos parecía estar robándole espacio al sosiego. Por suerte, tenía a Yanet, quien me sujetaba al borde del abismo. Estando a su lado la calamidad se tornaba en calma y el pesar en armonía.

Recuerdo a los compañeros del difunto contar maravillas sobre él: un buen hombre que luchó lo indecible por conseguir lo que tenía y que, a fin de cuentas, fue lo que le condujo a la muerte. Por un puñado de dólares, como reza el western, su esposa e hijo le mandaron al otro barrio. La desalmada pretendía cobrar un seguro de vida y quedarse con todo. No tuvo bastante con una casa bonita y un buen coche, quiso más. Por suerte, por allí andábamos Jailene y yo para otorgarle lo que merecía: una hermosa y extensa cadena perpetua.

¿Qué sería de esos dos niños, de los hijos y hermanos de un asesino?

Tiempo atrás decidí centrarme únicamente en mis competencias, sin propasarme un milímetro de lo que es buscar a un asesino o a una asesina. Lo dijo Charles Darwin: « Las especies que sobreviven no son las más fuertes, ni las más rápidas, ni las más inteligentes; son aquellas que se adaptan mejor al

cambio». Y yo tuve que adaptarme al que sufrió mi vida cuando entré en el cuerpo. Amaba mi trabajo, no lo duden, pero era uno que castigaba sin clemencia. Y aunque intentaba seguir las doctrinas del señor Darwin, he de confesar que apenas lo conseguía.

«Lo han encontrado con un tiro en la cabeza en una fábrica abandonada. —Recordé las palabras del comisario. No hacía ni una hora de su llamada—. Supongo que será un ajuste de cuentas entre bandas callejeras».

Paré en un semáforo. Me quedé absorto en su luz roja.

«Un buen año a pesar de todo —cavilé mientras un peatón cruzaba por el paso de cebra—. Casos fáciles y sin desplazamientos de larga duración. Esperemos que el año termine bien. Cruzaremos los dedos».

El verde me otorgó preferencia. Cuando apenas había avanzado unos metros, un golpe seco me zarandó violentamente sobre el asiento. Mi cabeza golpeó el respaldo, envistiendo de inmediato al volante como un toro bravo. La sacudida me desorientó. De no haber llevado el cinturón, me habría reventado la nariz.

«Joder. Su puta madre».

Aturdido, salí del vehículo y me dirigí a su parte trasera.

«Mierda».

—¡¿Estás ciego?! —le grité al conductor de la furgoneta roja que acababa de estamparse contra mi monovolumen.

Un hombre corpulento se apeó del furgón al tiempo que los curiosos formaban una larga cola.

«Cómo nos gustan los desastres ajenos... —pensé mientras intentaba dirigir el tráfico, descongestionar la hilera de vehículos».

—Lo siento —se disculpó sobresaltado—. Me he despistado y no he

podido frenar a tiempo.

De pronto, entretanto escuchaba las explicaciones de aquel sujeto, un dolor extremo recorrió mi nuca; un latigazo que asemejó arrancarme la piel. Caí de rodillas.

—¿Está usted bien?

—Soy policía —dije mareado, con ganas de vomitar. A penas podía hablar—. Llame a este número y explique lo sucedido.

Le di la tarjeta del comisario; siempre la llevaba en mi cartera. Me senté sobre el asfalto con la espalda apoyada en una de las ruedas de mi Chrysler. Intenté relajarme, no mover las cervicales: motivo más que probable de mi malestar.

Mientras padecía los efectos del impacto, atendí de fondo al idiota que me había jodido la mañana:

—Está mareado. Envíen una ambulancia, por favor...

Hasta ahí pude escuchar.



Desperté confundido. Tardé un instante en cerciorarme de lo ocurrido: el accidente, el desmayo..., y en reparar dónde estaba: un hospital.

No podía mover el cuello. Otra novedad: llevaba puesto un collarín.

—Hola, amor.

La voz de Yanet se escuchó por mi derecha. Enseguida la tuve a mi lado.

—¿Qué diantres me ha pasado? ¿Qué hora es?

—Un esguince cervical. Lo del desmayo es más extraño. Son las doce del mediodía. —Sonrió mientras me acariciaba el pelo—. Me han avisado de inmediato. Ventajas de ser la mujer de un policía, supongo.

«¿Las doce? Joder».

—Igual no ha sido un desmayo, sino una «siesta» —bromeé, sintiendo un intenso aletargamiento—. Tanto sueño atrasado, que a la primera excusa mi cuerpo se ha aprovechado.

—No creo... —musitó sonriente.

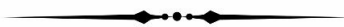
—En fin... Avisa a los médicos de que me doy el alta, tengo trabajo.

—No tan rápido, velocista. Jailene y Clayton han llamado. Han insistido en que vuelvas a casa y descanses. Tu compañera te informará del caso a domicilio. Y yo, por supuesto, secundo su propuesta. Hoy tu jornada ha terminado antes de empezar, detective. Y no se te ocurra contradecir a dos mujeres decididas...

—Eso jamás. Dios me libre de semejante temeridad.

—Avisaré a la doctora.

Yanet pulsó el botón que alertaría a las enfermeras.



«*Quién me iba a decir* —cavilé nada más entrar—, *que hoy pasaría la jornada en casa*».

—¿Te preparo una infusión? —preguntó Yanet en voz alta desde la cocina.

—Claro. *Minti Morocco*, por favor —contesté en un tono elevado para que también pudiera oírme—. Y hazte una y ven aquí conmigo, anda.

—¿Qué crees que iba a hacer? —cuestionó en un tono similar.

—Pues ni idea. Si viera el futuro, no tendría que arrastrarme por las calles de Phoenix en busca de homicidas, ¿no crees?

—Pues no lo sé. Pero acabo de imaginarte con un turbante y una bola de cristal y..., la verdad es que te he visto muy mono.

Negué con la cabeza y los ojos vueltos.

—Para tener un coeficiente intelectual de ciento cincuenta puntos, tus pensamientos dejan mucho que desear.

—No he dicho que lo haya pensado: he dicho que lo he imaginado.

—¿Hay alguna diferencia?

—Por supuesto que la hay.

—En fin... Dejemos el tem...

«Ding-dong». Sonó el timbre, cortando mi elocución.

—Voy —dijo mi esposa—. Será Jailene.

—Joder, Jeray, pareces una jirafa —manifestó mi compañera nada más verme—. ¿Tienes que llevarlo mucho tiempo?

—El justo y necesario. Pero dejémonos de chorradas. Enséñame lo que tienes. —Me froté las palmas de las manos, transmitiéndole mis ansias de conocimiento.

—Tranquilo. Será como estar en la escena del crimen. Le he hecho fotos hasta al perro.

—¿Al perro?

—Sí. Al jodido perro.



DE UN «CERTERO» DISPARO

Yanet «espiaba» desde la cocina. No necesitaba verla para cerciorarme de ello. Es más: gozaba de todo mi consentimiento.

Jailene, que portaba su habitual traje negro con camisa blanca se sentó a mi lado, en el sofá, dejando su móvil sobre la mesa de centro, donde supuse estarían almacenadas las instantáneas que tanto deseaba ver. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo; una de sus señas de identidad.

—La escena del crimen ha sido un caos —relató tranquila, bien acomodada—. Encontraron al sujeto aproximadamente a las ocho de la mañana...

Justo en ese instante, Yanet apareció con mi infusión y un café.

—¿Un café, Jailene?

—Claro. Gracias.

—Gracias, amor.

—Un placer, detectives.

Asintió divertida, supongo que intentando distender la atmósfera de cara a

las fotografías que a punto estábamos de contemplar; imágenes que sin duda serían desagradables.

Se retiró de inmediato, continuando con su rol de espía secreto.

—Salió a correr con su perro y encontró el cadáver —comenzó a explicar Jailene—: James Wells. A falta de corroborarlo, parece tener una buena coartada. El problema es que mientras el sujeto hacía estiramientos, dejó al perro campando a sus anchas y el chucho llenó la escena del crimen de babas y pelos, incluyendo el cadáver, además de dejar «regalos» en forma de defecaciones. Y te diré algo: ese perro no evacúa, siembra mierda.

Esbozó una sonrisa. Creí saber el porqué.

—Me estoy imaginando a Green apartando pelos y cacas...

—No he visto a un forense soltar más maldiciones en mi vida. —Se me escapó una risita malévola—. Y encima, con el jodido calor que hacía dentro de la fábrica. La cuestión es, que como el chucho no volvía, el dueño entró a buscarlo y se encontró con el cadáver. —Se inclinó y cogió su móvil—. Dentro de la fábrica encontramos esto.

Su rostro se transformó. Hasta el momento había permanecido jovial y despreocupada, como solía tenerme acostumbrado, aunque como casi todos, solía tener altibajos. Sus veintisiete años le aportaban a la dupla Jeray-Jailene un aura de vigorosidad, pero, indudablemente, la imagen que tenía delante inquietaba a cualquiera.

El primer impacto resultó turbador, como si mis pupilas hubieran chocado de frente con la instantánea: un hombre desnudo, sujeto por pies, cintura y cuello a un pilón de madera clavado en el suelo, rodeado por vigas grises que contrastaban con el anaranjado de una pared de ladrillos a su espalda; muro manchado con la sangre del «estacado». Pude apreciar también arena a sus pies.

Por los costados del muro, tras el fiambre, emergían dos pequeñas paredes de hormigón que no parecían formar parte de la construcción original. Diferían en color y en antigüedad; parecía tener los flancos cubiertos por dos

biombos de cemento. El sujeto, alto y de pelo cano, de una edad comprendida entre los ochenta y noventa años, yacía «tieso», con la cabeza abierta de par en par.

«No es el cadáver habitual: un hombre que se acerca al cénit de su vida. Pero esa predisposición del cuerpo... Todo apunta a un ajuste de cuentas, a que el asesino ha querido transmitir algún tipo de mensaje. Típico de la mafia, por otra parte; a esos cabrones les gusta el efectismo más que a nadie».

Jailene permanecía en silencio, dejándome investigar tranquilo. Sin embargo, ladeaba la cabeza para contemplar lo que yo estaba viendo, apoyándola levemente en mi hombro. Su postura me hizo sentir incómodo. Además, mi cuello no estaba para «opresiones».

A forma de pinza, deslizó los dedos índice y pulgar por la pantalla, ensanchando la fotografía con la intención de mostrármela de cerca.

—Sé aproximar una imagen, joder.

—Entendido... —Alzó los brazos como quien pide calma—. Salgo al jardín a fumar.

—Gracias.

Se alzó claramente irritada por mi comentario, cumpliendo con lo prometido.

«Bajo presión no trabajo a gusto, joder. Pero en el fondo es un trozo de pan».

Sentí remordimientos por el tono de mis palabras.

«En fin... Creo que conoce mis prontos mejor que nadie. Bueno, no tanto como Yanet...».

Me «acerqué» al rostro del ajusticiado.

«Menudo aparato —cavilé ante la nitidez de la imagen—. ¿Cuántos megapíxeles tendrá?».

Su oreja parecía estar seccionada.

«¿El roce de un disparo?».

Deslicé el dedo por la pantalla para observar la siguiente foto: un agujero de bala en la pared tras el cadáver. La siguiente: lo mismo. Conté cuatro impactos, si contábamos el que llevaba en la frente.

«¿El asesino con peor puntería de la historia? ¿O solo pretendía martirizarle antes de acabar con su vida? ¿Pistola? ¿Rifle? Los orificios parecen obra de un arma potente, al menos del calibre treinta...».

Pasé a la siguiente fotografía: el puto perro de lado. La siguiente: el puto perro de frente. La siguiente: la cara del puto perro, que parecía estar sonriéndole a la cámara.

«Qué cachonda, la jodida. Sin duda, hoy está de buen humor. Aunque puede que se lo haya jorobado».

Escuché cómo se cerraba la puerta de entrada.

—Te ha gustado el perro, ¿eh? —le dije una vez la tuve delante.

—Era bonito, sí —admitió tal cual volvía a sentarse a mi lado.

—Disculpa lo de antes. Me estresa no haber estado presente en la escena del crimen.

—No pasa nada, Jeray. Sigamos con las fotografías.

—Bien. Pues tengo varias preguntas, fotógrafa del *National Geographic*.

—Desembucha.

—¿Tenemos casquillos o proyectiles, la identidad del fiambre o alguna huella humana o de neumáticos? ¿Sabemos si las dos pequeñas paredes son de una obra posterior? —La miré. Me costó horrores girar un centímetro el cuello —. Esto es una mierda, ¿sabes? Me siento impotente.

—Tranquilo. La zona se ha acordonado y un agente la protegerá hasta la media noche. Clayton lo ha dejado vigilando por si hay que volver. No es lo habitual, pero la escena tampoco lo era. Puedes pasarte si quieres, pero te advierto que allí no quedan más que vigas, polvo y ladrillos. Sobre las preguntas... De momento tenemos muy poco: ni huellas ni origen de esos

muros tan extraños, ni siquiera la identidad del cadáver. Supongo que esto último no tardará en averiguarse. Pero hay algo que debes saber: encontraron un proyectil incrustado en la pared; por lo visto, el que le arrancó media oreja. No pude fotografiarlo porque lo extrajeron antes de que llegara. Ya sabes lo desconsiderados que son a veces los de balística... Pero me han enviado la imagen al mail hace como media hora. Ni siquiera la he descargado.

—No pasa nada; solo es la foto de un proyectil. Lo importante es que lo analicen y determinen el arma empleada y la distancia desde la que se apretó el gatillo, entre otras cosas.

—Están en ello.

—Bien. Obviamente, este macabro crimen esconde algo. La escena, preparada para la ocasión, indica que el asesino no solo pretendía sesgar la vida de su víctima, sino mandar un mensaje. Apuesto por la venganza como móvil, ¿y sabes qué?

—Pues no.

—Me temo que hay un motivo truculento que no va a gustarnos. Todo este asunto...

—Procederemos como siempre: recabaremos información y la relacionaremos hasta encontrar la pista que nos lleve al autor.

Justo en ese instante, sonó mi móvil: Clayton.

«*Ya tardaba*».

—Dígame, comisario.

—¿Cómo va ese cuello?

—Sujeto por un collarín. Por lo demás, bien.

—Tómate el día libre, ¿de acuerdo? Estás con Jailene, ¿no?

—Sí.

—Mejor. Así me ahorro una llamada. Ese accidente que has padecido nos ha trastocado un poco los planes. En fin... Tenemos la identidad del muerto: Abiel Gewürz, de ochenta y siete años y descendencia judía, residente aquí, en

Phoenix.

—Deletree.

—Te envió un WhatsApp.

—Sí, mejor.

—¿Nos vemos mañana en comisaría?

—Por supuesto.

—Cuídate.

—Sí, lo haré. Hasta pronto.

—Mañana será un día largo —le dije a Jailene nada más colgar.

—Y tanto. Me vuelvo a comisaría a ver si balística me da algo o Green ha encontrado anomalías en el cadáver. Ah, y reenvíame lo que te acaba de mandar Clayton.

Miré el WhatsApp y vi el mensaje del comisario: «Abiel Gewürz».

Le contesté con un okey y se lo reenvié a mi compañera.

—No fustigues demasiado a los de balística ni a nuestro amigo el forense; es pronto y sabes que no rinden bajo presión. —Le sonreí—. Mañana, bien temprano, empezamos a darles caña. Ahora he de organizar todos los datos que acabas de darme. Pásame las fotos al mail y empezaré a trabajar desde aquí, ya que hoy se me ha «ordenado» trabajar desde casa.

—Eso está hecho.

Cogió el móvil con ambas manos y...

—Enviadas. Tardarán un poco en subirse, no te desesperes.

—Gracias. Has hecho un buen trabajo, Jailene.

Se despidió con un asentimiento y una sonrisa. Escuché de fondo cómo lo hacía también de Yanet.

—Adiós, preciosa —le dijo al pasar por la cocina.

—Vente un día con Oliver a cenar.

—Claro. La última vez nos lo pasamos muy bien.



—Esa chica vale su peso en oro —dijo mi esposa cuando Jailene acababa de cerrar la puerta—. Trátala bien, intenta controlar esa mala leche que te sale de vez en cuando.

—¿Mala leche? —pregunté retórico, sabedor de la veracidad de sus palabras—. ¡Si soy un remanso de paz!

—Eres el mejor hombre que he conocido, pero a veces tus formas dejan mucho que desear.

—La trato bien, te lo aseguro. Lo de antes no es habitual. Además, tampoco ha sido para tanto.

—Yo solo digo que la hagas sentir importante.

—Lo hago, amor... Lo hago.

—Tú sabes mejor que nadie, que a veces olvidamos lo importantes que somos para ciertas personas. Todavía está en fase de aprendizaje, tanto en la vida como en su trabajo.

Sus palabras me llevaron a reflexionar. Conseguía hacerme razonar como nadie.

«He de controlar mis subidas de tono».

—Es tan importante o más que yo en la dupla que formamos, y jamás le he hecho sentir lo contrario.

—Como debe ser, amor. ¿Y sabes qué percibo también?

—Sorpréndeme.

—Que necesitas ver esa escena del crimen.

—Ya. Y tú no, ¿verdad?

—Pues igual hasta más que tú.

Río despreocupada. Al fin y al cabo, estaba de vacaciones.

—¿Y sabes que te amo con locura?

—También lo sé. ¿Y sabes tú que yo te correspondo de igual modo?

—Eso espero, porque si no..., estoy bien jodido.

Me besó en la mejilla.

—¿Me enseñas las fotos durante el trayecto?

Me levanté, sintiendo un fuerte tirón en las cervicales.

—Claro. Vamos a ver esa escena del crimen.



DE CUERPO PRESENTE

La contemplé a mi derecha, acomodada en el asiento del copiloto, cautivada, revisando las imágenes con detenimiento, intentando averiguar qué se escondía tras ellas. Su perfil dibujaba las más hermosas sinuosidades, los contornos más sofisticados. Nunca entendí qué le llevó a fijarse en mí. Me encontró cuando yo era un barco a la deriva y me arrancó el vicio de la sangre. Gobernó mi espíritu y lo condujo a tierra firme; y no le fue nada fácil conseguirlo.

—Este caso es el más extraño que hemos investigado —expuso meditabunda, seria, sin desviar la mirada del móvil—. Es obvio que la escena describe algún tipo de escenario, que el asesino buscaba ambientar la ejecución; y empiezo a encontrarle similitudes con...

Se detuvo, mordiéndose el labio inferior; la mirada perdida más allá del aparato.

—Sigue, por favor.

—No. Investiguemos antes. Luego ya habrá tiempo de especular.

«*Siempre comedida*».

—¿Sabes? Yo también empiezo a asociarlo con...

—Shhhhhh... —Me cortó, colocándose el dedo índice ante los labios—. Vemos la escena y apuntamos nuestras conclusiones en un papel. Cuando termine el caso sabremos quién es el mejor detective.

Solté una estridente carcajada.

—Me parece bien. Pero tenemos que apostar algo; sin recompensa, no tiene gracia.

—¿Una sesión de cosquillas?

—De una hora por lo menos.

—De acuerdo.

Extendí el brazo derecho. Ella hizo lo propio. Estrechamos nuestras manos, dando por cerrado el pacto.

La vieja fábrica se encontraba en el lugar idóneo para matar: apartada y, como era el caso, poco iluminada tras la puesta de sol.

Aparqué ante la puerta principal. El agente apostado no tardó en acercarse, linterna en mano. Ni siquiera me apeé del coche: saqué el brazo y le mostré mi placa.

—Detective Jeray Miller. Vengo a relevarle del puesto. Me encargo de montar guardia hasta las doce. Puede marcharse, agente. Buen trabajo.

Se apoyó en la ventanilla. Miró la identificación, el collarín y luego a Yanet. Me saludó con un «buenas noches, detective», al que siguió un jovial «señora», seguido de un asentimiento. Yanet le devolvió la cortesía con un «hola». Una vez le tuve cerca, atendí a sus facciones: un muchacho pelirrojo que no parecía superar los veinticinco años. «*Un novato haciendo trabajos de novato* —cavilé mientras el joven asentía y obedecía las órdenes».

Esperamos dentro del coche a que subiera en el suyo. Las luces del vehículo policial se perdieron más allá de la explanada. Solo entonces bajamos de nuestra Chrysler 200.

No incumplíamos ley alguna, pero preferíamos pasar inadvertidos cuando

investigábamos juntos: procedimiento que muchos no entenderían. Además, Jailene podría sentirse menospreciada. Aunque en realidad, Yanet solo ejercía de cónyuge: yo se lo contaba todo como el buen marido que era, y ella opinaba al respecto como cualquier buena esposa.

El edificio parecía un monstruo anaranjado. Alcé la vista bajo el arco que dibujaba la puerta principal —el collarín no me lo puso fácil— y observé dos grandes ventanales. Alumbré con mi linterna hacia arriba y unos ojos de cristal parecieron acecharnos sobre una tenebrosa boca abovedada.

«Aparece ahora una sombra tras uno de los ventanales, y bato todos los récords de Usain Bolt».

Nos adentramos en las entrañas de la vieja fábrica.



Seguimos el rudimentario pasillo de cintas policiales; corto trayecto que nos condujo al lugar donde ejecutaron a Abiel Gewürz: una amplia estancia rectangular. *In situ*, se apreciaba más grande que en las fotografías. En una esquina, enfoqué un excremento.

«¿De nuestro amigo el puto perro? —cavilé sonriente».

Seis vigas de cemento adornaban los costados. Cuatro pequeñas ventanas, en la parte alta del muro, al fondo, iluminaban la extensa sala. La luna, afuera, resultaba insuficiente para aclarar con competencia la oscuridad de dentro. Por suerte, la luz artificial de nuestras linternas mitigó dicha falta de visibilidad.

«¿Por qué no amarrarlo a una de las vigas? —medité mientras mi mujer caminaba hacia ese muro que lucía cuatro impactos de bala y dos anexos en forma de aletas—. ¿Por qué tomarse tantas molestias? ¿Por qué clavar una estaca en el suelo?».

Yanet frenó en seco justo antes de alcanzar el agujero donde se fijó el madero; prueba que, obviamente, se había «requisado» para su posterior análisis. Aún quedaban restos de arena alrededor de la perforación.

Retrocedió hasta colocarse a mi lado.

—Mira.

Sacó mi móvil —que todavía llevaba en su bolso— y lo alzó ante nuestros ojos. Seleccionó una de las instantáneas que Jailene tomó desde una posición cercana a la que estábamos.

La pantalla mostró de pronto el pasado. El poste apareció junto a Abiel Gewürz, además de varios agentes inspeccionando la zona. En el aparato, la escena del crimen en pleno apogeo, bien iluminada e intensamente concurrida; alrededor de nuestros cuepos, bigas, polvo y abandono.

—¿Ves los círculos rojos en la pared? —preguntó retórica—. Mientras llegábamos, he resaltado aún más los agujeros de bala con un editor de imágenes. Sujeta, por favor.

Me entregó el aparato. Lo mantuve a la misma altura.

—Imagina —dijo mientras fingía apuntar con un rifle—. ¡Pum! —Simuló incluso el retroceso—. Ejecuta el primer disparo, el que se aprecia más alejado. Advierte entonces que la mira está mal calibrada. Corrige. ¡Pum! Segundo impacto, aún lejos de la «diana». Modifica de nuevo. ¡Pum! Ahí es cuando roza su oreja. Unos centímetro a la izquierda y... ¡Pum! La pared manchada de sesos.

—No creo que un profesional actuara con un arma mal calibrada.

—Exacto.

—Pero todo esto... No parece urdido de la noche a la mañana. —Le devolví el móvil, acercándome al agujero—. Este boquete no es reciente.

Yanet anduvo hacia la pared, metiendo el dedo índice en uno de los orificios de bala.

—Esto sí, obviamente.

—El asesino estuvo aquí mucho antes, preparando el escenario.

—Sí. Eso parece.

Unas horas antes...

Lo bajó del furgón como quien descarga sacos de patatas. Apenas les separaban unos metros de la entrada, del suelo de piedra; antes, debía arrastrarle por la terrosa y áspera explanada.

«Joder, cómo pesa —maldijo al resguardo del arco que hacía de entrada a la fábrica, sobre el cambio de superficie».

No quiso utilizar la silla de ruedas; decidió llevarle a rastras como a una sabandija: lo que era para ella.

Llegó a la gran sala. Se detuvo al entrar, observando el poste y el paredón.

«Ha costado Dios y ayuda, pero lo he conseguido —pensó satisfecha—. Ya lo decía la baba: «Con tiempo, paciencia y cabeza, todo se alcanza»».

Lo arrastró de la camisa hasta apoyarlo en la estaca. Le alzó de las axilas, amarrándole con la cuerda preparada para la cintura. Todo estaba dispuesto para que no requiriera de demasiado esfuerzo. Abiel Gewürz se dobló como una anguila, asemejando estar atándose los zapatos. De inmediato, quien lo había empujado a aquel lugar, amarró sus piernas y cuello al pilón.

Lo desnudó tranquilamente.

Volvió a la furgoneta, extrayendo de la zona de carga un pequeño saco y el arma con la que pretendía ajusticiarle. Regresó. Ya ante su presa, vació el contenido de la bolsa a sus pies.

«Has cambiado las palomas por la arena, ¿eh, Abiel?».

«Ahora, a despertar».

Tardó en percatar lo que sucedía a su alrededor. Pestañeó y dobló el cuello agarrotado, confuso. Sintió un fuerte escozor en la garganta, como si le hubieran metido algo por la fuerza. Carraspeó.

La luz se filtraba por las cuatro ventanas que adornaban la parte superior del muro; insuficiente para distinguir con claridad. Vio a su captora, pero solo como una silueta de perfil grisáceo.

—¿Qué hago aquí? —preguntó aturdido, afectado aún por el fármaco—. ¿Dónde estoy?

Obtuvo como respuesta una sonora inspiración seguida de una no menos rotunda expiración; el verdugo acondicionaba cuerpo y alma.

Apuntó a su cabeza con las ideas claras.

Se escuchó un disparo que heló la sangre de Abiel Gewürz. Saltaron trozos de ladrillo a su espalda, y el primer casquillo rebotó contra el suelo: un *clink* que permaneció hasta el final en la memoria de la tiradora.

«*Mierda. Debí calibrar antes el arma* —pensó sintiendo cómo le afloraban los nervios».

—¡No! —gritó el anciano tras el fogonazo—. ¡Por favor, no me mates!

No hubo perdón.

Accionó el cerrojo del arma: *clik, clak*.

¡Pum!

Segundo destello.

Nuevo error.

«*¡Joder!* —maldijo mientras rectificaba unos milímetros a su izquierda—. *Puto rifle de los...*».

—¡No he hecho nada, por Dios! —suplicó la víctima, advirtiendo cómo las primeras etapas de su vida pasaban ya ante sus ojos. Rompió a llorar como un niño que se ha pelado las rodillas.

«No mereces ni una pizca de compasión, malnacido».

Clik, clak: una vez más, tiró de la palanca del cerrojo.

Tercer estallido.

El proyectil rozó su oreja, desprendiéndole un pedazo.

—¡Ah...! —desgañitó doliente mientras la tiradora pensaba azorada: *«Estamos armando demasiado follón, hostia. He de salir pitando de aquí»*—. ¡Te lo suplico, no me mates!

Los llantos resonaban cada vez más entre el «silencio».

Dirigió el cañón a la derecha del «estacado». Los intentos previos la llevaron a enfilar el muro, a apuntar fuera de su objetivo.

—Conseguiste sobrevivir —le dijo a su víctima mientras acariciaba el gatillo—. Y yo estoy aquí para subsanar dicha injusticia.

—Lo siento —susurró el viejo entretanto cerraba los ojos, como si de pronto hubiera advertido cuál sería el motivo de su muerte.

¡Pum!

Recogió los cuatro casquillos. Se acercó a la pared y buscó los proyectiles por el suelo, pero solo localizó tres.

Se acercó al cadáver.

El plomo no estaba dentro de su cabeza: la había atravesado. No sintió repulsión al arrimarse a la herida.

Buscó de nuevo en el muro: nada.

«Una maldita bala no va a delatarme —caviló excitada—. He de largarme de aquí de una puta vez».

Corrió sujetando el fusil con ambas manos, apretándoselo contra el pecho.

«Estoy muy lejos de cualquier lugar —se dijo, intentando calmarse a sí misma—, nadie ha oído los disparos».

Subió a la furgoneta y se alejó para no volver jamás a la vieja fábrica.

La noche previa visualizó aquel momento. Antes de conciliar el sueño meditó qué le diría antes de fusilarlo. Tras darle vueltas obtuvo un par de frases lapidarias al más puro estilo Hollywoodiense.

Las cosas, al final, suelen distar mucho de lo imaginado.

Una vez en la autovía, más tranquila, recordó:

Esa misma tarde...

Hubo de organizarlo a conciencia: alquiló un garaje cercano, consiguió un sedante de acción corta y compró una silla de ruedas. Conocía además una de sus rutinas —las de un hombre jubilado—, que usaría a su favor: le gustaba dar de comer a las palomas. A diario se sentaba en un banco y les lanzaba migas de pan. Aquella no era la primera vez que lo acechaba de cerca. Meses antes lo había observado fingiendo ser una turista más. Pero por aquel entonces, aún no estaba preparada.

«Con tiempo, paciencia y cabeza, todo se alcanza».

Como supuso, lo encontró rodeado de aves. Le examinó a la sombra de un castaño de indias. En apariencia dichoso, observaba cómo las palomas picaban a sus pies.

«Sin pensar —se dijo—. Ejecuta lo planificado sin más, paso a paso».

Colocó la silla ante el banco, espantando a las palomas. En ese momento, la acera se encontraba prácticamente desierta.

—Hola, papá —dijo en alto para que, de estar mirando alguien, creyera que era su hija.

Abiel la miró frunciendo el ceño. No le dio tiempo a reaccionar. Sintió los brazos de la desconocida envolverle el cuello y un pinchazo en la nuca. Entonces, la presión del abrazo se incrementó.

—Duerme, Abiel —escuchó en un susurro.

Poco a poco, fue quedándose traspuesto.

De un rápido movimiento, lo trasladó del banco a la silla.

La secuestradora reclinó el asiento para que la cabeza del viejo no se le fuera hacia delante. En seguida, le colocó una gorra de amplia visera. Finalizó la ocultación echándole una manta por encima, dejando únicamente a la vista aquello que no conseguían cubrir gorra y tela. Quien pasara cerca no vería más que a un familiar o a un cuidador empujando la silla de un pobre viejo senil.

Aun con dicha guisa, rezó por no encontrarse de cara con ninguno de sus auténticos familiares. Muchas personas cruzaron sus miradas con la suya, pero como sucede en las grandes ciudades, cada cual prosiguió su camino sin fijarse demasiado.

Condujo la silla hasta el garaje de alquiler. Allí, más tranquila, lo trasladó a los asientos traseros del coche. Le abrochó el cinturón. Las lunas tintadas harían el resto; más, cuando el siguiente viaje —el último para él— se efectuaría tras la puesta de sol. Solo restaba esperar a que anoheciera.

Aguardó allí mismo sin más distracción que la de maquinar sus futuros asesinatos.

«Con tiempo, paciencia y cabeza, todo se alcanza».



ÍDEM

—¿Y si yo lo escribo y tú lo narras con esa boquita preciosa? —me preguntó cuando apenas habíamos abandonado la explanada.

—¿Qué?

Me pilló desprevenido, absorto en el pasado reciente: en el muro manchado de sangre; en los impactos de bala rastreando su frente; en las cuerdas oprimiéndole contra la madera, alrededor de cuello, cintura y piernas; en Abiel Gewürz desnudo y con la cabeza abierta, los pies arenosos...

—La apuesta, amor... La apuesta.

Me miró como si hablara con un joven imberbe.

—Ah, disculpa. Mi cuerpo está aquí, pero mi mente sigue en la vieja fábrica.

—Normal. No todos los días se inicia un caso de tal... —Quedó pensativa mientras se frotaba el mentón—, ¿singularidad? En fin... ¿Procedo? ¿Anoto mis conclusiones?

—Claro. Pero te aviso: sé que van a ser las mismas que las mías.

—Los dos perderemos o ganaremos, entonces, y la apuesta se quedará en un empate.

—Gane o pierda voy a hacerte cosquillas, y lo sabes.

Me miró sonriente, lanzando besos al aire al más puro estilo Betty Boop.

«*A payasa tampoco la gana nadie*».

—Esta noche te voy a dar para el pelo, besucona.

—A ver si es verdad...

Me envió una última carantoña. Tras esto, trasladó toda su atención al teléfono móvil que sujetaba entre las manos.

Apuntó, supuse, sus deducciones en el bloc de notas. Los dedos se le movieron ágiles sobre el teclado táctil. Alzó la vista al tiempo que dejaba de «mecanografiar». Miró la carretera antes de dirigirme la palabra:

—Te toca. Desembucha.

—De acuerdo. —Inspiré profundo—. Relaciono el muro, o más bien sus dos «extensiones», con el Patio de la Muerte de Auschwitz; aunque podría valerme el paredón de cualquier campo de concentración nazi. La arena a los pies del cadáver... —Efectué una media sonrisa—. Ya sabes que me encanta todo lo referente a La Segunda Guerra Mundial, que me he «tragado» decenas de documentales.

—Sí, lo sé. Muchos los hemos visto juntos.

—Pues eso: entre los bloques diez y once, al fondo del denominado Patio de la Muerte, se encontraba el paredón negro donde los nazis mataron a miles de judíos. Los mismos presos se encargaban de echar arena en la zona para que absorbiera la sangre de los fusilados, que debían compadecer a su cita con la muerte desnudos y descalzos. Como ya sabes, dicho muro tenía dos salientes muy semejantes a los que hemos visto en la escena del crimen. Si dobláramos los extremos de una hoja de papel, quedaría algo parecido al paredón negro de Auschwitz. Supongo que ya ves por dónde van los tiros, ¿no?

—Nunca más bien dicho.

—Un judío fusilado con arena a su alrededor, ante un muro casi idéntico al que usaban los nazis para tales menesteres, desnudo y descalzo... Sin duda,

estamos ante un antisemita que ha imitado una ejecución nazi, probablemente un chalado neonazi que se creará la reencarnación de Hitler o querrá hacerse ver entre sus hermanos adoradores del Tercer Reich.

Yanet aplaudió efusiva mientras a mí se me escapaba una risotada.

—Mira que eres payasa.

—Me ha venido a la cabeza un rito de iniciación, ¿sabes? —explicó ignorando mi cariñoso comentario—. Tanta parafernalia... Existen un gran número de grupos neonazis en Estados Unidos. Quizá para entrar en alguno de los más importantes se haya de superar algún tipo de prueba...

—Dudo que se deba a eso, pero no podemos descartar nada.

—No, nunca.

—Seguro que las pruebas forenses, balísticas y científicas aportarán nuevos datos.

»Y hablando del tema... Supongo que habrás llegado a las mismas conclusiones que yo, ¿no? Porque de lo contrario... —Alcé las cejas en repetidas ocasiones—. Me espera una súper sesión de cosquillas.

—Luego me lees. Pero sí: existe una indudable conexión con el Holocausto.



Nada más entrar, me entregó su móvil.

—Lee. Puede parecerle interesante.

—Seguro que sí. —Instintivamente, sin previo aviso y supongo que inducido por el agobio que me producía el llevarlo, me quité el collarín y lo lancé por los aires.

—Pero... —musitó Yanet con los ojos muy abiertos.

—¡A tomar por el culo!

Mi esposa alzó las manos en un gesto pacificador.

—Como mejor te sientas, amor.

Conocía bien mis arrebatos. Por suerte, solían durarme muy poco; en aquella ocasión, escasos segundos.

Me senté en el sofá sintiéndome liberado. Ella se acomodó a mi lado. Leí:

«Voy a ahorrarte lo que has explicado en el coche sobre el paredón negro, la arena y las similitudes del caso con las repugnantes prácticas nazi. —La miré y le sonreí; nunca dejaba de sorprenderme. Ella me envió un guiño pícaro y sensual. *«Sabía lo que iba a decir antes incluso de que yo lo supiera»*—. Por lo tanto, voy a pasar directamente a transmitirte lo que he pensado tal cual iba inspeccionando las fotos y la escena. De momento, son solo suposiciones:

-Cuando empezó La Segunda Guerra Mundial, Abiel Gewürz tenía ocho años. A falta de una confirmación, apuesto a que padeció la persecución nazi. Por otra parte, no resulta sencillo encontrar a un superviviente del Holocausto, por lo que creo que no fue elegido al azar. Creo que el asesino intenta enmendar los «errores» del Tercer Reich, prosiguiendo con la denominada ‘solución final’.

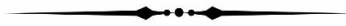
-Al campo de concentración de Auschwitz se le conocía como a ‘la fábrica de la muerte’. El hecho de haber encontrado el cadáver en una vieja fábrica confirma nuestras sospechas. Sin duda quiso emular un fusilamiento nazi, hacerle sentir a su víctima lo que sintieron los judíos tiroteados ante el citado paredón negro. Incluso el tono anaranjado de los ladrillos se asemeja al de los bloques diez y once donde se encontraba el Patio de la Muerte».

—Con esos años... —musité reflexivo, haciendo referencia a la edad de Abiel Gewürz cuando empezó la guerra—, los asesinaban a su llegada a los campos de exterminio.

—Los asesinatos masivos no se iniciaron hasta bien entrado 1942, y para aquel entonces ya tendría unos doce años. Hay niños con esa edad que tienen la corpulencia de uno de quince, y Abiel, en su madurez, media al menos un metro ochenta... Si les servía para trabajar...

—Fuera lo que fuere, sobrevivió. —Sentí la necesidad de cambiar de tema, de posponer la investigación—. En fin... Creo que ya está bien por hoy, ¿no? Tengo la cabeza aturullada. ¿Cena y peli en la cama?

—Me has leído la mente.



La alarma sonó a la hora prefijada: 07:00.

Desperté con las cervicales agarrotadas, como si aún llevara puesto el collarín. Estiré el cuello al pie de la cama, sentado mientras Yanet se desperezaba. La noche previa tardé en conciliar el sueño; no creía haber dormido más de cuatro horas.

—¿Te duele? —preguntó entre bostezos.

—La verdad es que sí. Voy a tomarme un antiinflamatorio, a darme una ducha de agua fría y me largo de inmediato para comisaría.

—¿Ansioso por empezar?

—Este caso me tiene intrigado, como supongo que a ti. Y sí: tengo ganas de iniciar la investigación. Hoy me esperan tres departamentos distintos que visitar: huellas dactilares, autopsia y balística terminal. Aunque en realidad, todos forman parte de un mismo todo: la ciencia forense criminalística. Por descontado, tendremos también que tomar declaración a los familiares del fallecido. En fin..., que se prevé un día movidito.

—Sé lo que es la criminalística, sabelotodo —musitó al tiempo que «reptaba» hasta mi lado—. El típico día de un detective, entonces. —Asentí sintiendo una intensa pesadez—. No olvides enviarme lo que vayas

averiguando, ¿eh?

—¿Alguna vez te he fallado?



Encontré a Jailene ante la cafetera.

—Buen día —saludé. Hizo lo propio—. Hazme uno, anda.

—Pues sí que te ha durado el collarín... ¿Solo y sin azúcar?

—Sí, como los campeones. Y sobre el collarín..., ya sabes que soy culo de mal asiento. Además, los médicos lo prescriben más por precaución que por lo que cura. Si hay algo realmente dañado, inmovilizar las vértebras cervicales no va a arreglarlo. De todos modos, tampoco me duele demasiado.

Me miró en plan: «Si tú lo dices...».

—Clayton ha asomado el cabezón por la puerta del despacho y me ha dicho que pasemos a hablar con él.

—Pues vayamos.

Por muy temprano que fuera, la comisaría siempre estaba colmada de agentes. Jailene y yo compartíamos un despacho, aunque solíamos pasar la mayor parte del tiempo recorriendo las calles de Phoenix, interrogando a sospechosos o a los familiares de alguna víctima; en definitiva, buscando indicios que nos condujeran a un homicida. También nos conocían bien en el centro forense, en el departamento de balística o en el de dactiloscopia; tres ciencias criminalísticas a las que, precisamente, íbamos a recurrir ese mismo día.

Me entregó el café. Antes de dirigirnos al despacho del comisario, me pareció oportuno hablar sobre el caso:

—Por tu silencio, doy por hecho que ayer no te informaron de nada.

—No. Pasé la tarde esperando entre casos archivados, pero nada. Lo

único que conseguí fue ponerme de mala leche.

—Pero habrás meditado sobre lo que vimos ayer...

—¿La escena? —Asentí—. Claro. Mi conclusión es que el asesino pretendía imitar un fusilamiento.

—Eso es lo que nosotros, yo —rectifiqué—, pensé al revisar las fotografías. —A punto estuve de meter la pata—. Pongo la mano en el fuego a que nuestro hombre es un neonazi que emula los métodos de exterminio del Tercer Reich.

—Entonces, ¿crees que volverá a actuar?

—Eso solo lo sabe quien asesinó a Abiel Gewürz. Pero de pretenderlo, nuestra obligación es adelantarnos a su próxima jugada. Para empezar, pasaremos por el centro forense, balística y dactiloscopia.

—¿Como siempre?

Sonreí.

—Como casi siempre.



—Os voy a ahorrar el paso por dactiloscopia —dijo Clayton sin dignarse a devolvernos el saludo—. Han encontrado una huella en el poste. Llevaba una fina capa de barniz, de ahí que se haya podido obtener. Pero no os emocionéis: no es de quien buscamos. Aun así, es una pista importante. Y sobre los pelos hallados en la escena..., son todos de un jodido perro que se coló antes de que llegáramos. Aunque en realidad, fue gracias al chucho que se encontró tan rápido el cadáver.

—¿Y cómo sabe usted que no se trata de la huella del asesino? —preguntó mi compañera al tiempo que nos sentábamos. Su mesa se atendía llena de papeles, desordenada.

—Porque Manuel Ramírez lleva dos semanas bajo arresto domiciliario. La pulsera telemática de seguimiento enganchada en su tobillo corrobora que no se ha movido de su casa durante al menos ese tiempo. Ha pisado la cárcel en dos ocasiones: 2005 y 2015, ambas por venta de estupefacientes. Un camello de tres al cuarto, vamos. Lo de ahora es por romperle la nariz a un vecino.

«Una perla».

Tecleó en su ordenador y, en segundos, una hoja salió de la impresora a su espalda. La extrajo y se la entregó a Jailene.

—Su foto y datos.

Mi compañera extendió el brazo para que ambos pudiéramos ver lo impreso en el folio.

De treintaicuatro años, el sujeto lucía un fino bigote y una puntiaguda perilla. Tenía la piel morena y la cabeza rapada, además de un considerable tatuaje en el cuello: típico aspecto de un pandillero latino. Su domicilio se encontraba en Glendale Ave.

«Para ser un delincuente habitual, no vive en una mala zona».

—De acuerdo —dije al tiempo que me incorporaba—. Nos ponemos de inmediato a trabajar.

—Okey. Mantenedme informado. Este crimen se lleva la palma en lo referente a singularidades. Sin miedo a equivocarme —y ya son muchos años aquí—, el más extraño de mi carrera.

—Tranquilo, señor —dijo esta vez Jailene en tono firme—. Le mantendremos al tanto.

—A falta de confirmarlo, parece que el móvil guarda relación con el antisemitismo. —No quise darle más información por el momento. El caso estaba aún en pañales.

El comisario asintió.

—En fin... Lo dicho: llamadme en cuanto sepáis algo a ciencia cierta.

Abandonamos el despacho.

—Puede que lo mejor sea pasarnos por balística a ver qué tienen — sugirió Jailene—. Una visita rápida y nos vamos a interrogar a ese tal Manuel Ramírez. Démosle tiempo a Green con el cadáver; su trabajo lo requiere. Esta tarde pasamos a interrogar a los familiares y por el centro forense. ¿Qué te parece?

—Un día completo. Buen *planning*.

—Te veo seria, compañera —le dije antes de entrar en el departamento.

—No es nada. He discutido con Oliver.

—¿Otra vez?

—Y las que quedan.

Su comentario me hizo reír, provocando que ella sonriera.

—Ay, el amor... —musite con los ojos vueltos, de coña—. ¿Qué sería de nosotros sin él?

Encontramos a Marissa Campbell, la jefa del departamento balístico, ante uno de los aparejos que conformaban el laboratorio de paredes albar. Como siempre, llevaba puesta una impoluta bata blanca a juego con el entorno.

—Buenos días. —Saludamos casi al unísono.

—Hola, chicos. El proyectil encontrado en la fábrica, ¿no?

Asentimos.

Con un gesto nos instó a que la acompañáramos hasta su despacho. Una vez acomodados ante su mesa, inició las pertinentes explicaciones.

—La verdad es que tuvimos mucha suerte: el proyectil se quedó incrustado entre las juntas de un ladrillo desgastado. El asesino recogió cinco casquillos y cuatro balas, pero no encontró lo que nosotros sí. Supongo que

estamos hablando de su primer error. En fin. —Se detuvo un instante, como cogiendo aire—. El estriado del cañón ha revelado la marca y el modelo del fusil: un Mauser Karabiner 98 Kurz del calibre 7,92, más conocido como el Mauser 98k. —Giró la pantalla de su ordenador y nos mostró una imagen en 3D del fusil—. Sin duda, un arma extraña con la que asesinar.

«Pues a mí no me sorprende en absoluto».

—¿Está relacionada con el Holocausto? —cuestionó Jailene.

«Sí. Y mucho».

—No puede estarlo más. Hablamos de uno de los fusiles, aunque algo anticuado, estándar de ejército nazi. Consta de un mecanismo de cerrojo y un depósito de cinco cartuchos 7,92 x 57. Un arma fiable que dio batalla en el teatro europeo y africano de tal forma que permitió ampliar a Hitler sus dominios por casi toda Europa en apenas dos años.

«Esta tía es una enciclopedia armamentística e histórica —pensé mientras imaginaba a Abiel Gewürz encañonado entre la penumbra de la vieja fábrica».

—El tirador —continuó Marissa—, tras estudiar el orificio, la fuerza y la trayectoria, disparó desde unos ocho metros. He llegado también a la conclusión —si se apoyó el rifle de forma ortodoxa— de que mide entre un metro setenta y un metro setenta y cinco. Y eso es todo lo que os puedo dar, detectives.

«Que no es poco».

—El fusil... —dije meditabundo—. Supongo que no será fácil obtenerlo, ¿no? ¿Alguna idea de cómo pudo hacerse con uno?

—Es un arma de coleccionismo, de ahí mi sorpresa al descubrir la marca y el modelo. Hay quien los ha encontrado en cobertizos cubiertos de polvo... Pero de ahí a dispararlos con precisión hay un mundo. Eso sí: con un buen mantenimiento pueden funcionar perfectamente; son fusiles fabricados para aguantar. Por otra parte, todas las armas de los Estados Unidos están registradas, o más bien, deberían estarlo. Y digo deberían, porque los

controles son insuficientes e infructuosos. Como imagináis —y de ahí que ni siquiera os lo haya comentado—, el fusil no lo está. Es más: se pierde su pista tras La Segunda Guerra Mundial.

—Excelente trabajo. —La felicité al tiempo que me levantaba.

—Como siempre —agregó Jailene.

—Y siempre es un placer, compañeros.

Ambos le estrechamos la mano.



—Se confirma la conexión con el Holocausto —dijo Jailene al volante, camino de Glendale Ave—. Ahora toca averiguar la de Manuel Ramírez. ¿Crees que está metido en el ajo?

—Puede que sepa algo, pero no creo que sea el culpable de nada —dije mientras enviaba un mensaje a través del WhatsApp: «Arma: Mauser Karabiner 98 Kurz. Encontrada huella dactilar en el madero. Nos dirigimos a interrogar al sujeto. Te amo»—. Pero..., vete tú a saber. Ya conoces cómo funciona esto: el que menos lo parece acaba siendo, y el que más lo parece no pinta un carajo. Lo que no falla nunca es seguir las pistas hasta dar con el culpable: es y será siempre el único método fiable.

Hacía bastante calor, incluso para lo que nos tenía acostumbrado Phoenix; cuarenta y dos grados marcaba el termómetro del coche. El cielo no mostraba una sola nube que suavizara los inclementes rayos del astro rey.

Me puse las gafas de sol; la luz no le sentaba demasiado bien a mi cabeza, y bastante me dolía ya debido al accidente del día anterior. Fuera, el bochorno propiciaba unas aceras poco transitadas: lo habitual en verano.

—En serio: cualquier día nos vamos a freír dentro de estos malditos trajes —dije malhumorado, hastiado por el dolor de cabeza, la falta de sueño y el ardor que invadía la ciudad—. Si no fuera porque hay que acatar ciertas

normas, me ganaba el mote de ‘el detective de las bermudas floreadas’.

—Aquí se está fresquito, quejica. Pero sí: ir en traje con este calor es una soberana mierda.

Rebufé.

—En fin... Es por aquí. Aparca cuando quieras.

Vivía en una casa de madera circundada por un descuidado jardín donde la tierra predominaba sobre el césped.

Llamamos a la puerta.

A la izquierda de la vivienda podía verse una urbanización de casitas adosadas.

Mi nuca parecía estar a punto de entrar en ebullición. Jailene también asemejaba «disfrutar» del árido clima de Phoenix.

Una señora en delantal nos atendió.

—¿Qué quieren? —preguntó arisca. Quizá creyó que íbamos a venderle algo.

—Detectives Jeray Miller y Jailene Harrison. Buscamos a Manuel Ramírez. ¿Su hijo?

La señora, de unos sesenta años, pelo canoso y ojos claros, clamó al cielo con los brazos en alto:

—¡Pero qué habrá hecho ahora este desgraciado! —Tras el lamento, vociferó hacia el interior de la casa—. ¡Manuel, dos detectives preguntan por ti!

—Tranquila, señora, de momento solo queremos hablar con él.

Su rostro mutó de la angustia a la simple preocupación.

—Es un alivio. —Con un gesto nos instó a que pasáramos—. Voy a buscarle a su cuarto, quizá estaba con los auriculares puestos y no me ha escuchado. ¿Les apetece un café?

Ni siquiera me dio tiempo a aceptar su invitación. Tras la madre del sospechoso, al fondo de la vivienda de una sola planta, atendimos a un estruendo.

«¿Una ventana?».

—¡Por detrás! —grité mientras arrancaba a correr—. ¡Intenta escapar!

—¡Ay, Dios mío! —escuché a mi espalda—. ¡Apiádate de mi niño!

Pegados a la valla alcanzamos la parte trasera de la casa; justo a tiempo para ver cómo se metía por una estrecha calle que dividía dos hileras de casas adosadas. Vestía pantalón corto y una camiseta blanca de tirantes.

«¡Será gilipollas!».

—Ve por delante no sea que cambie de dirección —le dije a Jailene, que de inmediato viró hacia la calle principal de la urbanización.

«Una gacela escapando de las fauces de una leona no avanzaría a tal velocidad —me dije apretando los dientes. Lo tenía a unos treinta metros de distancia—. ¿Por qué diantres los delincuentes corren tanto?».

Saltó a un jardín, provocando que un enano de cerámica perdiera la cabeza. Dentro, aprovechó para cambiar de dirección, creyendo que de ese modo conseguiría despistarme. Yo me limitaba a fijarlo en mi «punto de mira», a recortarle terreno zancada a zancada.

«Mierda, ahora va en sentido contrario a Jailene».

Miré a la izquierda en un cruce, viendo a mi compañera. «Chica lista». Subía en paralelo a nosotros, con dos factores a su favor: era más ágil y joven que yo y el sospechoso no la había visto.

Escuché un frenazo. Al dirigir la vista al frente vi a Ramírez sobre el capó de un coche. «Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii...».

—¡Eh, imbécil, mira por dónde vas! —increpó el conductor agitando los brazos por la ventanilla.

Pasé por el mismo lugar que Ramírez, deslizando mi trasero sobre la chapa, recibiendo un nuevo insulto del conductor.

El «contratiempo» redujo las distancias entre policía y criminal.

Me escocían los ojos. Estaba sudando como un gorrino. El flato apareció, provocándome un intenso dolor en el costado. Y sabía, que el empuje de un perseguido siempre era superior al de un perseguidor. El temor a la cárcel era un fuerte estimulante en mi contra. Lo tenía muy cerca, pero mi corazón estaba a punto de estallar.

Justo entonces, me sobresalté.

—¡Joder! —exclamé al tiempo que me detenía casi en seco.

Como el mejor placador de la NFL, Jailene impactó con Ramírez por su izquierda, mandándolo a volar por los aires. Al más puro estilo ‘abrazo del oso’, ambos se dieron de bruces contra el ardiente asfalto. Saqué mi arma y apunté al interceptado.

—Muévete un milímetro y te dejo seco, mamón —amenacé jadeante, sintiendo cómo la camisa se me pegaba al pecho.

—¡Hija de la chingada! —imprecó Manuel con una expresión doliente, en castellano, con una voz fina y estridente; parecía haberse tragado a Eddie Murphy.

Mi compañera lo esposó en un abrir y cerrar de ojos. Me acerqué y le apoyé la mano en el hombro con suavidad y cariño; sentí también su camisa empapada. Me miró. La asentí. Ella me devolvió el gesto.

—Buen trabajo —susurré sin fuerzas, rebufando como un toro, latiéndome el corazón a mil por hora—. Y tú —dije mientras lo levantaba de mala manera—, ¿eres gilipollas? —Señalé su tobillo—. ¡Llevas una pulsera de seguimiento, imbécil! ¿Se puede ser más tonto? Si te la quitas, de cabeza a chirona; si no lo haces, te encontramos y de cabeza a chirona; si te la dejas puesta y sales corriendo como un subnormal, de cabeza a chirona. ¿Quieres volver a chirona? ¿Es eso?

«*La pulsera alertará a las autoridades. No tardaremos en tener visita*». Aún no había acabado de pensarlo, cuando a lo lejos se escuchó el sonido de una sirena.

—No quiero volver a la trena —aseguró de nuevo, en castellano y con un marcado acento mejicano—, pero no haber delinquido no te asegura nada en este país de gringos. Ya me metieron al bote por una rajada. La banda del Chino me la tiene jurada, ¿saben?, y seguro que ahora me están cargando otra vez el muerto.

—Dudo mucho que esto tenga nada que ver con la banda de ese tal Chino —le dije también en castellano mientras deshacíamos el camino recorrido, ante la sorpresa de Jailene.

—¿Tú has entendido algo? —preguntó mi compañera.

—Sí. —Sonreí.

—En inglés, capullo. —Le apreté fuerte del brazo, para que filtrara mejor mis palabras—. Y deja esa jerga mejicana para tus colegas delincuentes, ¿okey?

Asintió a regañadientes.

—Así me gusta...

—Pero no entiendo nada, agentes —dijo esta vez en un deficiente inglés; casi parecía el traductor de Google. ¿Por qué?

—Hemos encontrado tus huellas en la escena de un crimen.

—¡No mames!

Se le escapó la jodida jerga. No pudo evitarlo.

De haber tenido que apostar, lo hubiera hecho a que estaba realmente sorprendido.

—¡Quietos! —escuché a mi espalda.

Al girarme vi a dos agentes; sin duda, estaban allí gracias a la «llamada» de la pulsera.

—Tranquilos —dijo Jailene, mostrándoles su placa—. Este hombre es sospechoso de asesinato. Comuniquen a los estamentos pertinentes que nos lo

llevamos a comisaría para interrogarlo.

—¿Jake?

El sol de cara, la tensión y la visera de su gorra, propiciaron que tardara en reconocerlo.

—¡Hostia, Jeray, cuánto tiempo!

Estuve al menos quince minutos de cháchara con mi viejo amigo Jake. Aquella coincidencia nos ahorró muchas explicaciones. Ellos mismos se encargaron del tema de la pulsera. Pactamos que hasta nueva orden se mantendría desactivada.



—Si corría, será por algo —murmuró el comisario tras el espejo—. Nadie huye porque sí.

—Alega estar harto de que lo detengan sin razón.

—Ya, como todos. En fin... Proceded.

Entramos en la sala de interrogatorios.

—No vamos a andarnos por las ramas, Manuel —prometió mi compañera al lado del sospechoso, de pie. Yo me senté; tras el «ejercicio» matinal, estaba para el arrastre—. ¿Por qué encontramos tus huellas en este poste?

Le puso el móvil ante los ojos. Manuel apenas miró la instantánea. Sabíamos —gracias a la pulsera— que él no mató a Abiel Gewürz, pero necesitábamos entender su conexión con el crimen.

—No tengo ni idea —musitó en actitud chulesca. Estaba tan recostado en la silla que parecía a punto de desparramarse bajo la mesa—. ¡El jodido aparato demostrará que soy inocente, ¿no?!

—Esa no es la pregunta —dije en un tono arisco—. Céntrate en contestar

sin desviarte del tema. Si te portas bien, igual paso por alto la carrerita de hace un rato.

El detenido frunció el ceño, como si de pronto se hubiera decidido a colaborar.

—¿A ver?

Por segunda vez, Jailene le enseñó la imagen.

Chasqueó los dedos repetidas veces, como si se le resistiera un nombre, un recuerdo.

—Sí..., claro, la vecinita sexy. Ahora mismo no recuerdo su nombre, pero estaba metiendo ese jodido madero en su casa. Sí... Fue antes del problemilla que me costó el arresto domiciliario.



SEGUNDO ERROR

—Explícate.

Manuel se irguió sobre su silla para enseguida inclinarse hacia delante y apoyar los codos sobre la mesa de interrogatorios, entrelazando las manos ante su boca.

—Resulta, que una tía buena había alquilado una casa del barrio cerca de la de mi madre. Paseando a mi perrita Daisy divisé a lo lejos su culito respingón. —Nos describió, como si moldeara una estatua de arcilla, las formas de su vecina al tiempo que ponía caras obscenas—. Solo la había visto una vez a parte de aquella. La cuestión es que me acerqué dispuesto a presentarme y mostrarle mis encantos. Se encontraba en la parte trasera de una furgoneta con el portón abierto. Justo antes de alcanzarla se metió en la casa. No me vio. Fue entonces cuando vi el madero. Hice ademán de metérselo dentro como el caballero que soy —dijo guasón—, pero desistí; no quería asustarla. Luego salió, me presenté, me envió a la mierda y fin de la historia.

El remate de su explicación estuvo a punto de hacerme reír. A duras penas pude mantener mi característica cara de póker, la que ponía cuando interrogaba y no tenía el cuerpo para bromas.

—Y tocaste el madero —dije con intención de cerciorarme.

—Sí. Quise cogerlo pero..., como les he dicho, cambié de idea.

—¿Y estás seguro de que no te vio? —preguntó Jailene, que parecía no tener intención de sentarse.

—Seguro. Ella ni siquiera me vio cerca de la furgoneta.

—Descríbela.

—Pues..., como ya les he dicho, tenía un culito de toma pan y moja, cintura de avispa y unos pechos bastante...

—¡Al grano, cojones!

Empezaba a hartarme de su arrogancia.

—Vale, vale... —musitó alzando las manos—. Morena, sobre un metro setenta, ojos claros..., calculo que de unos veinticinco años, quizá más. No sé qué más decirles...

—¿Qué vestía?

—Pantalones tejanos y una camiseta de tirantes negra.

—¿Llevaba guantes?

—¿Guantes? —Dudó un instante—. Pues ahora que lo comenta juraría que sí, de esos que utilizan los moteros.

—¿Color de la furgoneta?

—Negro.

—¿Modelo?

—No lo sé. Solo vi su parte trasera.

—¿La reconocerías en una fotografía?

—Supongo que sí, no lo sé.

El interrogado empezaba a agobiarse: nada fuera de lo normal.

—¿Matrícula?

—¿Creen que soy el de *Una Mente Maravillosa*? Ni puta idea.

Hubo un silencio. Los dos permanecimos meditabundos, buscando nuevas preguntas que formular.

—Como supondrás —explicó Jailene ante la falta de «interrogantes»—, necesitaremos que nos conduzcas a la vivienda de tu vecina.

—Claro. Eso está hecho —prometió mientras volvía a «desparramarse» sobre la silla—. Entonces, ¿olvidamos lo sucedido hace un rato?

—Ya veremos. De momento, llévanos allí.

Me levanté como un viejo de ochenta años, sintiendo una intensa flojera en las piernas. Con un gesto de cabeza le indiqué a Jailene que me acompañara fuera.

—Este tío no sería capaz de matar a su perra Daisy sin dejar al menos cincuenta pistas —le dije mientras le observábamos a través del cristal; en ese momento, se rascaba la entrepierna—. Es obvio que no está implicado.

—No negaré que me ha sorprendido que la sospechosa sea una mujer. De todos modos, y pensándolo bien, tiene su lógica: somos más pacientes y calculadoras; factor, que, por otra parte, no nos beneficia en absoluto.

—Pero ya ha cometido dos errores: el proyectil y la huella. Además: que llevara guantes para mover un madero me parece excesivo, a no ser, como seguro es el caso, que lo hiciera para no dejar huellas. Lo que sí me parece extraño de cojones, es que una neonazi actúe sola. Me cuesta imaginar cómo pudo, por muy viejo que fuera, secuestrar a Abiel Gewürz.

—¿Crees que seguirá viviendo allí?

—No. Para nada. Creo que alquiló la casa para cometer el asesinato y nada más: otro factor que me descoloca. Si solo quería jugar a ser una nazi, ¿por qué tanta preparación, tomarse tantas molestias para pegarle un tiro a un octogenario? No sé... —Yanet se perfiló en mi mente—. Puede que necesitara exclusivamente a un superviviente del Holocausto para proseguir con la ‘solución final’, pero..., es como si todo tuviera un porqué más allá del antisemitismo o la simple locura de un neonazi. Y lo que sí está claro, es que la gente no va por ahí metiendo maderos de esas dimensiones en casa. A mí, al menos, no me parecen nada decorativos.

»De confirmarse su autoría, hablaríamos de una mujer que ha matado a un superviviente del Holocausto con un Mauser 98k emulando un fusilamiento nazi. Ahí es nada.

—Si descubrimos que es ella, Manuel deberá volver a comisaría tras el registro.

—Por supuesto.

Justo en ese instante se sacaba un moco sin reparos. Sabía perfectamente que le mirábamos a través del cristal, aunque él no viera más que su reflejo.

«*Nos vacila*».

Entramos.

—Deja de hurgarte la nariz, cerdo.

Sonrió al tiempo que lanzaba el moco por los aires.

Me acerqué a su oído y le susurré muy despacio, para que la cámara no registrara mis palabras. Jailene me observaba con los brazos cruzados.

—Deja de tocarme los huevos o luego, cuando estemos a solas, te demostraré cómo me gustan los de tu calaña: poco hechos.

Su cara dejó de mostrar arrogancia para exhibir seriedad. Manteniendo dicha formalidad, asintió acobardado.

—Bien, te explico —dije apoyándome en la mesa, pegado a él—: vamos a ir a la casa, pero quizá tengas que volver para ayudar a trazar un retrato robot de tu amiguita. Dependiendo de si la encontramos o no, si es o no es..., procederemos, ¿entiendes? Para que lo tengas en cuenta.

—Sin problema, agentes. Y si colaboro, supongo que olvidaremos lo de mi desagradable carrerita, ¿no?

—Pórtate bien con nosotros y nosotros nos portaremos bien contigo.



Más allá de la edificación se extendía un gran descampado.

«El lugar idóneo para maquinar sin demasiados ojos acechando y, al mismo tiempo, no crear excesivas sospechas. Y aun con todo, Manuel pasó y le tocó bien las narices. —Di por hecho, una vez estuve delante de la vivienda, que allí habitó o habitaba quien mató a Abiel Gewürz. No tardaría en comprobar si mi instinto detectivesco seguía bien calibrado—. Por muy meticoloso que seas, hay ciertos imprevistos que no pueden preverse. Para escapar a la ley han de aunarse muchos factores, demasiados por lo general, y uno de ellos es la suerte. Y ella tuvo la desgracia de cruzarse con Ramírez y Daisy».

La última de una larga hilera de pequeñas viviendas separadas por vallados que no superaban el metro de altura. La supuesta asesina vivía o vivió en una de paredes marrones —todas eran casi idénticas; sin duda, obra del mismo arquitecto—. Una puerta blanca esperaba tras dos escalones.

Esposé a Manuel en una farola.

—¿En serio? —preguntó retórico.

—Y tan en serio. No intentes escapar. Te juro que si me haces correr de nuevo, tus huesos se pudrirán en la cárcel.

—Aquí les espero, entonces —dijo ejecutando el saludo militar, dándole un abrazo a la farola.

He de admitir, que la estampa resultaba de lo más ridícula.

—¡No tarden o voy a morir achicharrado! —exclamó cuando me alejaba—. ¡Y luego tendrán remordimientos!

Jailene llamó al timbre: nada; yo golpeé la puerta: nada.

—¿Y si buscamos al propietario?

—¡Manuel! —grité sin ni siquiera volverme, como si le hablará a alguien asomado por una de las ventanas del edificio.

—¿Qué?!

—¿Sabes quién alquila esta casa?!

—¡No!

—¡Gracias!

Jailene sonrió.

—¿Qué?

—Vaya conversaciones de besugo te traes con el Ramírez...

—Se me da bien tratar con delincuentes de tres al cuarto.

Alcé las cejas vacilón.

—¿Y ahora qué? Si forzamos la puerta sin una orden de registro se nos puede caer el pelo. Ahora mismo no tenemos más que la confesión de un camello.

—Pues habrá que buscar al dueño. Un momento.

Saqué mi móvil al tiempo que murmuraba: «Esto lo tendríamos que haber hecho antes, y no ir por ahí a la aventura, joder».

Marqué el número del comisario. Descolgó al tercer tono.

—Cuéntame, Jeray.

—Necesitamos al propietario del número 96 de Wasteland Street, en Glendale Ave. Que lo envíen a esa misma dirección.

—De acuerdo. Te llamo en cuanto esté de camino.

—Gracias.

«*Siempre diligente*».

Abrí el WhatsApp al ver que marcaba dos mensajes: uno de mi madre y otro de Yanet. El primero no lo abrí; lo miraría más tarde. El de Yanet me arrancó una sonrisa: «Eooooooooooooo... ¿Hay novedades?», junto con un *selfie* de su precioso rostro gesticulando de forma exagerada. «Estoy en ello, cansina», contesté, enviándole varios corazones.

Nos sentamos ante la puerta. Las largas esperas: lo peor de nuestro

trabajo.

—¡Aquí hace mucho calor! —escuchamos tras la valla—. ¡Un poquito de crema solar, ¿no?!

Nos miramos.

Sonreímos.

«*Va a acabar cayéndome bien el Ramírez*».



—Sentimos las molestias —dije nada más bajó del coche policial. Un hombre joven, delgado y alto, moreno y con el pelo rizado.

—No pasa nada —formuló con la cabeza gacha, sin mirarme, buscando con ambas manos en un considerable manojó de llaves—. Si la chica ha delinquido es mi obligación colaborar.

»Abandonó la casa hace dos días, tirando esta misma llave —explicó mientras la metía en la cerradura— en el buzón de la inmobiliaria sin dignarse siquiera a avisar. «*Se confirma, de ser ella, que se nos ha escapado por los pelos*». Tenía pagada una semana más de alquiler. Ni siquiera hemos podido revisar que todo esté en orden; por suerte, hemos estado muy ocupados.

—Gracias, chicos —dijo mi compañera en alto, despidiéndose de los dos agentes que nos lo habían acercado hasta allí. Hice lo mismo.

—Entonces, ¿usted no es el propietario?

—No. Él vive en Oklahoma. Yo soy el simple empleado de una inmobiliaria. Mi trabajo consiste en interceder entre dueño e inquilino.

—Ah, entiendo. Pues gracias por acudir tan rápido.

Abrió la puerta.

—Un momento —dije al tiempo que corría hacia la valla, asomándome por ella—. ¿Estás bien, Manuel?

—¡No me ves! —gritó empapado en sudor, subiendo y bajando las esposas por la farola como un chalado—. ¡Si la palmo, me meteré en tus sueños como Freddy Krueger, detective torturador!

—Enseguida volvemos. Aguanta un poco más, quejica.

No negaré que disfrutaba martirizándolo. En ese momento estaba pagando por las posturitas, el moco volador y su barriobajera chulería. Aunque en realidad, no parecía tener un mal fondo.

En la primera planta no asemejaba haber vivido nadie en meses. Registramos un amplio salón y una cocina algo polvorienta. Nevera, armarios, cubo de la basura, cajones...: absolutamente vacíos.

«Puede que solo lo usara como piso franco».

Seguimos al empleado —ni siquiera nos habíamos presentado— hasta la planta superior, constituida por tres habitaciones.

—La madre que la parió —quejumbró al entrar en uno de los dormitorios—. Al dueño no va a gustarle esto.

Accedí al tiempo que Jailene. En la pared, ante la cama, hallamos una esvástica de al menos dos metros por dos. A los pies de la estrella gamada, pintada en negro, una inscripción que nadie entendió: «איך טאָן גיט» פאַרגעסן.

Saqué el móvil de mi bolsillo, marcando de nuevo el número del comisario. Esta vez, descolgó al cuarto tono.

—Dime.

—Hemos localizado la «vivienda» de la asesina de Abiel Gewürtz. Envíe lo necesario para un registro a fondo.



Tardamos minutos en descifrar aquellas letras; en ciertas ocasiones, internet valía y para mucho. Escrito en yidis, también conocido como judeoalemán, lengua predominante entre los judíos que padecieron el Holocausto, rezaba: «Yo no olvido».

No tenía ningún sentido. Cada vez más, se me antojaba que nuestras primeras hipótesis eran desacertadas. Sentí la necesidad de interrogar a los familiares del fallecido. Pero para eso tocaría esperar un poco.

El primero en aparecer, como siempre, fue Clayton. Tras saludar, fue directo al grano:

—Yo me encargo del registro. Vosotros id al centro forense, Green tiene algo que enseñaros. No ha querido darme más información. Ya sabéis cómo le gusta hacerse el interesante... Ha insistido en que lo veáis por vosotros mismos.

—De acuerdo.

—Abajo habrá visto a Manuel —dijo Jailene.

—Cómo no hacerlo. Menudo escándalo ha montado al verme.

—Llévenlo de nuevo a comisaría, es el único que ha visto a la sospechosa. Necesitamos un retrato robot. Es más: que vuelvan a interrogarle a fondo. Puede que haya visto más de lo que cree. Ah, y que le enseñen modelos de furgonetas hasta que dé con la que transportaba el madero.

—Okey.

—Cuando termine —requerí—, que vuelvan a conectarle la pulsera y le «acompañen» a su casa. Y encárguese de que no le penalicen por la desconexión de esta mañana. Estaba ayudándonos. Fallo mío.

Antes de partir, saqué el móvil y le hice una foto a la pared.

«Es una asesina, amor. Descansaba con esto enfrente». Se la adjunté.

Evitamos pasar por delante de Manuel; no nos apetecía escuchar su

cargante voz.



Llegamos al centro forense.

Era ya la una y media y mi estómago se empeñaba en recordármelo. Cerca conocíamos un restaurante de comida rápida donde parábamos de vez en cuando. Escucharíamos lo que tuviera que decirnos Green y entraríamos a saciar el hambre. Luego interrogaríamos a los familiares de Abiel Gewürz, cuyo cadáver estábamos a punto de contemplar.

Unas instalaciones modernas que combinaban, con sorprendente buen gusto, las transparencias del cristal, el gris y el rojo.

Nos dirigimos directamente al mostrador. Stephanie, la habitual recepcionista, nos indicó por dónde debíamos proseguir.

Encontramos a Green en plena faena, hurgando dentro del fiambre. Con las protecciones adecuadas: faciales y oculares, gorro, bata impermeable, guantes y forro para los pies, nos acercamos a la mesa de autopsias. A mí, personalmente, las medidas de seguridad me parecían un poco exageradas. «*Más vale prevenir que curar* —pensé al tiempo que el forense aseaba la mesa a base de chorros de agua».

El estómago de Abiel Gewürz se mantenía abierto gracias a unos separadores. Sobre la gris y robusta mesa de acero inoxidable, bajo la intensa luz de un foco, rodeado de grifos y mangueras, el médico trabajaba ignorando nuestra presencia.

Carraspeé con el propósito de llamar su atención; sabía perfectamente que esperábamos al pie de la mesa.

—Un segundo —musitó con la cabeza pegada a la cavidad pectoral.

No era el primer cadáver que observaba de esa guisa: abierto de par en par. Pero no recordaba a uno tan mayor. Recorrí su anatomía con la vista: su escroto descolgado, su piel flácida y arrugada, su papada sin consistencia...

«Ejecutado de un disparo a las puertas de la muerte».

Conocía a Samuel Green desde hacía unos tres años: un tipo dicharachero, desgarrado y poco agradable para la vista, mención especial a unos ojos de sapo, una nariz aguileña y unas orejas que podían servir como antena parabólica.

—Buen día —saludó tras finalizar la inspección del cadáver. Le devolvimos el saludo—. Os resumo: la causa de la muerte, producida sobre la medianoche, es un disparo en la cabeza. —Alzó las cejas—. Soy un hacha, ¿eh?

Intenté no reírle la gracia, pero me resultó imposible no sonreír.

—Le suministraron una alta dosis de midazolam —prosiguió enérgico—. He de matizar, que el asesino hubo de medir bien la dosis para no causarle daños irreversibles. Algún moretón debido al traslado y..., poco más.

—¿Y para eso no has hecho venir? —cuestioné molesto—. ¡Haber llamado por teléfono, joder!

—Relax, que estaba imprimiéndole misterio al asunto... —Jailene se frotó las sienes como el que está ante quien no tiene remedio. A mí, al final, consiguió hacerme reír—. Ha sido dentro del estómago donde he encontrado una sorpresita.

Se giró para coger algo de una estantería. Me lo entregó: una bolsa de pruebas. Dentro encontré un fino cilindro de unos cinco centímetros. Jailene se acercó para observarlo conmigo.

—¿Un silbato?

—Así es. Se lo metieron por la fuerza. Es un objeto relativamente fácil de ingerir, pero el sujeto mostraba daños en garganta y esófago.



NUNCA DIGAS QUE ESTA SENDA ES EL FINAL

Septiembre de 1941
Gueto de Varsovia, Polonia

«Primero con alambre de espino, y luego, con un muro de tres metros de altura, dicen, que de dieciocho kilómetros de largo —pensó mientras miraba a través de la ventana—. Nos tienen como a animales y no entiendo por qué. Padre se niega a contestar mis preguntas; cree que me protege con su silencio. Pero yo he escuchado a otros «inquilinos» y aseguran que pretenden deportarnos al Este. Cualquier cosa será mejor que esto, supongo».

Abajo, un niño de no más de cinco años se arrastraba descalzo por la acera. Sus ropas, harapos; su cuerpo, un amasijo de huesos; a su alrededor, un mar de cabezas humanas, olas de miles de personas que iban y venían. No demasiado lejos del moribundo, un mendigo de edad semejante, sucio y famélico, pedía limosna con la mano extendida.

Se le empañaron los ojos.

«Nos hemos acostumbrado a la muerte. La miramos a los ojos y ya no sentimos nada: eso es lo peor de todo —meditó a modo de recapitulación, como si hablara con una joven de más allá del muro; alguien con un buen corazón—. Han conseguido minar nuestras fuerzas, nuestro espíritu; nos han convertido en un rebaño de ovejas».

Justo bajo su ventana, dos hombres conversaban acalorados. No entendió una sola de sus palabras. Muchos idiomas se mezclaban en aquel pedazo de Varsovia: yidis, polaco, húngaro, alemán...

«Nos han confinado en un corral de judíos, a los foráneos y a decenas de miles de otras partes de Polonia, Hungría y países ocupados. Nos arrojaron a esta cochambrosa habitación de apenas siete metros cuadrados. Nos obligan a dormir juntos en una minúscula cama de hierro: quizá, lo único que recuerde con cariño en el futuro».

Uno de ellos elevó el tono, transportándola a un pasado reciente.

«Entraron a viva voz y nos lo quitaron todo: abrigos, joyas, cacerolas, libros, radio... Los que habitamos esta extensión amurallada olvidada de la mano de Dios nos limitamos exclusivamente a sobrevivir, y cada cual lo hace a su manera. —Miró al niño desnutrido sobre la acera. No se movía. Los viandantes pasaban a su lado con la mirada fija al frente, ignorantes—. No podemos hacer ya nada por ti, criatura. Pero no temas: pronto dejarás de sufrir».

«Sopa aguada y pan duro... —lamentó mientras una lágrima descendía por su mejilla—. Un mísero alimento y, aun así, a ese niño le ha faltado para seguir con vida. Qué será de nosotros».

Se asomó al pasillo. Sus padres tardaban en llegar.

Los escasos muebles que adornaban el bloque parecían teñidos de melancolía. Las paredes se desconchaban por la humedad. *«Puede que ellas también se sientan tristes».* Todo pervivía bajo un aura de desconsuelo, miradas y expresiones compungidas. Pero no en la estancia donde la obligaban

a vivir: allí, su padre se empeñaba en solapar las desgracias con sonrisas fingidas y falsas esperanzas. Le sacaba de quicio verle encubrir la verdad: vivían en un infierno.

—¡Mi hermosa Irena! —exclamó Yaniv nada más entrar—. ¿Tienes hambre?

—No demasiada.

—Hola, hija. —Su madre, Yemima, no saludó con tanta efusividad.

Se moría literalmente de hambre, pero prefería que ellos no lo supieran. Aunque en realidad todos padecían los mismos males.

Yemima se quitó el brazalete blanco con la estrella de David en color azul que les obligaban a llevar; Yaniv se lo dejó puesto. Tras el decreto juró ante ellas que no se lo quitaría, que lo llevaría incluso para dormir. Alegaba: «No hemos de sentir vergüenza por ser lo que somos. Ellos creen que nos castigan obligándonos a llevarlo, y yo lo luzco con orgullo. Los nazis presumen de su cruz gamada, ¿no?». Pero Irena se lo colocaba únicamente para salir de aquella sucia habitación; algo que no hacía casi nunca. «Es una maldita imposición. Argumentan que deben separar las razas, pero yo no distingo esas diferencias que ellos ven», le replicaba a su progenitor. A dichas objeciones, él, con una sonrisa, siempre le contestaba lo mismo: «Haz lo que te haga más feliz, hija. Pero llévalo cuando estén delante o te molerán a palos».

Su madre amontonó en el suelo, entre dos ladrillos, pequeños trozos de madera: la rudimentaria cocina que usaban para calentar la comida. En esa ocasión, su padre había conseguido un poco de sopa —sin aguar— y un panecillo «normal»: el manjar de un judío. Los nazis les suministraban una escueta y repugnante ración de pan mezclado con serrín y patatas.

Entre el pie de la cama y la pared apenas restaban cincuenta centímetros, pero a Irena le gustaba mantenerla «desplegada», sentarse sobre ella y ante la

ventana, tumbarse cuando le apetecía leer o escribir en su diario.

—Llevas mucho sin ir al colegio —musitó Yemima mientras vertía la sopa en una cacerola abollada.

—Eso no es un colegio, mamá, y lo sabes muy bien. No voy a volver. — Se fijó en sus pronunciados pómulos, cada vez más marcados, cada vez más cadavéricos—. Eso es una ‘cantina de sopa’ donde se imparten clases a escondidas.

El padre escuchaba atento a su familia, sin interferir.

—Pero aquí vas a marchitarte lentamente.

Irena no soportó más la presión que oprimía su pecho. Se levantó las mangas de la camisa y se subió el pantalón hasta las rodillas.

—¡Somos un montón de huesos sin futuro! —desgañitó al borde del llanto—. ¿¡Nos dejan morir de hambre y creéis que esto va a mejorar!? ¡Decidme por qué, por favor! ¡Si nos quisieran algún bien no nos tratarían como a ratas! ¡Su intención es expulsarnos y aislarnos de la sociedad! ¿¡Estáis ciegos o qué diablos os pasa!? ¡Hemos de huir o el gueto será nuestra tumba!

Yaniv hizo ademán de consolarla, de garantizarle que allí estaban solo de paso. Quiso decirle que pronto los deportarían al Este donde podría trabajar dignamente y mantenerlas del mismo modo. Pero desistió. Entendía perfectamente los miedos de su hija. En el fondo todos los compartían. Asimismo, no conocía las intenciones del enemigo. Lo que le hubiera transmitido no iban a ser más que las esperanzas de un padre.

Tras los gritos de Irena, en la pequeña estancia reinó un incómodo silencio.

Comieron lo poco que tenían y dieron gracias a Dios por ello; otros, como acababa de presenciar a través del cristal, morían de inanición en plena calle.

El cabeza de familia era miembro del *Judenrat*, una organización que

intentaba paliar las inhumanas condiciones de vida en el gueto. Preparaban cantinas donde suministraban platos de sopa gratuitamente e intentaban solucionar, entre otros, el problema de la sobrepoblación en los hogares, limitándolo a siete personas por dormitorio. El *Judenrat* era también responsable de los hospitales y orfanatos que «funcionaban» en el gueto. A parte de eso, arreglaba zapatos a cambio de cualquier cosa, principalmente comida.

El 12 de octubre de 1940 se leyó un comunicado por radio que obligaba a los judíos de Varsovia a concentrarse en un solo sector. ¿La fecha límite?: el 31 de ese mismo mes. Un año antes, cansado del acoso de los antisemitas, ya había cerrado su zapatería: un negocio que le costó sudor y lágrimas levantar. Hasta el comunicado subsistieron con los ahorros de toda una vida y de lo que ganaba remendando zapatos en la trastienda. Gracias a ello, en la «mesa» de Irena no había faltado la sopa y el pan. Una suerte: las ciento y pico calorías «obsequio» de los nazis no daban para vivir.

Irena siempre pensó que su padre «traficaba» con productos del exterior. La mayor parte de la comida que entraba lo hacía de forma «ilegal»; sin esos productos, la hambruna hubiera acabado con todos al poco de implantarse el gueto.

Le veneraba, le consideraba el mejor padre del mundo, pero también le maldecía por arriesgar su vida. La condena por contrabando no era otra que la muerte. Y su madre y ella preferían arrastrarse por las calles antes que perderle.

—Me marchó —anunció Yaniv tras ingerir lo único que comería aquella jornada: un poco de sopa y un pedazo de pan mezclado con serrín y patatas. El panecillo lo repartió a partes iguales entre su mujer y su hija—. Voy a ayudar en las cantinas.

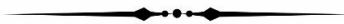
Madre e hija lo besaron en la mejilla. Él acarició el rostro de ambas, dedicándoles una compungida sonrisa.

Yemima marchó al grifo comunal a por un poco de agua.

Justo tras partir, mientras Irena se tumbaba sobre la cama dispuesta a leer, escuchó tres golpes en la puerta. Intuyó quién esperaba al otro lado.

—¿Sí?

—Soy Abiel. ¿Puedo entrar?



Abiel Gewürz era el hijo pequeño de una familia que malvivía en el mismo pasillo. Sus diez años le conferían un aire vivaracho, despreocupado.

«Si yo entiendo poco de lo que ocurre aquí, él no entiende nada. Pero mejor así».

—¿Quieres jugar a la pirindola? —preguntó al entrar sin ni siquiera dignarse a saludar.

Irena le miró fijamente a los ojos.

«Ojalá tuviera ganas. Ojalá me apeteciera hacer cualquier cosa».

Justo entonces, la inquietó un leve chirrido en la calle.

«El niño».

Se volvió instintivamente, dirigiendo la mirada hacia la ventana. Aún tuvo tiempo de ver cómo giraban las ruedas y escuchar su siniestro sonido; lo que acababa de provocar que Abiel oteara a Irena de espaldas.

—¿Qué miras?

Irena extendió la mano sin volverse, instándole a quedarse donde estaba. Se quedó quieta, absorta en lo que ocurría en la calle.

—No te acerques.

—¿Pero qué ocurre?

—¡He dicho que no te acerques!

No volvió a escuchar la voz de Abiel; no al menos hasta que volvió a

mirarle de frente.

Dentro contó siete cuerpos; huesos, fina y sucia piel.

Dos hombres se acercaron al niño exánime. Sus semblantes exteriorizaban la más aguda de las tristezas. Uno lo cogió por los brazos y el otro por los pies, lanzándolo sobre la montonera sin vida. Tras esto, prosiguieron con la retirada de cadáveres.

Esta vez contuvo las lágrimas.

Un policía judío cruzó la calle en dirección a los que tiraban de la carreta. Les dijo algo, pero ella solo pudo ver cómo movía los labios sonriente.

«Ellos son los peores, los que tienden la mano al enemigo, los que ayudan a martirizar a su propia raza. Maldigo tu sonrisa, «camarada»; maldigo tu estampa».

Abiel permanecía ante la puerta tieso como una vela. Sin duda, el grito le había asustado.

«Es inútil protegerle de este horror. Aunque quizá el tiempo borre mucho de lo que ha visto aquí. La edad juega a su favor».

—Ven —le musitó Irena sonriente, intentando apaciguar su estado.

El «mocoso» se acercó.

—Toma. —Le entregó un pedacito de pan con serrín y patatas. Siempre solía guardar uno para más tarde—. Sé que tienes hambre.

—Gracias. Eres la mejor.

Irena sonrió.

—Y ahora vete. Vuelve dentro de un rato y jugaremos a la pirindola. Tengo cosas que hacer.

—Vale.

Se marchó dando saltitos, risueño como siempre. Ella deseó no volver a

verlo aquel día, que se entretuviera por ahí y le dejara pasar la tarde sola.

Superó media guerra en la primera planta de aquel destartalado edificio. Apenas salió de aquella pequeña estancia que fue su «hogar» durante más de dos años. Apoyada en la pared, sobre la cama y al lado de la ventana, leía, dibujaba, escribía en su diario o componía poemas en trozos de papel usado. La madre de Abiel le prestó cuatro libros que se salvaron de las confiscaciones nazis; obras que releyó más de diez veces.

Debido al ir y venir de la elevada densidad de población, algunos miembros del *Judenrat* acababan charlando bajo su ventana. Se agazapaba contra la pared y escuchaba a escondidas. De ese modo se enteró de los avances de la guerra: no parecía marchar a favor de nadie que no adorara a una esvástica.

Un año más tarde

Debido a la insalubridad que invadía el gueto y mayormente a los excrementos que se acumulaban en los patios de luces de los edificios, el tifus empezó a hacer acto de presencia. Las cañerías se congelaron durante el invierno y no les quedó más remedio que defecar en palanganas, botes, o lo que tuvieran a mano. Luego, vaciaban dichas deposiciones donde podían. El frío mantuvo a raya la enfermedad —también se llevó a muchos por delante—, pero la progresiva subida de las temperaturas propició que piojos y pulgas la transmitieran a muchos de los confinados.

Los cadáveres se amontonaban en los portales, desnudos o envueltos en papeles sucios. Las familias se vieron obligadas a no honrar a sus muertos, a depositarlos en las calzadas en plena noche. ¿Su destino?: fosas comunes.

«*Se los llevan* —pensó mirando a través del cristal, aterrorizada—. *Dicen que al Este, donde podrán trabajar y vivir dignamente. Pero... ¿Matarnos de frío, hambre y enfermedad para ahora reasentarnos en un lugar mejor? Ojalá sea cierto, pero...*».

No pesaba más de cincuenta kilos; insuficiente para sustentar en condiciones su metro setenta de altura.

A patadas, muchas veces con lo puesto y a punta de pistola, les obligaban a caminar en largas filas de judíos dirección al apeadero de tren de *Umschlagplatz*.

Los primeros en marchar fueron los ancianos, los enfermos y los menores de doce años.

«*¿Por qué llevarnos por separado?*».

«*Fui una estúpida* —se dijo años más tarde—. *Todos lo fuimos. Quizá, simplemente nos negamos a barajar la posibilidad, a aceptar que en el mundo pudiera existir tal vileza*».

Habían inspeccionado su bloque en varias ocasiones. La última vez, tras abrir la puerta de una patada, Yaniv les mostró nervioso los documentos que lo acreditaban como miembro del *Judenrat*. Irena tenía quince años, así que tampoco entraba en el perfil de los seleccionados hasta el momento. Quizá por ello, tras revisar los papeles prosiguieron con las deportaciones sin arrastrarlos con ellos.

Yaniv resolló aliviado. Yemima liberó la tensión a su manera: llorando. Irena, como su padre, expulsó toda la tensión en un resoplido.

Nunca justificaban nada.

Nunca sabían qué esperar de los nazis.

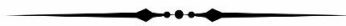
«Uno no da explicaciones cuando pisa una cucaracha que ha encontrado en su casa —pensó Irena una vez abandonaron el edificio junto a un centenar de sus vecinos—. Y para ellos somos solo eso: cucarachas».

Les invadía un estado de inseguridad. Les garantizaban una vida mejor, pero el trato a manos de las S.S. les llevaba a temer lo peor. Sus mundos se habían convertido en una senda de absoluta y lacerante incertidumbre.

Las S.S. no conocían la piedad: arrancaban a los pequeños de los brazos de sus padres, que de negarse recibían un disparo. El día anterior fue testigo de un suceso que no olvidaría nunca. Los «soldados» entraron en una de las viviendas que podía ver desde su ventana. Se llevaron a muchos niños. Uno de los padres no estuvo presente durante la «redada». Cuando llegó y no encontró a sus dos hijas se tiró por la ventana. Irena, por suerte, no pudo verle saltar; solo su cuerpo destrozado sobre la calle. Pero sí vio cómo algunos soldados disparaban a quemarropa a varios de su etnia. Les importaba bien poco que fueran mayores, niños o mujeres embarazadas.

Y al otro lado de aquella ventana, tras filtrar tanta maldad, a Irena se le murió algo por dentro, algo que no resucitaría jamás. Dejó de ser la joven que un día fue para convertirse en una víctima del Holocausto, olvidándose de vivir, centrándose únicamente en respirar; y no por ella, sino por Yaniv y Yemima.

Los nazis no solo mataron con balas y gas.



Su padre entró en la habitación, jadeante, tirando de su madre como si fuera una mula tozuda, en medio de otra de las habituales «redadas» de las

S.S.

Se escuchó un disparo en el interior de su bloque.

Yaniv, tras el estruendo, se acuclilló, alentándolas a hacer lo mismo. Una vez de rodillas, susurró con el semblante descompuesto:

—Hemos de ocultarnos hasta que acabe la guerra.

—Van a llevarnos al Este, ¿no? —preguntó Irena poco convencida—. ¿Por qué íbamos a escondernos?

—Los trenes vuelven demasiado rápido. Estoy informado de que van y vienen de unas instalaciones cercanas al pueblo de Treblinka, donde...

—¿Donde qué? —preguntó esta vez su esposa.

—No lo sé. —Mintió—. Lo único que importa es que sé dónde refugiarnos hasta que toda esta locura acabe.

Le aterró ver a su padre tan nervioso. Su corazón empezó a palpar desmedido, más acelerado incluso de lo que ya latía antes de que irrumpiera azorado en la habitación.

Yaniv abrió la puerta y se asomó, escudriñando inquieto a ambos lados del pasillo.

—Llevaos lo imprescindible —susurró sin dejar de mirar afuera—. Solo debemos bajar al sótano, a la sala de las calderas. Desde allí, por un conducto de respiración, llegaremos a un pequeño cubículo donde ocultarnos un par de semanas. Luego, cuando todo se calme, vendrán a buscarnos. Hay que evitar subir a esos trenes.

A Irena se le vino el mundo encima.

«Dios, apiádate de nosotros».



El padre tiró de la madre y esta de la hija. Cogidos de la mano,

escuchando a los alemanes vociferar a través de las paredes, con el corazón en un puño, bajaron las escaleras que daban al sótano. Al pasar ante la habitación de Abiel y su familia, la encontró vacía.

«Se los han llevado».

Yemima cogió únicamente su bolso; Irena metió sus poemas en una bolsa de tela, los libros que ya no podría devolverle a la madre de Abiel y su diario; Yaniv partió con lo puesto.

Aún no habían bajado diez escalones cuando se detuvieron en seco. Abajo, al pie de la escalera, encontraron a Abiel. Llevaba puesta una gorra nazi que le quedaba grande; del cuello le colgaba un silbato de la misma procedencia.

—¿Qué haces ahí, Abiel? —le preguntó Irena.

—¡Mira, me han dado una gorra y un silbato!

—Shhhhhh... —Yaniv alzó los brazos, instándole a que bajara el tono.

El padre, tras escucharle, descendió. De nuevo se detuvo en seco: Abiel se colocó el silbato en la boca.

—Quietos —ordenó con el instrumento de viento entre los labios—. Me han ordenado que vigile a los que intenten escapar.

—No, no, no, no... —Susurró Irena, mostrándole las palmas de las manos—. Nosotros somos tus amigos, ¿recuerdas? Muchas veces te he dado pan, ¿eh? Solo vamos a entregarnos a los que están en la calle, no pretendemos huir.

—Eso es mentira. Me han dicho que si les ayudo me darán chocolate.

—No nos delates, por favor.

El pecho del niño se hinchó; inspiración que no presagiaba nada bueno.

Corrieron.

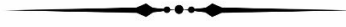
«Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii...».

El padre empujó al pequeño, haciéndolo caer.

«Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii...», silbó por segunda vez desde el suelo.

«¡Erster stock!», se escuchó proveniente del exterior. Luego, a través de las paredes, pasos a la carrera.

Les interceptaron cuando tenían el conducto enfrente.



Entre la poca luz que iluminaba el sótano, recibieron la mayor paliza de sus vidas. A Irena le rompieron la nariz de una patada; a su madre le saltaron tres dientes con la culata de un fusil; con el padre se ensañaron: puntapiés, puñetazos, escupitajos..., incluso le golpearon con un hierro que encontraron apoyado en una de sus paredes.

A juzgar por sus risas, disfrutaron mucho con su «trabajo».

«*Nos matarán aquí mismo* —temió Irena, sangrando abundantemente».

Pero no fue así.

A rastras —a las mujeres tirándolas del pelo—, dejando tras de sí un reguero de sangre y lo poco que llevaban consigo: bolso, dibujos, libros, poemas..., los sacaron a la calle. Irena pudo esconderse el diario entre las ropas.

Sin tiempo de sopesar la situación, alzaron al padre y lo empujaron contra un muro cercano, obligándolo a permanecer con la espalda pegada a la pared. A duras penas se mantenía en pie.

Yaniv miró a su familia sobre la acera, custodiada por cuatro indeseables. Les dedicó una sonrisa.

El soldado que tenía enfrente alzó su rifle.

Yaniv alzó el puño, cerrándolo con las pocas fuerzas que le quedaban. Empezó a cantar en alto: «Nunca digas que esta senda es el final. Acero y plomo cubren un cielo azul, pero nuestra hora tan soñada llegará. Redoblará

nuestro cantar, ¡henos acá!».

«¡Pum!».

Murió allí mismo, ante los ojos de Irena y Yemima. Se derrumbó como un castillo de naipes, dejando una mancha burdeos en aquella pared raída.

Por aquel entonces no entendieron su cantar. Poco después, aquella melodía inacabada se convirtió en el himno de los Partisanos Unidos del gueto, resistencia judía clandestina que luchó contra la barbarie nazi, negándose a subir a esos trenes de los que Irena y Yemima ya no escaparían.



Las unieron a una fila de deportados. Caminaron bajo la atenta mirada de los fusiles, bajo el sol que brillaba con fuerza aquel día de verano. Los habitantes de Varsovia les observaban tras la alambrada, transmitiéndoles su indiferencia. Finalmente, madre e hija alcanzaron los límites del gueto: un recinto cercado junto a las vías muertas del ferrocarril.

Cualquier gesto «inadecuado» se castigaba con un golpe de culata o un tiro en la nuca. Irena y su madre tuvieron que contemplar cómo durante el trayecto sacaban de la fila a una madre y a su hija de apenas trece años, por, supuestamente, hablar entre ellas. Las fusilaron sin contemplación a apenas cinco metros de distancia.

Montones de judíos se agolpaban tras la alambrada. Llantos de madres separadas de sus hijos, gritos, lamentos... Algunas mujeres transportaban niños en brazos, para los que mendigaban una mísera gota de cualquier líquido que los mantuviera con vida; los alemanes, a propósito, habían cortado el suministro del *Umschlagplatz*.

Irena y Yemima no habían articulado una sola palabra desde la muerte de

Yaniv; no tenían fuerzas ni para llorarle. Se «acomodaron» al lado de un grupo de huérfanos que lagrimeaban desconsolados. No importaba dónde mirar o dónde ir: en aquella plaza no había más que miseria.

Se escuchó un disparo, seguido de un breve estallido de pánico: un miembro de las S.S. acababa de matar a una mujer que, por lo visto, no se había apartado de su camino lo suficientemente rápido.

Irena perdió la capacidad de razonar. En su interior se arremolinaban demasiados sentimientos, demasiado dolor.

Se palpó la nariz. Notó la sangre seca en la yema de sus dedos. Deseó levantarse e increpar a alguno de esos malnacidos, acabar como aquella mujer, como su padre; mas le faltó valor.

—Nos conducen a la muerte —escuchó de un hombre que «descansaba» cerca de ellas—. Somos ganado de camino al matadero.

—Eso no lo sabes —le replicó otro al que ni siquiera pudo ver—. La policía judía asegura que nos mandan a trabajar.

—¿Y tú crees a esos malnacidos? No son más que traidores, basura judía que se ha aliado con el enemigo.

Irena se tapó los oídos. Justo entonces, su madre arrancó a llorar. La abrazó.

—De un modo u otro esta pesadilla acabará pronto —le susurró al oído.

Irena, aunque le partiera el corazón pensarlo, sabía que tarde o temprano las separarían.

No dejaban de llegar nuevos grupos al recinto, destinados al prometido y deseado reasentamiento. Cada vez eran más los que esperaban, los que no tardarían en descubrir lo que aguardaba más allá de las vías.

Tras horas de insufrible espera, llegó el «ansiado» tren.



Les apiñaron en vagones concebidos para el ganado, manteniéndolos allí durante horas. Les echaron una miserable cubeta para las deposiciones que en apenas cinco minutos rebosaba excrementos y orina.

El calor resultaba insoportable, así como el hedor. Muchos se meaban o cagaban encima. Pudo, entre la multitud de piernas, ver cómo la micción asomaba por los bajos de algún pantalón. El vagón se llenó de charcos malolientes. A esto, debido a la falta de higiene de los hacinados, se unió un penetrante olor a axila. Las náuseas y las arcadas no tardaron en llegar. Algunos vomitaron erguidos —no podían hacerlo de otro modo—, regando a los que tenían delante. También empezaron a escucharse los primeros sollozos, que sazonaron la triste y repugnante atmósfera. Irena no pudo soportarlo más: lloró mientras su madre la agarraba gimiente de la mano.

La luz se filtraba por los escasos respiraderos del vehículo. Los más débiles caían derrotados por la deshidratación. Dos hombres empezaron a pelearse. Fue entonces cuando la mano de Yemima soltó la de su hija.

Y allí, dentro de aquel infecto vagón murió poco después de haberlo hecho su marido, justo cuando el tren iniciaba su marcha.

Irena no permitió que nadie la separara de ella; viajó con su madre inerte a los pies, llorando desconsolada.

«Me lo habéis quitado todo».

Campo de exterminio de Treblinka

Como entraron, salieron: a gritos y empujones. Echó la vista atrás para

contemplar por última vez a su madre tirada junto a otros en el suelo de aquel vagón infestado de meados.

Estaba exhausta, como todos los que habían viajado en aquella máquina infernal. A punto estuvo de caerse al bajar. Pero sabía que un paso en falso podía traducirse en muerte.

Se encontró en una bonita estación, en un andén de unos doscientos metros donde un reloj marcaba la hora. Alrededor se apreciaban colinas, montañas y copas de pinos; la estación parecía estar situada en medio de un bosque.

Los rostros de los deportados cambiaron para mejor. Todos, en mayor o menor medida, mitigaron sus miedos. ¿Cómo iban a saber ellos que estaban en un decorado, en un engaño con la única intención de tranquilizarlos? Ni siquiera las manecillas del reloj se movían por un mecanismo; un prisionero las accionaba a escondidas. Todo era una farsa, una macabra manera de amansarlos.

Les colocaron en fila india por enésima vez. Irena se limitaba a obedecer con la cabeza gacha; una simple mirada podía costarte la vida. Aun así, la subsistencia de un judío a manos del Tercer Reich dependía más del azar que del proceder: la excusa más inverosímil les valía para apretar el gatillo.

De pronto, apareció de la nada un oficial a voz en grito, cambiando el curso de su destino. Ordenó que veinte mujeres jóvenes fueran separadas de la hilera. De entre sus berridos pudo distinguir una palabra: «Auschwitz».

Los soldados obedecieron.

Una de las seleccionadas fue Irena.

Entonces no lo supo, pero aquel joven soldado que tiró de ella, ese al que ni siquiera se «dignó» a mirar, salvó su vida.



EL SILBATO, EL CUADERNO, EL PELO Y EL RETRATO

Mientras esperábamos la comida saqué mi bloc de notas —a la vieja usanza— y apunté. Necesitaba aunar las pruebas recabadas hasta el momento:

-Mujer blanca de aproximadamente 1,70 y 25 años, morena y de ojos claros.

-Furgoneta negra. ¿Modelo?

-Utilizó un Mauser 98k (arma característica en el bando alemán durante La Segunda Guerra Mundial) para simular un fusilamiento nazi.

-Antes de ejecutarlo le metió un silbato por la boca.

Cogí la prueba y la dejé sobre la mesa entretanto mi compañera trasteaba también en su móvil.

Fotografié el silbato y le envié un WhatsApp a Yanet: «Amor, llevaba esto metido en las tripas». Adjunté la imagen recién tomada. Tardó menos de cinco segundos en contestar con un emoticono de sorpresa, seguido de un mensaje: «Ya tengo ganas de que llegues a casa, vida. Te amo». «Yo también te amo», contesté.

Proseguí con las anotaciones:

-Mensaje encontrado en su habitación escrito en yidis bajo una esvástica pintada en negro: «Yo no olvido».

-Palabras clave: Holocausto. Fusilamiento. Auschwitz. Silbato. Abiel Gewürz. «Yo no olvido». Esvástica... ¿Conexión?

De pronto, tras releer mis propias anotaciones, me vino algo a la cabeza. Busqué en Google: «Nazis silbato». Me costó encontrar algo en referencia a los silbatos que usaron los nazis durante La Segunda Guerra Mundial. En un blog hallé un extracto de una entrevista a un superviviente del Holocausto: *«Son las 4 de la mañana, ya estoy despierto, y es entonces cuando se oye un agudo y desarraigado pitido de silbato. Se trata de los kapos, gente prisionera al igual que nosotros que a cambio de controlarnos tienen una serie de privilegios».*

«¿Y si se venga de esos kapos? —pensé mientras la camarera dejaba los platos sobre la mesa—. ¿Y si Abiel Gewürz fue uno de esos judíos que ayudaron a los nazis durante la guerra? ¿Y si ella, a juzgar por el idioma usado en la inscripción, es asimismo una judía? Ese ‘yo’ implica a alguien más en la ecuación... ¿Pero a quién? No creo que se refiriera a su víctima».

—Lo único que no cuadra es la edad —dije de pronto, sorprendiendo a Jailene—. Abiel Gewürz era demasiado joven como para ser un *kapo*. Además, su muerte no puede deberse a algo personal, no al menos de forma directa. A no ser..., que la asesina venga la desgracia de un bisabuelo o, en general, el horror que padeció su pueblo. Joder. —Me froté las sienes agobiado—. Las piezas del rompecabezas están lejos de encajar.

—Explícate. ¿Crees que la asesina es una judía que se venga del Holocausto? Entonces, ¿por qué no mata a nazis?

Negué con la cabeza, aún absorto en mis pensamientos.

—De momento son solo suposiciones. Hay que hablar con los familiares de la víctima. Luego, tras el interrogatorio, te confirmo si voy por buen camino. Aunque después de tanto tiempo..., puede que no sepan nada. Espero

que Abiel fuera de esos viejos a los que les gusta contar «batallitas».

Jailene alzó las cejas con cara de no entender muy bien a qué me refería.

—De acuerdo. Comemos y vamos a ver qué nos cuentan.

—¡Oiga! —vociferé en dirección a la barra—. ¿Puede subir el volumen del televisor? —Me pareció ver la antigua fábrica.

Una reportera de la BBC hablaba ante una pared de ladrillos.

—Tras estas paredes, Abiel Gewürz fue asesinado mediante un extraño ritual: la imitación de un fusilamiento nazi. ¿Se detendrá aquí El asesino de la esvástica?

—Mierda —lamenté entre resoplidos—. Lo que nos faltaba: la prensa tocando los cojones. Nunca conseguiremos erradicar las filtraciones, ¿eh?

—Hay mucho corrupto que no le hace feos a los fardos de billetes.

—Cabrones. Les importa bien poco joder a sus compañeros. ¿Sabes?: me gustaría pillar a uno y mandarle los dientes a tomar por culo.

Sí... O una buena patada en los huevos. Eso se me da bien, ¿sabes?

—Y no veas si duelen...

Ambos sonreímos.

Ya en el coche, mi compañera habló mientras se acicalaba la cola de caballo:

—Oye, cuéntame por qué dominas las jergas barriobajeras.

Por un segundo, una mala sensación invadió mi pecho. Echar la vista atrás no me traía —al menos en lo referente a Chicago— buenos recuerdos.

—En el año dos mil nueve —expliqué decidido—, uno antes de que me trasladaran aquí, estuve cinco en narcóticos. Me presenté voluntario para una operación secreta que consistía en hacerse pasar por un vagabundo yonqui. ¿Las pretensiones?: dismantelar una red de narcotráfico en Chicago.

»Imagina lo que es dormir en la calle durante más de medio año: el frío,

el hambre, tu propio hedor... Pero como ya sabes, soy de los que si ha de hacer algo, lo hace bien o no se pone. Necesitaba ser uno de ellos, y eso no se consigue de la noche a la mañana. Esa gente, entretanto vas escalando en su organigrama, se vuelve cada vez más desconfiada.

»Me senté en una esquina, sucio y vestido con harapos y así pasé más de seis meses, sin apenas contacto con el departamento. De vez en cuando, algún compañero pasaba por mi lado y me echaba unas monedas: un modo de ayudarme a pasar el mal trago.

»Empecé mezclándome con camellos de tres al cuarto hasta llegar a los pequeños distribuidores; luego, conseguí que me permitieran traficar a baja escala. Y obviamente, tuve que relacionarme con toda clase de chusma, esquivar a mis propios compañeros y, por descontado, meterme mucha droga en el cuerpo. Y te aseguro, compañera, que esa mierda sacude fuerte.

—Una operación demasiado arriesgada —musitó Jailene visiblemente impresionada—. No creo que la hubiera aceptado. Somos policías, no cebo.

»Antes de aquello, un día como cualquier otro —proseguí obviando su último comentario—, un chalado nos disparó cuando únicamente pretendíamos tomarle declaración. Nos vimos obligados a responder, iniciando un intenso tiroteo en plena calle. Abatimos a aquel cabrón, pero una bala perdida impactó en la columna de una muchacha que huía despavorida, dejándola parálitica. Y, aunque nunca se demostró que el proyectil procediera de mi arma, me culpé por su desgracia. Así que, supongo que me ofrecí voluntario para redimirme o algo por el estilo. Por aquel entonces, debido a mi desafortunado error, empinaba bastante el codo y mi estado mental no andaba demasiado fino. Si bien de puertas para afuera parecía un agente normal, en mi interior se fraguaba una guerra sin cuartel. Los últimos dos meses los pasé colocado hasta las cejas.

»Aún era pronto, pero los mandamases creyeron oportuno zanjar la operación. Tras noventa y siete días infiltrado en la «zona caliente», acudí a un intercambio de cocaína con un micro pegado en el pecho. Fue allí, en una nave abandonada, cuando entraron con todo. La «fiesta» acabó con dos

narcotraficantes muertos, decenas de detenidos, un S.W.A.T. jubilado y un agente herido de bala en un costado. —Me subí la camisa, mostrándole la cicatriz que no me dejaba olvidar.

»Aunque la mayoría dominaba perfectamente el inglés, les transmitía seguridad que yo les hablara en su idioma natal. Además, estando en narcóticos, lo vi un aprendizaje provechoso a largo plazo. Por ello aprendí castellano con la intención de fraternizar con los traficantes de procedencia latina: gran parte de los camellos de la «asociación». Alegaba haber vivido en México durante tres años. De ahí que conozca bien su jerga y me defienda con el idioma.

—Joder, Jeray, no tenía ni idea.

—Solo Yanet y un puñado de agentes conocen esta historia. Ella misma fue quien me sacó de las drogas. De no haberla encontrado no sé qué hubiera sido de mí. Si me aguantaron en el cuerpo fue porque mis dolencias se debían a daños colaterales, si no...

—Gracias por la confianza, Jeray. Te lo agradezco.

—Qué sería de nosotros sin ella...



Abiel Gewürz, antes de su fallecimiento, vivía con una de sus dos hijas. Al parecer, lo hacía medio año con cada una.

Llamamos a la puerta. Estaban en sobre aviso, así que nos esperaban. Nos abrió una mujer de unos bien cumplidos cincuenta años, morena. Llevaba puesto un pañuelo en la cabeza y sus ojos, marrones, se advertían enrojecidos, supuse que debido a la reciente y traumática muerte del padre.

El sol seguía haciendo de las suyas. No había forma humana de trabajar a gusto bajo su incesante bombardeo de calor.

Sin abrir la boca, en absoluto silencio, hizo un gesto para que pasáramos.

Su mutismo provocó que ni siquiera nosotros la saludáramos. Nos condujo a una habitación poco iluminada, a pocos metros de la entrada.

Vivía en la planta baja de un gran edificio. En aquella zona de la ciudad lo hacían varias familias judías.

Se sentó ante una pequeña mesa. Hicimos lo mismo, frente a ella. A nuestro alrededor pude observar varias fotos enmarcadas donde posaban hombres ataviados con las características vestimentas judías. En una de ellas pude reconocer a Abiel con sombrero negro de ala ancha forrado de terciopelo y anteojos sin marco, barba colorada y largos tirabuzones en las patillas.

«En la escena del crimen no llevaba barba ni gafas...».

Al fin, la hija de Abiel, Saula, habló:

—Buenas tardes. Lo primero, darles las gracias por buscar al asesino de mi padre. Tomen esto. —Me entregó una especie de diario. Lo ojeé nada más recibirlo; parecía escrito en la misma lengua del mensaje—. Quizá les sirva para atrapar a quien lo mató. Lo leí ayer de una sentada. Les he traducido algunos pasajes que han llamado mi atención. Verán que he pegado pósits en algunas páginas.

—Seguro que será de mucha ayuda —agradeció Jailene.

—Gracias —secundé, agitando el diario lentamente—. De todos modos, lo mandaremos a traducir.

—Y lo segundo —prosiguió con un tono de voz suave y calmado—, decirles que apenas nos han explicado nada a cerca de las causas de su muerte, el cómo o el porqué. Solo sabemos que le dispararon en la cabeza. Si fueran tan amables de contármelo, yo se lo transmitiré a los demás miembros de la familia. Tenemos derecho a saber, ¿no creen?

Nos vimos en una encrucijada: suavizar los hechos y por ello perder efectividad en el interrogatorio, o hablar alto y claro y esperar que Saula — que parecía dispuesta a colaborar— aportara algo interesante.

Jailene me miró de soslayo, transmitiéndome su consentimiento con la

mirada. Tras su gesto, no tuve dudas.

«Pronto tendremos el retrato robot y la marca de la furgoneta, y quizá se encuentre alguna prueba de ADN en la casa donde maquinó la asesina... Es probable que pronto sepamos quién mató a su padre. Hemos de actuar en consecuencia».

—Voy a tratar de explicárselo de la forma más delicada posible y al mismo tiempo no omitir detalles.

—Gracias.

—Bien. A su padre lo mataron con un Mauser 98k, carabina alemana durante La Segunda Guerra Mundial, imitando un fusilamiento nazi. Le ataron a una especie de estaca y ante un muro trastocado para que pareciera un paredón. Antes, suponemos que tras ser drogado, le introdujeron por la boca un silbato antiguo de los que utilizaban, por ejemplo, los *kapos* en los campos de exterminio. Creemos que la autora es una mujer de unos veinticinco años, metro setenta, delgada, morena y de ojos claros.

Saula expulsó una lágrima sin desviar la mirada de mi rostro. Me hizo sentir incómodo.

—¿Todo esto le dice algo?

—Que nunca dejarán de perseguirnos. Que nosotros hemos aprendido a perdonar y ellos nos siguen odiando. —Quedó un instante pensativa—. Mi padre nunca hablaba del Holocausto, detectives. Pero en una ocasión me explicó entre lágrimas que causó varias muertes debido a su inocencia por aquel entonces. Se preguntaba si Dios lo perdonaría por aquello. Se decía a sí mismo que no fue consciente, que no entendió las consecuencias, pero al mismo tiempo podía verse en sus ojos un pesar inmenso. De todos modos, a mi padre le afectaba la demencia. A veces se le escuchaba hablar solo durante horas.

—¿Qué decía?

—Murmuraba. Frases inconexas, sin sentido. A veces nombraba a una tal Irena. La verdad es que nadie de la familia supo nunca a quién se refería. La

menciona también en el diario. Apuntaba cualquier cosa que le viniera a la cabeza, y esta llevaba tiempo sin funcionar correctamente: poesías, cuentos para sus nietos y, sobre todo, oraciones sin sentido; al menos para mí.

—¿Fue un buen hombre? —pregunté casi sin darme cuenta.

—El mejor padre que una hija pueda tener.

Asentí. Jailene hizo lo mismo antes de formular su primera pregunta:

—¿Cree que su padre pudo ayudar a los nazis?

—No lo sé. Por aquel entonces era solo un niño. Pero sobrevivió cuando la mayoría acababan en la cámara de gas.

—¿Conoce que tuviera enemigos, discutiera con alguien, recibiera algún tipo de amenaza o acoso por parte de algún grupo neonazi?

—No. Mi padre se llevaba bien con todo el mundo.

—Dígame qué solía hacer un día cualquiera.

—Se levantaba y desayunaba viendo las noticias. Luego salía a dar un paseo que solía acabar en el parque que encontrarán detrás del bloque, donde pasaba horas dando de comer a las palomas; acostumbraba a repetir el proceso por las tardes. Leía o escribía en su diario, como ya les he dicho, o jugaba con sus nietos a cualquier cosa. En realidad, llevaba una vida bastante rutinaria.

—¿Nos permitiría ver su habitación?

—Sí. Pero allí no encontrarán nada. La he ordenado hace unas horas.

Nos condujo por el pasillo que tomamos al entrar, pocos metros más allá de donde estábamos. Entramos en un dormitorio de muebles antiguos: cama, mesitas, armario y sifonier; muy sencilla. Y efectivamente, no hallamos nada a parte de ropa, pañuelos, unas canicas y una especie de peonza —que supuse usaba para jugar con sus nietos—, una cartera y gran cantidad de libros.

—Bien. Pues de momento es todo —dije en dirección a la salida, sabedor de cuál debía ser el siguiente paso.

Le estrechamos la mano y agradecemos su colaboración.

—Pueden venir siempre que quieran —se despidió ya en la puerta—. Les atenderé gustosa.

Asentimos.

—Vamos al parque que ha nombrado —dije una vez cerró la puerta.

—Eso iba a proponerte.

Antes de llegar, cuando ya veíamos los árboles a lo lejos, sonó el móvil de Jailene.

—Dígame, comisario. —Escuchó—. Perfecto. Bien. —Volvió a quedarse callada, asintiendo—. Que lo cotejen como si no hubiera un mañana. No tardaremos en llegar.

—Desembucha —rogué cuando colgó.

—Buenas noticias. Esta ya no se escapa. Han encontrado varios cabellos en la casa, y aunque muchos pertenecerán seguro a anteriores inquilinos, hay varios morenos; confían en que alguno sea de la sospechosa. Por otra parte, Manuel se ha portado como un campeón y ha ayudado a trazar un retrato robot, además de identificar la marca de la furgoneta: una Ford Transit Custom. Ahora tienen mucho trabajo por delante: buscar compradores de dicha furgoneta que coincidan con la descripción y revisar cada cámara de la ciudad en busca de la furgoneta y la susodicha. Por otro lado, de acabar localizando un pelo de la sospechosa, con la nueva tecnología ‘Snapshot’, a partir de su ADN, podríamos obtener un retrato casi exacto de la sospechosa. Pero eso puede tardar una eternidad; de momento habrá que apañarse con el de Ramírez. Ella no sabe nada de esto, de nuestros progresos, y eso juega a nuestro favor. Tarde o temprano, con su rostro y su descripción física, sabiendo qué vehículo conduce...

—Asimismo, pronto sabremos su nombre y apellidos. Los nuevos avances en detección de rostros facilitarán que den con su identidad, más de lo que hubiera soñado a estas alturas de la investigación. Y está por revisar el

diario, que podría aportar pistas. Vamos bien, compañera. ¡Vamos viento en popa y a toda vela!

Jailene sonrió ampliamente, complacida como yo por los fructuosos avances.

«Una simple huella puede dar mucho de sí; y eso que ni siquiera pertenecía a la homicida. Un error. Un simple y estúpido fallo. Se giró un segundo y alguien, sin que lo advirtiera, tocó el madero que usaría para mantener erguida a su víctima. Ella usaba guantes, así que no perdió el tiempo limpiando el madero. Cómo iba a pensar que llevaba impresas las huellas de uno de sus «vecinos». Lo tenía todo planeado. Pero hay cosas que no pueden controlarse. Y ahora, está bien jodida».

Era un parque pequeño, una hilera de bancos con árboles que les daban sombra. Allí mismo, donde él debió sentarse poco antes de morir, un señor les echaba de comer a las palomas. Recorrí el bloque de pisos de enfrente; en sus bajos, varios negocios. De derecha a izquierda: una tienda de mascotas, una cafetería, una tienda de electrodomésticos, una entidad bancaria y una agencia de seguros. Los demás no me interesaban: no «enfocaban» a los bancos.

—El mejor situado es el banco —dijo Jailene como si hubiera leído mi mente—. Además de la cámara interior, está la del cajero.

—Sí. Es nuestra mejor baza. Puede que solo vayamos a perder el tiempo, pero de algún modo tuvo que secuestrarlo y, como mínimo, estudió sus pasos. Y según su hija, con lo poco que cumplía a diario era con su visita a este parque. Métete tú en la sucursal y yo empiezo por la tienda de mascotas. Puede que incluso le compre un perrito a Yanet.

—Eres capaz.

Sonreí.

—Mejor un hámster, que me cabe en el bolsillo.

—Moriría asfixiado, ¿no crees?

En mi mente se dibujó la entrada de una cámara de gas.

«Este caso acabará desquiciándome».

Justo en ese instante advertí la entrada de un mensaje de WhatsApp: «Amor, creo que la asesina no es una neonazi, sino una judía que se venga por el Holocausto matando a sus semejantes. Por lo tanto, y tras pasarme horas ante el ordenador, he llegado a la conclusión de que es una judía que se venga de *kapos*, judíos que ayudaban a los nazis en los campos de exterminio. Ha de ser eso. Si no, no entiendo nada. Te amo». La respondí con un: «Luego, mientras te rasco —adjunté un guiño—, seguimos indagando. Y yo te amo a ti».

«Seguro que lo ha deducido antes que yo...».



Tras «visitar» los establecimientos, averiguamos que la instalada en el cajero era la única cámara que enfilaba a los bancos. Pero debido a la seguridad interna de la sucursal no tenían disponible la filmación. Por suerte, pidieron que nos la enviaran al mail que les proporcionamos. Cuarenta y ocho horas que revisar. Solo de pensarlo me entraba dolor de cabeza.

Volvimos a comisaría para, desde allí, continuar con la investigación. Durante el trayecto revisé el diario de Abiel. Fui directo a los pósts obsequio de su hija. Encontré una decena. Dos de ellos me parecieron del todo reveladores:

-«Me daban chocolate y me dejaban dormir en un cuarto limpio. Era su sirviente, su criado, su bufón... Les caí en gracia. Me hacían bailar o cantar y se reían de mí. Otras veces, me mandaban tareas mucho más macabras».

-«No debí soplar. No debí condenarlos. Dios, perdóname. Perdóname Irena. Fuiste buena conmigo y yo te pagué con la traición».

«Los silbatos funcionan a base de soplidos... Y le metieron uno en las

tripas... Joder, todo cuadra. Y esa Irena, por fuerza sufrió la traición a manos de Abiel y su jodido silbato. ¿La delató en Auschwitz? Aunque, finalmente sobrevivió... «Otras veces, me mandaban tareas mucho más macabras»... Esa Irena ha de estar relacionada con el caso».

Mi cabeza estaba a punto de estallar y formar una onda expansiva de incógnitas sin resolver.

—Creo que la asesina es una judía que se venga de otros judíos, concretamente de los denominados *kapos*, judíos que ayudaron a los nazis en los campos de concentración. Abiel habla de un soplido que costó la desgracia de una tal Irena. Y ya sabes lo que se encontró en el estómago del susodicho...

—El tema de los neonazis, desde la inscripción bajo la esvástica, no cuadraba en absoluto. Parece ser, que Abiel ayudó a los nazis y lo pagó con su vida años después. Y también resulta claro, que debió alertarlos con un silbato. ¿Quizá delató a alguien que huía? A bote pronto es lo primero que se me ocurre.

—Era muy joven, pero no sería el primer niño que usó el Tercer Reich para sus diabólicos propósitos.

—Joder... Esto empieza a ponerme el vello de punta, Jeray.

—Sí... No va a acabar bien.

No debí decir aquello. Rehuía al mal fario como el ratón al gato. Pero aquellas palabras se escaparon de mi boca sin que pudiera evitarlo, y ya era demasiado tarde para morderme la lengua. ¿Premonitorias? Esperaba que no.

Teníamos lo suficiente para dar con la sospechosa, conseguir sus datos y, una vez obtenidos, pasar al siguiente nivel: buscar a una persona con nombre y apellidos; interrogar a sus familiares, registrar su casa... Y aunque sabíamos que se escondía e incluso podría haber abandonado el país, resultaba un adelanto sublime. Muchos delincuentes se dejaban llevar una vez que se «filtraba» su imagen en los medios, cometiendo errores de bulto; algunos, incluso, se entregaban o acababan suicidándose.

«No huirá. No se entregará —pensé ante la puerta del despacho del comisario—. Seguirá su plan hasta el final, con todas las consecuencias».

—Vuestro amigo se ha portado —dijo Clayton—. Tenemos la cara de la presunta homicida y la marca del vehículo.

Lanzó sobre la mesa una fotocopia del retrato robot. La observamos detenidamente. Una chica, como ya sabíamos, de entre veinticinco y treinta años, de labios gruesos y ojos claros, azulados, pelo negro y largo, nariz de punta gruesa y cejas pobladas.

Sentado al lado de Jailene y frente a Clayton padecí un agobio inmenso. Fue pisar la comisaría y notar el peso de cada pista por desgranar sobre mi espalda. Teníamos mucho y en realidad no teníamos nada. Andábamos a la caza de una presa aún invisible.

Resoplé como un búfalo a punto de investir.

—Que cotejen el rostro y sus medidas con los de familiares de supervivientes del Holocausto, principalmente de los liberados en Auschwitz —dije decidido, dispuesto a esclarecerles lo que llevaba parte del día meditando—. Por la edad, me decanto por que es la nieta de algún judío que superó dicha barbarie. Sé que las S.S. destruyeron prácticamente todos los documentos del campo de exterminio, así que tirar de archivos antiguos resultará inútil. Es imposible averiguar quiénes eran *kapos* en el campo, incluso complicado saber quiénes estuvieron presos. Pueden tomar como base el nombre de Irena. Que empiecen por los barrios judíos de las grandes ciudades como Nueva York y, luego, que pasen a urbes más pequeñas. No es de aquí, de eso estoy seguro. —Jailene y Clayton me escuchaban petrificados, sorprendidos ante mi efusividad—. Que revisen las cámaras instaladas en calles y locales de toda la ciudad en busca de la jodida furgoneta. Que envíen el retrato robot a la prensa; que de vez en cuando sirvan para algo, joder. Que cada agente de tráfico, detective o bombero conozca su rostro y sepa qué vehículo conduce. Haga lo necesario para que no tome un avión, coja un tren o

se suba a un autobús. Vamos a oprimirla, a echarle el mundo encima. Si no lo hacemos volverá a matar, de eso no me cabe la menor duda. Y por Dios, necesito saber quién es lo antes posible. Necesito un jodido nombre.

Tras mi larga elocución, en el despacho imperó un incómodo silencio.

—Te habrás quedado a gusto... —musitó Jailene, sonriéndome con disimulo.

Alcé las cejas, intentando distender el ambiente que yo mismo había creado.

—Eso parece —secundó Clayton con los ojos muy abiertos—. Pero estás en lo cierto: estamos muy cerca y no descansaremos hasta encontrarla. Pondré a media comisaría trabajando en el caso por turnos de doce horas. En cuanto termine esta conversación, me encargo de transmitirles lo que acabas de decirme.

—Perfecto.

—¿Está Ramírez? —preguntó Jailene mientras se levantaba.

—Sí. Le han estrujando bien las tuercas, pero dudo que puedan sacarle nada más. Sin duda ha sido un testigo de lo más útil.

—¿Quién se está encargando de localizar a la chica?

—Young, Jackson, Scott, Baker... Tengo a varios inmersos en ese asunto. Otros tantos se encargan de encontrar la furgoneta.

—Bien.

Nos despedimos y abandonamos el despacho.

—Veamos cómo avanzan las investigaciones.

Me acerqué a la mesa de Andrew Young, un agente al que conocía de haber trabajado conjuntamente en otros casos. Tras saludarle, acerqué dos sillas a su mesa y nos sentamos a su lado.

—¿Cómo lo llevas?

Young tenía una edad semejante a la mía. Rubio y con el pelo por debajo de las orejas, de grandes ojos azules: el Brad Pitt de la comisaría.

—Pues... —dijo sin dejar de mirar la pantalla de su ordenador—. Después de las nuevas indicaciones, estoy revisando los archivos de todos los judíos afincados en Estados Unidos, en concreto, los residentes en Nueva York.

—Creo que la abuela de la susodicha, la superviviente del Holocausto, se llamaba Irena; ese dato puede facilitarte mucho las cosas. Entre veinticinco y treinta años —le recordé—, morena y de ojos claros...

—Espera. —Alzó la mano como si de pronto hubiera tenido una brillante idea—. ¿Y si me dejas trabajar en paz, capullo?

—De acuerdo. No te molestamos más, malasombra. Avísanos si das con ella.

—Dalo por hecho.

—¿Vamos a ver a Ramírez? —le pregunté a Jailene—. Ha cumplido. Que se largue.

—Sí, vamos.

—Luego revisamos a fondo el diario de Abiel. Estoy tan cansado que se me cruzaban las letras en el coche.

—Bueno. Cuatro ojos ven más que dos, ¿no?

Le encontramos en la sala de interrogatorios, aguantándose la cabeza con ambas manos como si fuera a caérsele al suelo. Flores y Nelson le hablaban mientras él ni siquiera les dirigía la mirada.

Entramos.

—Hola, chicos. —Jailene saludó con un asentimiento. Como a Ramírez, se la advertía cansada—. Os relevamos, ¿okey? ¿Se ha portado bien?

—Va de listo —dijo Flores con cara de pocos amigos—, pero ha contestado a todas las preguntas lo mejor que ha sabido. Y siento decirlo, que

básicamente ha repetido una y otra vez lo que ya os había contado a vosotros. Digamos, que sabemos perfectamente cómo era el culo de la sospechosa.

Manuel sonrió pícaro.

—Eso significa que puede marcharse. Gracias, Flores y compañía. —Asintieron, abandonando la sala. Yo me acerqué a Manuel, que alzó la mirada sin, sorprendentemente, abrir la boca—. Lo de esta mañana queda olvidado. Es más: hablaré a tu favor para que te rebajen la condena por lo del puñetazo a tu vecino. Y si me permites un consejo: búscate un trabajo y no le des más disgustos a tu madre. No creo que seas un mal tipo, pero si sigues trapicheando con drogas acabarás mal. Yo estuve pillado, ¿sabes? —Frunció el ceño—. Pero salí adelante. Y no hay un solo día que no me alegre de haber luchado por una vida mejor. Vivir al margen de la ley es demasiado estresante y peligroso, ¿no crees?

Me miró fijamente a los ojos, y lo hizo con una mirada de auténtica circunspección.

—Lo meditaré, gringo.

Me guiñó el ojo.

Jailene y yo sonreímos.

—Un agente te llevará a casa. Y no olvides que la pulsera volverá a funcionar.

Le devolví el gesto.

Justo tras el guiño, Young entró acelerado en la sala de interrogatorios, sobresaltándonos.

—Jeray, Jailene: creo que la he encontrado.



ARBEIT MACHT FREI

Septiembre de 1942

Campo de concentración y exterminio de Auschwitz- Birkenau, Polonia

Sus hermosos ojos azules ya no escondían nada. Allí, desnuda, con la cabeza afeitada y cubierta por lo que fuera que le habían echado para desparasitarla, no hacía más que recordar a su padre tirado sobre un charco de sangre y a su madre sobre uno de meados.

No sabía por qué la subieron a aquel furgón junto a diecinueve mujeres más, y la verdad es que no le importaba. Tras un corto recorrido la trasladaron a otro vagón donde la esperaba otro largo y apestoso viaje, mortal para algunos y fatigoso para todos. Al llegar a su destino solo encontró cemento y tierra a partes iguales, gritos, empujones, patadas y puñetazos. De haber hallado una brizna de hierba se la habría comido.

Las S.S. los seleccionaban nada más bajar del tren. No sabían que los dirigidos a la fila de la izquierda iban directos a las cámaras de gas. Los bebés eran arrancados de los brazos de sus madres en escenas desgarradoras.

Irena se limitaba a obedecer. De haber conocido el destino de la hilera de la izquierda, muy probablemente habría intentado colarse en ella. En aquel momento no tenía fuerzas para vivir. Pero en el fondo de su ser, aunque no la viera, se escondía un ínfimo hilo de esperanza; sin ella, jamás hubiera sobrevivido.

Le tatuaron un número en el brazo, le pusieron un pijama de rayas y la enviaron a un barracón de madera donde no había más que literas compuestas por tres camastros; ni rastro de colchas o algo semejante.

Las tenían hacinadas como a conejos. Tuvo que dormir junto a otras tres recién llegadas sobre un saco de papel relleno de paja y viruta. Se tumbaron de forma invertida —único modo de entrar en el camastro— sin dirigirse una sola palabra. Al límite de la madera, Irena observó los pies de la joven que dormía a su lado; ella observaba los suyos. Inmediatamente después de aquella sucia piel y uñas roñosas que tenía ante los ojos, el rostro de la tercera en discordia. Se miraron:

«Aviela», susurró su compañera justo antes de cerrar los ojos.

«Irena».

Se durmió de puro cansancio. Descansó hasta que la madrugada trajo consigo un molesto frío; preludio del que llegaría con el invierno y le helaría la sangre en las venas.

Seis meses más tarde

Frotó el paño húmedo contra el cristal.

—¡Trabaja! —escuchó a su espalda. Supo que la orden no era para ella.

Siguió limpiando el ventanal, haciendo oídos sordos al *kapo* que azuzaba a uno de sus congéneres: un prisionero que transportaba ladrillos. Las S.S. escogían a los *kapos* como a «funcionarios» del campo, designándoles todo

tipo de quehaceres. Seleccionaban a los judíos más viles y violentos y les concedían todo tipo de privilegios: comida, ropa, exención del trabajo y de la propia muerte en las cámaras de gas, con tal de que colaborasen.

«Un modo rastrero de calmar remordimientos —pensó mientras observaba sus cadavéricas facciones en el cristal».

«No somos peores que vosotros. Los propios judíos nos ayudáis a hacerlo, a acabar con vuestra repugnante raza», les escuchó decir en alguna ocasión. Ella nunca creyó que los nazis conocieran la palabra ‘remordimiento’, pero algunos parecían necesitar ver la maldad en otros para enmascarar la suya.

Irena les odiaba con toda el alma. Se burlaban de ellos, no siéndoles suficiente el matarles de cansancio, frío, enfermedad y hambre. Daban de comer a sus perros entre risas mientras algunos presos se desplomaban ante sus ojos.

Filtró la maldad absoluta.

Vio cómo mataban a golpes contra una pared a varios bebés mientras hacían que sus madres miraran.

Pero a los que detestó con mayor fuerza, fue a los judíos que cooperaban con ellos. Les obligaban bajo pena de muerte a hacerlo, sí, pero estos, en vez de procurar el bienestar de sus hermanos se igualaban en crueldad a los opresores, incluso superándolos.

De soslayo, observó al «colaborador» judío. El hombre al que fustigaba cayó rendido a sus pies. Suplicó clemencia. No la obtuvo. Lo arrastró del pijama hasta el lugar donde dos miembros de las S.S. fumaban durante un descanso. Los alemanes no titubearon: le dispararon en la cabeza.

«Hijos de perra».

Y así pasaba Irena los días: entre cristales, rabia y pena. Pocos fueron los momentos en los que el dolor le cedió espacio a la paz. Y cuando esta aparecía, se abalanzaban los recuerdos, expulsando todo amago de calma.

Allí fue donde más lloró: en las repugnantes letrinas donde escasos cinco minutos al día les permitían hacer sus necesidades. Todas juntas, prácticamente nalga con nalga, completamente desnudas y entre humedades, frío y peste, orinaban y defecaban.

Aquel día, como la mayor parte del tiempo que estuvo en el campo, se encontraba indispuesta gracias en parte a las verduras podridas que les daban para comer. Las demás ya habían acabado cuando ella aún lo intentaba.

La vigilaba una *kapo*: alta, robusta, fuerte y con cara de pocos amigos; sin duda, «bien» seleccionada por los alemanes. Aunque solía pasarles revista a menudo o, como aquel día, llevarlas a defecar, no la conocía más que de obedecer sus órdenes; los «elegidos» ni siquiera compartían barracón con los demás presos.

—¡Venga! ¡Termina de una puta vez!

Se acercó a Irena y le arreó una bofetada. La tiró de lado, propiciando que su cabeza casi entrara en una letrina. Apretó los dientes al tiempo que inhalaba una «fragancia» inolvidable, alcanzando el límite de su tolerancia.

—Putas nazi de mierda. ¿Por qué nos haces esto, por qué sodomizas a los de tu propia casta?

—¿Qué has dicho?

—Me has escuchado perfectamente, traidora —dijo erguida, con las mandíbulas apretadas y las nalgas encajadas en aquel apestoso agujero; sus ojos clavados en los de la judía-nazi—. Eres como lo que tengo debajo: una jodida mierda. ¡No mereces respirar!

La golpeó de nuevo, esta vez con el puño cerrado.

Irena se dio de bruces contra el suelo. Tendida, recibió una patada en la boca.

Antes de desmayarse, una grata sensación la invadió: «*Al fin podré*

descansar en paz».



Despertó dolorida sobre un camastro. La extrañó seguir respirando. A su lado encontró a Aviela, su única amiga en aquel lugar de pesadilla.

—Te ha traído a rastras —dijo al advertir que recobraba la conciencia—. Pero se ha llevado a Dina del mismo modo, reiterando que iba a pagar por tu osadía, el flaco favor que el descaro y la desobediencia hacen al grupo; y ambas sabemos que no volveremos a verla. Supongo que este infierno no es para todas.

Aviela la miró tumbada, dedicándole una sonrisa impregnada de tristeza y resignación.

«Saben cómo dañarnos de la forma más intensa».

—¿Conoces el nombre de esa judía de mierda? —preguntó Irena.

Tras quedar pensativa, Aviela alzó la voz en dirección a una de sus compañeras de barracón: «¡Isska!».

La susodicha se acercó.

—Dime.

—¿Tú no trataste con la *kapo* que nos ha llevado al cuarto de las letrinas?

—Sí. Viajó conmigo en el mismo vagón.

—¿Recuerdas su nombre?

Asintió entretanto Irena permanecía echada, expectante.

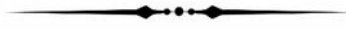
—Incluso de su primer apellido: Ida Feld.

«Bien».

—Gracias, Isska.

Una vez volvieron a estar a «solas», Irena habló decidida:

—Ahora solo necesito un lápiz y un pedazo de papel.



Al día siguiente, Aviela le facilitó un trozo muy fino de madera y la punta de una aguja de coser.

—Mira qué te traigo —le dijo al tiempo que se lo entregaba—. Me ha sido imposible conseguir lápiz y papel. Pero aquí, aunque no del modo más idóneo —musitó dibujando un gesto resignado en su demacrado rostro—, podrás escribir, ¿no?

—Sí, me vale. Muchas gracias. —La besó en la mejilla.

Irena no perdió el tiempo. Se subió al camastro de arriba de una litera desocupada y empezó a cincelar:

«Abiel Gewürz. Ida Feld»: los dos primeros nombres de una larga lista.

No eran simples letras talladas en una madera, sino una declaración de intenciones.

«*Si salgo de aquí, os lo haré pagar*».



SIN ESCAPE

Pasaban cinco minutos de las siete de la tarde. No recordaba un día más apretado, fructífero y agotador.

Sentados de nuevo al costado de Young, ante la pantalla de su ordenador, lo escuchamos:

—Aquí tenéis a la más buscada: Yemima Weis, de veintisiete años.

Cogí el retrato robot que descansaba sobre la mesa de Young y lo coloqué al costado del auténtico. Al compararlos, no hubo duda: habíamos encontrado a la asesina de Abiel Gewürz. Aunque técnicamente solo era una presunta homicida.

Mi compañero clicó en una pestaña abierta del buscador, mostrándonos otro rostro; esta vez, de una anciana de unos setenta años en lo que parecía una entrevista para una televisión estatal.

—Esta es su abuela: Irena Stein. —No se parecía en nada físicamente a la nieta—. Debido a la presión social, los judíos han cambiado de apellidos continuamente para disimular su origen, lo que ha dificultado su identificación desde que se utilizan sistemas informáticos. —Me sorprendió que nos deleitara con aquel dato—. Por ello he buscado palabras compuestas como: «Irena-superviviente-Holocausto», o, «Irena-Auschwitz-superviviente». Y,

¡voilà!, he dado con esto. Irena era una acérrima defensora de los derechos humanos. Murió hace tres años, a los ochenta y cinco. —Con el puntero, realzó una frase de la entrevista: «Estoy aquí para evitar que el horror que vivimos se repita. Esa es nuestra lucha y lo que nos mantiene en pie»—. Una vez obtenido el nombre de la abuela, conseguir el de la nieta ha sido coser y cantar. Vivían juntas en Nueva York, en el barrio judío de Williamsburg, en Brooklyn. Tras la muerte de sus padres en un accidente de tráfico cuando solo tenía cuatro años, quedó a cargo de su abuela, su única familia.

Volvió a clicar en la imagen de la «sospechosa».

Observé los ojos de Yemima Weis. Clavé mis pupilas en sus iris azulados.

«Entiértrate bajo tierra. Solo allí podrás escapar de nosotros».

Misma hora, distinto lugar

Removió el café con la cuchara. Estaba nerviosa. En menos de una hora —de no retrasarse— su víctima llegaría a casa: un chalet cercano a la cafetería donde hacía tiempo. Estaría sola y por lo tanto a su merced; el marido, A.T.S., tenía guardia y no llegaría hasta las seis de la mañana. Todo estudiado: el lugar, los tiempos, la forma..., medido como la primera vez.

La prensa le había puesto ya nombre: El asesino de la esvástica. No le preocupaba en absoluto.

«Ni siquiera saben que soy una mujer —pensó cuando lo supo gracias a la televisión—. Están dando palos de ciego».

Cinco casas alquiladas cerca de los hogares de sus cuatro próximas víctimas. De momento solo había utilizado dos; la última, durante apenas veinticuatro horas. Pagadas siempre a tocateja, en negro y por adelantado. Sin dejar rastro. Sin constar en parte alguna. Ningún propietario puso pegas;

tampoco las inmobiliarias. Si surgía un imprevisto podría trasladarse a otra ciudad y tener dónde esconderse.

«*Con dinero todo es más fácil* —caviló mientras sorbía el café concentrada en lo que estaba a punto de hacer, rememorando lo que ya había hecho—. *Me dio los medios; yo los usaré para conseguir lo que no tuvo el valor de hacer*».

La llamó en varias ocasiones haciéndose pasar por una editorial de renombre. A su presa le gustaba escribir. Había publicado ya varios libros, así que por ese medio logró muchos de los datos que tenía, incluido el trabajo y horario de su marido. Incluso le pidió que enviara el manuscrito de su última novela para una posible edición, adjuntándole el e-mail original donde dicha empresa recibía las propuestas. Pero no habría ninguna publicación. Toda la información que le dio a la editorial Yemima Weis serviría únicamente para ultimar el plan que acabaría con su vida.

Degustó el líquido negro y se sintió segura. Pensó en su abuela; la emoción recorrió cada recoveco de su alma. «*Lo estoy haciendo, baba. Pronto estarás muy orgullosa de mí*». Pero el destino, caprichoso, le tenía preparado un mazazo que trastocaría sus proyectos por completo. A su izquierda, provenientes del gran televisor que colgaba de la pared, escuchó cuatro palabras que helaron su sangre: «Asesina de la esvástica». Giró el rostro con un nudo en la garganta y vio su cara en la pantalla. Se echó la mano al bolsillo con el corazón desbocado. «*Mierda. ¿Cómo diantres han dado conmigo?*». Cogió las gafas de sol, que por fortuna había tomado del coche antes de bajar, y se las colocó temblorosa, subiéndose luego la capucha de la sudadera. Lanzó un billete de cinco dólares sobre la barra y salió del local. Al pasar frente al televisor, pudo leer fugazmente: «Conduce una furgoneta Ford Transit Custom negra. Si alguien la ve, que llame al...». No le dio tiempo a atisbar el teléfono.

Una vez fuera, corrió hacia la furgoneta.

«*Estoy bien jodida* —lamentó ya dentro del vehículo, sollozando con la cabeza gacha—. *Ayúdame, baba. Ayúdame. Estoy sola y los nazis me*

persiguen».

Se limpió las lágrimas con la manga de la sudadera.

«No es momento de llorar —se alentó apretando los puños—. Sé fuerte. Lucha y sobrevive, como lo hizo ella».

Arrancó y condujo hasta el chalet de su futura víctima.

«Si me atrapan, será con los pies por delante».

Tras el sobresalto, recobró parte de las fuerzas y el valor perdidos tras la noticia. No le importaba morir. Lo que le preocupaba era no hacerles pagar, o, al menos, no castigar al mayor número posible.

Bajó del vehículo y se dirigió a su parte trasera. Abrió el portón y se metió dentro, enfundándose un mono azul. Extrajo unas pegatinas de un tamaño considerable. *«¿Creéis que no predije que esto podría pasar?».* En un abrir y cerrar de ojos, aunque no de la mejor forma posible, rotuló la furgoneta. Por un lateral: «Pitt electricistas; por el otro: «Servicio 24 horas». Obvió teléfonos o direcciones para ahorrarse problemas.

Volvió a meterse en la caja. Agarró una máquina de cortar el pelo y se la pasó por el cuero cabelludo sin miramientos, hasta dejarse la cabeza como una bola de billar. Sin pelo, emulando el «look» que lució su abuela en Auschwitz, vistiendo un mono azul, con gafas de sol y conduciendo la furgoneta de una empresa de electricidad ficticia, se sentó de nuevo al volante.

«No os lo voy a poner fácil».

Faltaba media hora para que, supuestamente, su presa llegara de trabajar. Si tardaba, le tocaría esperar; si por algún motivo no aparecía, tendría que volver en otro momento —gran problema tras haber salido en televisión—. *«No tiene hijos —pensó mientras aguardaba—. La verdad es que no me apetece matar a ningún niño. Pero si se da el caso, los ejecutaré como lo hicieron ellos. La misma piedad; el mismo trato».*

Pegó la furgoneta al muro que envolvía la lujosa vivienda. Lo hizo por su

parte trasera, en una calle poco transitada. En apenas tres segundos, saliendo por la ventanilla, estaría dentro del jardín. Después, accedería en cuclillas hasta un lateral del garaje. La víctima pulsaría el mando y la puerta automática se elevaría, colándose tras ella como un ratón en una ratonera.

Escuchó la puerta de la finca. Miró a través de la luna y por el retrovisor interior: la calle estaba vacía; una suerte: de no haberlo estado hubiera tenido que proceder de igual modo. Cogió la jeringa con la solución y procedió como había planeado. En apenas diez segundos se plantó al lado del garaje, en un punto muerto donde no podía verla. El sol aún caldeaba con fuerza el ambiente. La puerta se elevó. Se introdujo en la cochera pegada al culo del automóvil. Antes de que la puerta descendiera escuchó abrirse la del vehículo. En absoluto silencio, acuclillada, se asomó. La vio de espaldas. «*Ahora*». Se puso de pie. Dio dos amplias zancadas. Su víctima apenas tuvo tiempo de doblar el cuello. Saltó, clavándole la aguja en la yugular, inyectándole el sedante. Tras verter el líquido lanzó la jeringuilla por los aires, agarrándose después fuertemente a su pescuezo.

La víctima intentó zafarse gritando a pleno pulmón, zarandeando a Yemima como a un pelele. La asesina apretó con ambos brazos y todas sus fuerzas. «*Tarda en surtir efecto, joder*». La envolvió con las piernas por la cintura mientras su cuerpo golpeaba contra la pared a su derecha y el vehículo a su izquierda. Cayeron de espaldas; la intoxicada sobre la homicida. Yemima la presionó con nervio contra su pecho.

—¡Desmáyate de una puta vez, zorra!

Poco a poco, los pies de la mujer dejaron de patlear.

La soltó. Jadeante, con la desfallecida aún encima, tumbada entre la pared y el coche, respiró aliviada.

Se incorporó. Sacó las llaves del bolso de la víctima tirado en el suelo y, a rastras, la sentó al volante, adueñándose del mando que reposaba en el salpicadero.

—Espera aquí. Ahora vuelvo.

Deshizo el camino recorrido. Se subió a la furgoneta y actuó como un electricista cualquiera, bajándose incluso a llamar al portero, simulando que la abrían desde dentro. Aparcó de culo al garaje.

Extrajo de la furgoneta un rollo de cinta aislante, un tubo de plástico y un rotulador indeleble.

Tener el vehículo a mano le confería seguridad.

«Lo más complicado está hecho. Ahora resta lo mejor: acabar con ella».

La adhirió al asiento con la cinta aislante, además de amordazarla; no fuera a despertar antes de tiempo y pedir auxilio. Aunque, a decir verdad, desde allí nadie podría escuchar sus gritos. La enrolló contra el respaldo a conciencia. Una vez la tuvo inmovilizada, se dirigió a la parte trasera del vehículo con el conducto de plástico. Lo acopló al tubo de escape, dejándolo bien sujeto. Volvió con su «amiga». Bajó la ventanilla unos centímetros y metió el tubo; al subirla, lo presionó, dejándolo agarrado.

«Solo falta arrancar el coche».

Metió la llave en el contacto. Cuando a punto estaba de girarla sintió ganas de orinar.

«Qué más dará —caviló dispuesta a alterar un poco la programación—. Ya saben quién soy, así que no debo preocuparme por dejar huellas o restos orgánicos».

Se quitó el mono, quedándose en ropa interior. Observó su reflejo en la luna trasera: rapada, ojerosa, delgada... Entró, abriéndose de piernas sobre la mujer. La meo: el chorro a la cara, el pecho, las piernas... Sintió un gran alivio; tanto por el evacue, como por el gozo de estar cumpliendo a la perfección con su cometido.

Evocó la voz de su abuela: *«Entre orina y mierda en un vagón atestado*

de judíos».

Arrancó el motor.

Cerró la puerta.

«Hubiera preferido hacerte sufrir más —pensó mientras contemplaba cómo el interior se llenaba de monóxido de carbono—. Pero al menos dejarás de respirar. Como lo elaborabais al principio, ¿eh?».

Cogió el rotulador indeleble y se subió al capó.

Escribió en la luna.

Ante ella, su víctima, muriéndose lentamente.

No sintió pena alguna.

«Así es como lo hacían —recordó de boca de su abuela—: sin piedad».

20:45. Despacho de Clayton

—Hemos de viajar a Nueva York —solicitó Jailene. Esta vez, parecía ella la agobiada—, registrar la casa donde vivía con su abuela Irena antes de viajar hasta aquí en busca de Abiel Gewürz. Creo que se desplazó tan lejos porque lo consideraba el inicio de «sus» males, pero dudo que se detenga tras matarle. Estados Unidos es el segundo país con más judíos del mundo, y muchos son, o más bien eran, supervivientes del Holocausto; debido al tiempo transcurrido quedan muy pocos con vida. Por ello, dudo que haya fijado sus miras solo en los supervivientes. No pueden quedar demasiados de esos *kapos* que ajusticia. ¿Y si pretende ir más allá? Pensad en esto: si emula los métodos de exterminio nazi, no hemos de olvidar que su mayor propósito no solo era matar judíos, sino erradicarlos de la faz de la tierra. Por ello mataron a niños y a recién nacidos. Definían a los judíos como a una «raza». Atribuían su

comportamiento, lo que les llevó a odiarles, a la genética. Para los nazis, los judíos guardaban una herencia inalterable que les impulsaba a luchar por la supervivencia mediante la expansión y la absorción de otras razas.

Jailene solía hacer aquello: dejarme con la boca abierta. Se pasaba las investigaciones recabando información para sí misma, buscando con el móvil en la red, meditando, barajando... No era de las que gozaba especulando sin ton ni son: era más de hablar cuando tenía las cosas claras. A mí, en cambio, me gustaba teorizar, comentar lo que iba apareciéndose por mi cabeza, que, en ocasiones, acababa resultando ridículo. Al menos, tras resolverse el caso, nos servía para echarnos unas risas. Supongo que cada cual actúa a su manera, y, que a fin de cuentas, todas las formas son válidas si la investigación da sus frutos. Pero en aquella ocasión, su «método» me hizo dudar realmente, creer que estaba perdida, que yo era el único que andaba con paso firme. Me equivocaba.

—No. —La contestación de Clayton fue tajante—. ¿Trasladaros a más de cuatro mil kilómetros para un registro, cuando sabemos ya quién es? No. Os necesito aquí. Está acorralada. No puede salir del país. Si intenta coger un avión, la detendrán en el mismo aeropuerto. Tarde o temprano alguien la reconocerá. Su imagen ha salido en todos los noticiarios y lo seguirá haciendo. Ya sabéis lo sensacionalistas que son las televisiones... Solo es cuestión de tiempo.

»Y sí, sé que es importante registrar la vivienda, incluso interrogar a los vecinos. Por ello hablaré con el departamento de Nueva York. Que un par de agentes lo hagan y nos envíen un informe detallado. Les pediré que tomen fotografías, ¿okey? Mientras, nosotros seguiremos revisando las cámaras de seguridad de toda la ciudad e intentando que cada agente y ciudadano conozca sus facciones. No va a escapársenos. Ya no. ¿De acuerdo?

—Si no hay otro remedio... —murmuré resignado. No me gustaba que nadie metiera las narices en mis asuntos.

«Supongo que a veces no queda más remedio que subrogar tareas».

—Iros a casa. Me encargo de todo hasta mañana. Parecéis dos jodidos

muerdos vivientes. Tendríais que veros la cara, joder, os vais a dormir en la puta silla. —Se alzó, dándonos un fuerte apretón de manos—. Habéis hecho un excelente trabajo. Nos vemos aquí mañana.

Una vez fuera, saqué mi bloc de notas. Nunca abandonaba la comisaría sin antes echarle un vistazo.

Haciendo caso omiso a los consejos del comisario y tras revisar mis apuntes, me dirigí con Jailene a nuestro despacho.

—Antes de irnos vamos a echarle un ojo al vídeo del cajero —informé mientras abría la puerta—. Deberían haberlo enviado ya.

—Sí, claro. El hecho de haberla identificado ha trastocado mis preferencias. Se me había olvidado por completo lo de la grabación.

—Por eso intento anotar todo en mi bloc. Mi mente ya no es lo que era... —Le guiñé el ojo—. Ahora es menos relevante, pero quizá nos aporte el cómo y de ahí alguna pista sustancial.

Me senté ante mi ordenador. Jailene, de pie, observó a mi lado.

—Vayamos al día previo a encontrar el cadáver, por la tarde: eso simplificará mucho la búsqueda. —Entré en el mail—. Bien, ahí está. Procedamos.

Descargué el archivo adjunto. Una vez lo tuve en el escritorio, cliqué en el símbolo del *play*. Se inició la grabación. A lo lejos, podía apreciarse el pequeño parque y los ocho bancos; en uno de ellos, Abiel Gewürz se sentaría —o eso esperábamos— a dar de comer a las palomas por última vez. ¿El problema?: si un cliente operaba en el cajero solo podríamos ver los dos últimos por la derecha; y aquel cajero no dejaba de estar ocupado ni un instante.

Adelanté y retrocedí la reproducción, buscando desde las tres de la tarde hasta las cinco. Vimos infinidad de coches pasar una y otra vez a las espaldas de decenas y decenas de clientes del banco, que se acercaban al aparato a echar mano de sus bienes. La hora señalada en el vídeo se acercaba a las seis

de la tarde.

«Ese día no se presentó a su cita con las aves. Mierda».

—¡Ahí! —me avisó Jailene—. Rebobina un poco. Sobre las seis menos cinco.

En aquel momento, un tipo rapado y alto sacaba dinero de la máquina. Justo a la altura de su hombro izquierdo, en el antepenúltimo banco, se sentó un anciano alto y delgado.

—Es él —aseguró mi compañera señalándolo en la pantalla con su dedo índice.

Lo veíamos a lo lejos. La nitidez de la imagen brillaba por su ausencia. Aun así, aquel hombre era «nuestro» hombre; su característica silueta no dejaba lugar a dudas.

Adelantamos la grabación. De pronto, una mujer se acercó a él con una silla de ruedas. En apenas cinco segundos, lo abrazó y trasladó a la silla, le puso una gorra y le echó una manta por encima.

—Páralo justo cuando lo abraza —rogó mi compañera. Obedecí diligente—. El gesto de su mano...—. Qué hija de puta. Se acercó como si nada y fingió abrazarle al tiempo que le suministraba el sedante. Luego lo cubrió para que nadie pudiera reconocerlo, y como si fuera un familiar o una cuidadora cualquiera, se lo llevó sin más.

Acerqué la imagen. Se distorsionaba de mala manera.

—Es lista, calculadora y decidida. Y me apostaría la placa a que cerca tenía alquilado un almacén. Allí esperó a que anocheciera. Una vez superado el ocaso, condujo hasta la vieja fábrica.



ENGENDRANDO ODIO

Mayo de 2002

Barrio de Williamsburg, Brooklyn, Nueva York. 57 años después de la rendición alemana y la liberación de los prisioneros en campos de exterminio

—Ves. —Irena señaló una de las fotografías que colgaban de la pared—. Así es como lo hacían: sin piedad.

La imagen mostraba a siete mujeres de espaldas en el borde de una fosa común, esperando a ser fusiladas. Entre los cuerpos se apreciaba el de dos niñas. Una de las mujeres agarraba en brazos a un bebé. Abajo, podía verse una montonera de cuerpos inertes. Sin duda, cuando las colocaron allí sabían que era para incrementar el número de cadáveres.

Pasaron a la siguiente instantánea: una del Patio de la Muerte, del paredón donde miles de judíos murieron de un disparo.

Yemima, de tan solo once años, escuchaba a su abuela atentamente.

—Nos obligaban a arrojar arena para que absorbiera la sangre de los

fusilados, muchas veces, cuando los que iban a morir eran miembros de nuestras propias familias.

—¿Y por qué lo hacían, baba?

Formuló aquella pregunta más que ninguna. Yemima, como su abuela años atrás, no entendía semejante maldad.

—Porque tenían miedo. Éramos dueños de bancos, casas de cambio, empresas..., y creyeron que les quitaríamos lo que era suyo.

»El mundo no debería estar delimitado. Nada es de nadie y todo es de todos, ¿entiendes, mi niña? Pero hay personas que se creen amas de una porción de este planeta. Y los nazis estimaron que les robábamos la suya. Tal fue su odio hacia nuestro pueblo, que decidieron exterminarnos de las formas más horribles. Incluso mataban a los niños de tu edad; según ellos, para erradicar estirpes, acabar con los judíos para siempre. Y a punto estuvieron de conseguirlo.

—Les odio —confesó Yemima enfurruñada—. Odio a los alemanes.

Irena acarició el rostro de su nieta, enviándole una mirada complaciente.

—Lo que hicieron no tiene perdón, ni debe olvidarse nunca.

Su casa constaba de cinco grandes habitaciones, cada una ambientada en una «materia» nazi. En ese instante se encontraban en la que denominaban como ‘genocidio étnico’. ¿Las otras cuatro?: gueto de Varsovia, Auschwitz, *kapos*, y la única que albergaba un atisbo de esperanza: liberación.

Irena se negaba a olvidar y repudiaba a los que abogaban por el perdón y el silencio.

«*No tienes derecho a opinar* —pensaba cuando alguno de sus jóvenes vecinos abordaba el tema—; *no lo has padecido en tus propias carnes, cretino*».

El 27 de enero de 1945, el día que las tropas soviéticas alcanzaron el campo de exterminio de Auschwitz, juró transmitir sus vivencias a todo el que quisiera escucharlas. Sintió la necesidad de no guardárselo como hacían otros,

de difundir su historia, los sucesos que la marcaron de por vida. Recabó información durante años y compró objetos dignos de un museo con la única intención de concienciar, ilustrar para que nadie relegara al olvido aquella lamentable y desgraciada mancha en la historia de la humanidad.

Lo que estaba haciendo con su nieta lo hizo antes con su hija antes de que un accidente de tráfico se la llevara junto al padre de Yemima. La niña, tras el desgraciado suceso, quedó a cargo de su única familia: su baba, como ella la llamaba cariñosamente.

Muchos la consideraban una loca, una mujer anclada en el pasado. «Todavía permanece en Auschwitz, presa por los nazis» o, «Se niega a pasar página», murmuraban a sus espaldas.

—¿Me la dejas coger? —pidió la niña, señalando un rifle colgado en la pared.

—Claro.

Irena la descolgó, posándola sobre sus brazos extendidos.

—Un Mauser Karabiner 98 Kurz —dijo Yemima recordando sus anteriores visitas, demostrándole a su abuela ser una «alumna» ejemplar.

—Muy bien. Con uno de esos mataron a tu bisabuelo.

La niña fijó la mirada en la de su abuela; primera vez que escuchaba aquel dato.

—¿Funciona? —cuestionó alzando el arma, observándola de cerca—. Y..., ¿la bisabuela cómo murió?

—No lo sé —contestó a la primera pregunta. Ignoró la segunda. En ese momento, no le apetecía recordar en dicha dirección—. La encontré tirada el día que liberaron Auschwitz. La envolví con una manta y me la llevé de «recuerdo». No consentí que nadie me la quitara. Y los soldados... Bastante tenían con superar lo que estaban viendo como para preocuparse de lo que llevaba yo entre las manos.

«Si por aquel entonces me hubiera cruzado con un kapo... —pensó Irena, recordando a las tropas soviéticas absolutamente conmocionadas—, le hubiera disparado sin dudarle un segundo. Aunque dudo que hubiera tenido fuerzas para apretar el gatillo; me costaba incluso mantener el rifle en brazos».

Sin apenas advertirlo, se vio hablando entre cavilaciones, absorta. Yemima la observó agarrando el arma por el cañón, apoyando su culata en el suelo. Pesaba demasiado para una niña pequeña. Escuchó atenta las divagaciones de su baba:

—Solo dos mil ochocientos supervivientes, la mayoría moribundos. La diarrea a punto estuvo de privarme a mí de entrar en esa lista. —Se detuvo un instante. Su mente proyectó varias imágenes pasajeras: costillas marcadas, rostros cadavéricos, rodillas que parecían balones a causa de la extrema delgadez de la pierna, hombres y mujeres arrastrándose, rogando ayuda a los que estupefactos no creían lo que estaban viendo... Los soldados encontraron trescientos cuarenta y ocho mil ochocientos veinte trajes de hombre y ochocientos treinta y seis mil doscientos cincuenta y cinco abrigos y vestidos de mujer. Y Aunque los hornos crematorios llevaban diez días apagados —aseguró dirigiendo la mirada hacia Irena, regresando poco a poco al presente—, el hedor a muerte persistía en el ambiente.

—Y la bisabuela, ¿cómo murió? —insistió Yemima.

Ante su tenacidad, Irena accedió a contarle esa parte de su particular Holocausto.

—Murió entre orina y mierda en un vagón atestado de judíos —explicó sin tapujos, como siempre sin eludir detalles—. Nos trasladaban al campo de exterminio de Treblinka, a unos doscientos kilómetros del gueto de Varsovia, donde pasé varios años que ahora recuerdo de una forma menos traumática de lo que en realidad fueron, pues los evoco como los últimos que pasé junto a mis padres. Tu bisabuela murió durante el trayecto. Aunque de haber sobrevivido le esperaba una cámara de gas. En Treblinka asfixiaron a una media de siete mil judíos al día, aunque cuando el campo funcionó a pleno

rendimiento se llegaron a matar a doce mil. ¿Te cuento algo curioso?

—Sí, baba.

—Dame. —Irena cogió el rifle y lo volvió a colgar en la pared—. Resulta que cuando llegamos a Treblinka, un lugar bien escondido entre bosques debido a los oscuros propósitos de las instalaciones, nos encontramos con una bonita estación. Aquello relajó a muchos de los que temían ir de camino al matadero. Nos hicieron creer que sus promesas de trabajo y mejor vida eran ciertas; pero ni el reloj funcionaba ni el andén era de cemento.

—¿No era una estación de verdad? —preguntó la pequeña frunciendo el ceño.

—De «juguete», mi pequeña, de «juguete». Era como la casa de tus muñecas.

Yemima sonrió. Aún era demasiado inocente para filtrar las palabras de su abuela como ella pretendía.

Pasaron a la habitación contigua: Auschwitz-Birkenau.

La primera foto enmarcada del «recorrido» era de la entrada al campo de exterminio número uno, donde podía leerse el lema en alemán: *Arbeit macht frei*: «El trabajo libera».

—Más cinismo alemán —murmuró Irena, que obvió dar ninguna explicación; su nieta ya había escuchado muchas veces lo que escondía aquella imagen.

Pasaron a la siguiente fotografía: un barracón repleto de mujeres que miraban tristes al objetivo.

«Como todo lo que prometieron los alemanes, esas estancias invadidas por la humedad no me otorgaron la más mínima liberación, sino las mayor de las penurias: frío, hambre, dolor, humillación, maltrato..., y la pérdida de la mejor amiga que tuve y tendré nunca».

—Una *kapo* se empeñó en amargarme la vida —le explicó a Yemima, que siempre la escuchaba ensimismada—. Y en vez de procurar mi muerte, mataba

a las personas que me importaban. La última que se llevó por delante fue a mi amiga Aviela. Nunca olvidaré su rostro cuando la arrastraba por el suelo del barracón; esa mirada a modo de despedida. Fue la última que tuvo el valor de dirigirme la palabra, y por ello perdió la vida.

Irena señaló una foto que se encontraba a pocos metros de su posición, donde podían verse varios metros de alambre de espino electrificado. Aquello le hizo recordar el testimonio de un superviviente de la ‘fábrica de la muerte’: «La muerte se había convertido en parte de nuestra vida. El hambre estrujaba constantemente nuestros intestinos y el frío mordía nuestro cuerpo. Olíamos a muerte y pensábamos siempre en ella. La temíamos mucho menos que al dolor y las humillaciones. La muerte era nuestra amiga y a veces nuestra única posibilidad de escape».

—Muchos se lanzaban a la alambrada para acabar con el sufrimiento. Se podía morir de tantas formas diferentes... —musitó como si hablara consigo misma. Su cabeza retrocedía demasiado en el tiempo, manteniéndola a medias entre el pasado y el presente—: ahorcada, en la cámara de gas, por inyección letal, encadenada a una pared, despedazada por los perros, tesa por una ducha con agua helada en pleno invierno..., y a eso había que sumarle la opción del suicidio: salto al vacío, lanzarse a la alambrada, intentar huir o negarse a comer los despojos que nos daban. Y en cambio, aquí estoy, hablando con mi preciosa Yemima.

La pequeña la abrazó, apretándola a la altura de la cintura. Elevó la vista, dedicándole a su abuela la más hermosa de las sonrisas.

—Eso es porque Dios cuidó de ti, baba.

«Dios no existe. Allí me di cuenta. De existir, no hubiera permitido aquella locura».

—Bueno. Creo que por hoy es suficiente. Mañana proseguimos por la habitación de los *kapos*, ¿vale?

—Vale.

—¿Quieres que vayamos un rato al parque?

—¡Sí...!



CON LA BOCA ABIERTA

El sonido de la cerradura alertó a Yanet.

Se lanzó a mis brazos como una leona hambrienta a la yugular de una gacela. A punto estuvo de tirarme de espaldas. Incluso agotado como estaba agradecí su efusivo recibimiento.

—Te he preparado una cena a base de marisco que te vas a chupar los dedos —me informó tras un beso en la mejilla—. Y de postre, yo.

—Mi postre favorito, entonces.

—Pero antes, nos sentamos al sofá y me cuentas cómo te ha ido el día. — Con ‘cómo te ha ido el día’ se refería a ‘ponme al día con el caso’—. ¿Una infusión calentita? —preguntó de camino a la cocina. Yo me fui directo al comedor, tirándome literalmente en el sofá.

—Sí. Un Minty Morocco, por favor —solicité en alto—. Pero helado.

—Vale —contestó en un tono semejante—. ¿Y el dolor cervical?

—La verdad es que apenas lo he notado. Y ven, anda, que te escucho muy mal y no estoy para aguzar los oídos. Llevo todo el día con los cinco sentidos al máximo y no me dan para más.

—Voy. Un segundo.

Entró con las bebidas. Las dejó sobre la mesa de centro y se sentó a mi lado. Me incliné hasta reposar mi cabeza en su hombro.

—¿Cansado, amor?

—Afuera, no sé si te habrás dado cuenta, las ranas van con cantimplora. Este calor es insoportable. Debería estar prohibido asesinar a ciertas temperaturas.

—Sí..., los homicidas no tienen consideración.

—Ni pizca.

—Bromas aparte, cuéntame. He visto por internet que habéis conseguido identificarla. Un gran éxito, ¿no? Todavía espero tu mensaje explicándomelo...

—Lo siento, vida. Ha llegado un punto en el que me he visto superado.

—No te preocupes, solo estaba bromeando.

—Lo sé. Pero no puedo andar por ahí sin tener al tanto a mi mano derecha, ¿no? —Sonrió—. Y sí, ahora todo debería ser más fácil. Clayton va a pedirle al departamento de Nueva York que registren la vivienda de la «sospechosa» e interroguen a alguno de sus vecinos. Espero que mañana nos envíen un informe detallado.

—Excelente.

—Jailene y yo estimamos que volverá a matar. ¿Lo crees?

—Una chica de veintisiete años no puede saber quiénes fueron *kapos* en Auschwitz o en cualquier otro campo de exterminio. Esos datos son prácticamente imposibles de conseguir. Tampoco es sencillo, pues yo misma lo he intentado a través de internet, hacerse con un Mauser 98k sin dejar rastro. Luego, meterle a alguien un silbato por la boca apunta sin remedio a un ajuste de cuentas. Apostaría por que Yemima Weis hizo suyo el dolor que padeció su abuela. Por fuerza hubo de ser ella quien le diera los nombres. Además, pasados cincuenta y siete años de la liberación de dicho campo, ¿crees que una persona «normal» recordaría quién le pasaba lista? Lo dudo

mucho, la verdad. Más bien sería lo contrario: desearía olvidarlo todo. Me he entretenido leyendo decenas de entrevistas a supervivientes y me ha sido complicado incluso encontrar algún judío que nombrara a dichos *kapos*; imagina encontrar sus nombres. Creo que abuela y nieta estaban confabuladas, o, en todo caso, que Irena usó a Yemima como a una marioneta, como a su mano ejecutora. Quizá ella no reuniera el valor y trastornara a su nieta para que la ayudara. Pero, joder... ¿Cómo logras que alguien mate por ti? Resumiendo: una vez murió la damnificada, Yemima se quedó sola y decidió dedicarse a acabar con los que jodieron a su abuela en el pasado. Ese: «Yo no olvido», no es más que la reivindicación que proclamaba Irena a plena voz. A lo dicho, obviamente, hay que sumarle una demencia severa de ambas. Fuere por lo que fuere y acabe como acabe, lo que «están» haciendo es una auténtica y disparatada locura.

»A tu pregunta... Espero que no, pero todo indica que matará de nuevo. Y piensa esto, amor: no va a encontrar dos *kapos* en la misma ciudad, ni siquiera a los descendientes de otro. Se desplazó más de cuatro mil kilómetros para ejecutar a su primera víctima, y seguro que volverá a hacerlo para «reunirse» con la segunda. Quizá deje pasar un tiempo hasta que se calmen las aguas. Ya sabes: ahora mismo está en boca de todos y su imagen corre por los medios como sangre en vena.

«Otra que se empeña en dejarme continuamente con la boca abierta. Debo ser el único detective del mundo con dos compañeras. —Sonreí por mis adentros—. Así cualquiera resuelve casos...».

—Veo que los telediarios no han escatimado en información.

—Han dado hasta el nombre de su peluquera.

Sonreí. Cogí la infusión y le di un largo trago.

—Por una vez, no me irrita su falta de escrúpulos. Y como siempre, tus deducciones no tienen ningún desperdicio.

—Gracias, detective.

Me guiñó el ojo.

—Puede que en el registro de mañana hallen algo que revele el nombre de posibles futuras víctimas.

—Puede. Pero de momento vamos a tener que esperar su próximo movimiento. El problema es que quizá se traduzca en otra muerte. Esperemos que no.

—No llames al mal fario, joder. —De pronto, sentí cómo empezaba a hervirme la sangre—. Tal vez la localicen mediante alguna cámara o la reconozca un ciudadano, agente de a pie, taxista... Seamos positivos, hostia.

—El problema es que buscan aquí y no creo que siga en la ciudad. Si abandonó la vivienda donde pintó la esvástica será porque ya no le hacía falta, ¿no?

—Pudo cambiar de vivienda para despistarnos.

—Entonces buscad alquileres recientes, incluso los pagados en negro. Puede que no sirva de nada, pero no estaría de más intentarlo. Y es solo una sugerencia, claro.

—Sí, bueno. En eso consisten las investigaciones, ¿no?: abrir líneas y seguirlas. A veces guían a la nada, pero en ocasiones, gracias a Dios, conducen a buen puerto. Y por supuesto que te haré caso. Hasta ahora no me ha ido nada mal haciéndotelo, ¿no?: el cien por cien de mis casos resueltos. Además, no perdemos nada intentándolo.

—En fin... Supongo que tendrás ganas de cenar y olvidarte un rato del caso. —Asentí pausado, aunque sabía que en el mejor de los casos conseguiría apartarlo unas horas de mi cabeza—. Si me lo permites, te propongo cenar en la cama, ver una peli mientras te rasco y si te quedan fuerzas, hacer el amor como si no hubiera un mañana.

—Un *planning* inmejorable —dije complacido, agotado pero feliz—. Pero..., sobre el remate final..., yo debajo, ¿okey?

—Por supuesto, detective. Ya me encargo yo del trabajo duro.

Nos sonreímos.

«*Con ella todo es más fácil*».



Sentí un golpe en la espalda, como si alguien me hubiera soltado una patada a través del cochón. No tardé en advertir que se debía a la culata de un rifle.

—*¡Hör nicht auf!*

Intenté girarme, mirar al hombre que me empujaba con tan mala saña, pero no pude. Vi paredes de ladrillo anaranjado. «*Igual que la vieja fábrica*».

Estábamos solos: yo y el alemán que me azuzaba.

Mi cuello parecía estar inmovilizado aún por el collarín; no podía desviar la mirada del frente. Sentí una leve brisa por todo mi cuerpo.

«*Estoy desnudo* —advertí angustiado».

A lo lejos, apareció el paredón. Tras el muro que delimitaba el campo sobresalía un alto árbol que aparentaba llorar sangre por las ramas. Ventanales negros como ojos delatores y bocas hambrientas emergieron por mis costados; a mi espalda, una sombra inclemente.

—*¡Hör nicht auf!* —percibí de nuevo. Y de nuevo un empujón que a punto estuvo de mandarme al suelo.

Intenté propinarle un puñetazo, descargar mi ira sobre aquel desgraciado que me conducía sin duda a la muerte, pero no pude mover un solo músculo. Mis piernas avanzaban hacia el paredón sin obedecerme.

Ante la piedra oscura brotaron coronas y ramos de flores.

—Así se sintieron ellos: impotentes —escuché a mi derecha. De soslayo vi a Yemima Weis, caminando conmigo.

—*¡Pero yo no tuve nada que ver con el Holocausto!*

Me sentía, en efecto, impotente, incapaz de frenar, de detener aquel

despropósito.

—¿Y ellos? ¿Merecieron lo que les hicieron?

—¡Por supuesto que no!

Seguía andando con la cabeza erguida, como si mis extremidades inferiores actuaran por su cuenta y las superiores se hubieran apagado.

—Entonces, tú morirás de igual modo: libre de pecado.

De pronto, como si dos personas me alzaran de las axilas, floté a ras del suelo. Los ramos y las coronas conmemorativas se marchitaron en un santiamén, desapareciendo, dejándome espacio. Quedé de cara al muro. Apenas cinco centímetros separaban mi frente del paredón. Quedé absorto en una de las tantas «muestras» que se distinguían.

«*Una marca: una vida*».

—Espera. Hagámoslo bien.

Giré el rostro y la contemplé otra vez a mi lado, echando arena sobre mis pies descalzos.

—¿No quieres girarte, Jeray? ¿No quieres ver a tus verdugos?

Lo hice.

Tres hombres me apuntaban con sendos Mauser 98k. Sin lugar a dudas, un trío de miembros de las S.S.

—No vas a atraparme, detective. —La miré a los ojos fijamente. Ella me sonrió—. No si vas a morir.

—*¡Feuer!*

«*¡Pum!*».

—¡No! —grité. Me despertó mi propio berrido.

El corazón me latía impetuoso. Aún sentía el miedo en el cuerpo.

—¿Amor? —Yanet se asustó, incorporándose, posándose suavemente

una mano en el hombro—. ¿Una pesadilla?

—Joder. ¿Qué hora es?

Cogió su móvil de la mesita de noche.

—Las cuatro y media.

—¿Sabes qué?: que me voy a trabajar. No volveré a conciliar el sueño. Vendré a comer, ¿vale? Te lo prometo.

—Vale —dijo medio dormida.

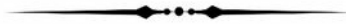
Se dejó caer a plomo contra la almohada.

Sabía que no le gustaba dormir sola. «*Te compensaré, amor*». A mí tampoco me agradaba dejarla sola tan temprano, pero necesitaba proseguir con el caso.

La besé en la mejilla.

Me di una ducha rápida.

Partí hacia la comisaría.



Antes de conocer a Yanet solía dormir en el despacho. Le dedicaba cuerpo y alma al, valga la redundancia, cuerpo de policía. Ahora Yanet era mi vida y mi trabajo era ser detective.

Pasé ante las mesas de algunos de los agentes encargados de localizar a Yemima Weis. Nos saludamos cordialmente.

—¿No puedes dormir, Jeray? —preguntó retórico Brad Scott, uno de los refuerzos.

—Dormir no es lo mío.

Entré en el despacho. Me detuve pensativo ante el escritorio. Di media vuelta, abandonándolo al poco de acceder. Mientras me acercaba a Scott pude

observar las imágenes captadas por varias cámaras de seguridad en la pantalla de su ordenador; adelantaba y rebobinaba una de las grabaciones.

—¿Sabes? —dijo en cuanto advirtió mi acercamiento—. Me gustaría saber cómo diantres pretendéis que localicemos una furgoneta que, muy probablemente, haya ardido en algún descampado. Si es tan lista, no va a ir por ahí con un vehículo que andamos buscando. Me parece una soberana pérdida de tiempo.

—Por eso voy a encargarte otra tarea. Busca alquileres recientes en la ciudad. Pero ten en cuenta que la asesina pagaba a tocateja y por adelantado. Lo que en principio es un problema, también es un distintivo que puede hacernos dar con ella.

—Claro. Me pongo enseguida.

Volví a mi despacho.

Lo primero que hice en cuanto mi trasero tocó la silla fue meditar: actividad esencial e inevitable en la actuación de un detective. Clavé los codos sobre la mesa y descansé la cabeza sobre las palmas de mis manos. Respiré profundo y centré todo mi raciocinio en el caso:

«La buscamos y ella lo sabe. Es muy probable que haya cambiado de aspecto y, como dice Scott, la furgoneta esté carbonizada en algún descampado. Puede incluso que tuviera preparado un segundo vehículo. Está claro que el dinero no es un problema para ella. Y si ha huido, si se encuentra a cientos o quizá a miles de kilómetros, solo nos queda esperar.»

—Esperar es una puta mierda —dije en alto, inmerso en mis pensamientos—. Tener que aguardar a que actúe de nuevo es un auténtico fiasco. Aunque..., su cara está en todas partes. Le entrará el miedo, el agobio, la opresión y la desesperanza —me alenté—. Nadie escapa al amilanamiento que provoca el corredor de la muerte y la postrera inyección letal.

Entre lucubraciones alcancé las ocho menos cuarto, momento en que sonó mi teléfono móvil. Descolgué.

—¿Sí?

—¿Jeray Miller?

—El mismo.

—Soy Andrew Foster, agente del F.B.I. He contactado con sus superiores y me han facilitado su número.

—¿De qué se trata?

—Ahora mismo estoy en la casa de Lisa Ryder, más concretamente en su garaje. Judía no practicante, de abuela superviviente al Holocausto. ¿Le dice algo? —Su voz sonaba segura, decidida. Parecía estar hablando al tiempo que moviéndose de un lado a otro.

«Mierda. La espera ha sido corta».

—¿Qué le ha hecho?

—Debería verlo usted mismo. Le hemos reservado un vuelo a usted y a su compañera a las 10:02. Sobre el mediodía pueden estar aquí. Procederemos al levantamiento del cadáver, pero intentaremos que todo siga como lo encontramos. Es su caso y respetaremos su trabajo. Pero a partir de ahora colaboraremos con ustedes. Y no es una sugerencia precisamente...

«Hacen y deshacen como les da la gana».

—De acuerdo. Pero aún no me ha dicho dónde debo dirigirme.

—Disculpe. Pretendía enviarle la dirección al e-mail: Los Ángeles, 1610 de McCollum Place, Silver Lake.

Lo apunté en mi bloc de notas.

—Nos vemos en unas horas, entonces.

—Estaré esperándoles en el aeropuerto.

Colgué.

Meditabundo, me mantuve unos instantes absorto en la puerta de mi despacho. Tardé un tiempo en reaccionar. Sentí unas ganas terribles de proseguir con la investigación.

—No busques en Phoenix, Scott —le indiqué al pasar por su lado, vigoroso, dispuesto a trasladarme con mi compañera al lugar de los hechos—. Está en Los Ángeles.



LA LISTA DE IRENA

Año 2015

En un hospital de Brooklyn

—No pasará de esta noche —informó el doctor en el pasillo—. La caída ha acelerado mucho el proceso. A su edad, estos accidentes suelen ser definitivos. Lo siento mucho, Yemima.

Posó la mano en su hombro un instante, la miró cariacontecido y prosiguió atendiendo a los enfermos de la planta. Ella volvió a la habitación. No quería separarse de su abuela más que lo estrictamente necesario; solo se tenían la una a la otra. Incluso se sintió culpable las pocas veces que atendió al médico, bajó al restaurante a por un bocadillo o se acercó a la máquina de café.

Irena dormía plácidamente. La luz entraba con fuerza por la ventana; hecho que no truncaba el descanso de la anciana.

Yemima tenía la sensación de estar perdiéndolo todo: a su amiga, a su confidente, a su maestra..., a su única familia.

«Ahora entiendo cómo te sentiste cuando tus padres murieron a manos

de los nazis».

Se sentía agotada. Sintió una intensa modorra al tiempo que escuchaba los pitidos del monitor de frecuencia cardíaca. Advirtió cómo los párpados le pesaban, cómo la calidez de la estancia la acunaba.

«*Puede que dormida sufra menos* —pensó mientras se dejaba dominar por el sueño».

Percibió el inconfundible tacto de la piel de su abuela sobre la suya. Se despertó. Le costó unos segundos advertir dónde se encontraba, con quién estaba y el porqué. Miró a su derecha y la vio sonriente.

—Tengo sed, mi niña.

Yemima le acercó un vaso de agua. Irena se bebió todo su contenido.

—Siento cómo se me escapa la vida —musitó con los ojos vidriosos—. Pero demasiado he vivido en comparación con otros.

—No digas eso, baba: has vivido lo que te correspondía.

—¿Crees en el destino, Yemima?

Le extrañó que la llamara por su nombre. «Mi niña», o, «Mi pequeña», solían ser las formas más comunes que utilizaba.

«*Lleva demasiado tiempo sin regir debidamente*».

—Y ahora que llega el fin has de saber ciertas cosas.

Yemima giró la silla en dirección a la cama y la acercó tanto como pudo. Se cogieron de las manos.

—Te escucho, baba.

—Lo que ahora es mío pasará a ser tuyo en cuanto muera. Un abogado se encargará de transferirte todas mis pertenencias, entre ellas, más de trescientos mil dólares en efectivo. Todo lo ahorrado durante una vida de duro trabajo. Lo único que te pido es que dejes nuestra casa tal y como está, con mis recuerdos del Holocausto, de la guerra, del gueto..., de mis padres y compatriotas

judíos.

La mirada se le perdía más allá de los ojos de su nieta.

—Esa casa representa nuestra vida juntas. Jamás consentiré que se mueva un solo cuadro, vitrina o estantería.

Irena sonrió.

—Gracias. Nunca pensé que tras tanto dolor pudiera esconderse algo tan hermoso como tú. Los nazis estuvieron cerca de arrebatármelo todo.

Se quedó quieta, sin parpadear.

—¿Baba?

Abrió y cerró los ojos. Por un instante creyó que se había ido.

—Hay una lista —explicó la abuela—. Los nombres de aquellos que me sumieron en interminables terrores nocturnos, en una vida que nunca lo fue del todo. Dieciocho *kapos* que merecían y merecen morir, con Abiel Gewürz a la cabeza; él fue el inicio de mi desgracia.

Yemima conocía la traición de Abiel, pero desconocía la existencia de ninguna lista.

—Dame más agua, mi niña. —Su nieta le acercó de nuevo el vaso a los labios, pero esta vez, Irena lo apartó con un suave movimiento—. No tuve el valor. Me creí capaz de hacerles pagar por sus crímenes, pero finalmente fui una cobarde. Pero tú... ¿Recuerdas?: con tiempo, paciencia y cabeza, todo se alcanza.

Irena, de nuevo, se quedó muy quieta, con los ojos y la boca abiertos. El monitor de frecuencia cardíaca emitió un dilatado y estremecedor pitido.

Yemima salió de la habitación como alma que lleva el Diablo, llorando sin un rumbo fijo. Bajó las escaleras tan rápido como el dolor invadía su cuerpo; sin su baba, el mundo carecía de sentido. Pisó la calle y dudó en si lanzarse ante un autobús o coger un taxi. Sobre la acera, recordó las últimas palabras de su difunta abuela:

«*Dieciocho kapos que merecían y merecen morir, con Abiel Gewürz a la*

cabeza; él fue el inicio de mi desgracia. No tuve el valor. Me creí capaz de hacerles pagar por sus crímenes, pero finalmente fui una cobarde. Pero tú... ¿Recuerdas?: con tiempo, paciencia y cabeza, todo se alcanza».

—Cumpliré tu último deseo —se susurró a sí misma mientras los familiares de los ingresados y otros enfermos entraban y salían del hospital—. El enemigo sigue entre nosotros. —Apretó los puños—. Los *kapos* que señalaste morirán.



Bajó del taxi y entró en la casa que ya era suya. Subió las escaleras hasta la primera planta. Entró en la habitación de su abuela y registró entre sollozos cada cajón, mueble o rincón, pero no localizó lo que buscaba. Cogió una silla y la arrastró hasta pegarla al armario. Se encaramó en su cornisa y descubrió una cajita de metal.

Se sentó en la cama con su hallazgo. Acercó la nariz a la almohada y percibió el olor de Irena. Un latigazo de rabia la sacudió de los pies a la cabeza. Abrió la caja. Dentro encontró un pequeño diario. Advirtió que llevaba algo metido entre sus páginas centrales. Lo abrió y encontró una fina tabla de madera con dieciocho nombres. El primero, como prometió su baba, el de Abiel Gewürz.

Se guardó las memorias en el bolsillo. Antes de leerlas sintió la necesidad de recorrer las paredes de cada habitación, cada repisa, vitrina o cuadro: el legado de su recién fallecida abuela. Había visto tantas veces aquellas fotografías que las llevaba grabadas en la memoria; aun así, necesitaba verlas una vez más. Entró en el comedor, o, como ellas lo llamaban, la sala del ‘genocidio étnico’. Luego visitó la del ‘gueto de Varsovia’, ‘Auschwitz’, ‘*kapos*’ y ‘liberación’ en dicho orden.

Durante el recorrido se detuvo especialmente en dos puntos: ante la vitrina de los silbatos y ante el Mauser 98k.



DE RAÍZ

Informé a Jailene. Le solicité que pasara a buscarme en una hora; tiempo más que suficiente para abrazar a mi mujer y contarle lo sucedido.

Al final, incumpliría mi promesa de comer aquel día en casa. Habiendo vidas en juego, no me lo tendría en cuenta.

—Tenías razón —informé al entrar, justo tras besarla—. La buscábamos aquí y estaba en Los Ángeles. Debió marcharse allí nada más asesinar a Abiel Gewürz. Y es muy probable que también haya abandonado su segundo destino. Es escurridiza, la muy...

—No va a ser fácil atraparla, pero tarde o temprano caerá en un control o la reconocerán por la calle. Tiempo al tiempo. A veces, lo más simple da los mejores frutos.

»El problema es que lo planeó con mucha antelación. Estoy segura de que alquiló las viviendas hace mucho y que estudió a sus víctimas también con anterioridad. Procede con pies de plomo y con los pasos medidos. Pero se le han complicado mucho las cosas. Llegó a Los Ángeles siendo una desconocida, pero ahora su cara está en todas partes. Se detendrá: es lo que

vaticino. Se arriesga demasiado siguiendo. No parece que el dinero sea un problema, así que puede sobrevivir unos meses a escondidas, sin dejarse ver.

—El tiempo dirá si tienes razón. Yo, en cambio, me decanto por lo contrario. Quizá ralentice los procesos, pero seguirá maquinando, preparándolo todo para acabar con su siguiente víctima. Y si lo hace, puede quedarse al descubierto en cualquier momento.

—Tú lo has dicho: el tiempo lo dirá. De momento, y como siempre, le daremos caza sin descanso.

—Tras la identificación parecía estar todo a nuestro favor. Pero...

—Tranquilo, amor. De un modo u otro, si no cesamos en nuestro intento, sucumbirá. No olvides que pronto recibiremos el informe de Nueva York. En esa casa encontraremos algo importante, ya verás.

Como quien cambia de chaqueta, lo hicimos de tema. Teníamos la capacidad de hacerlo; igual hablábamos de crímenes que de una película o una serie de moda. Tras conversar sobre el caso le tocó el turno a mi madre, que había llamado al fijo en mi ausencia alegando que pasaba de ella. «Es muy pesada. Le cuesta entender que no estamos a su entera disposición», murmuré con los ojos vueltos. No era la primera vez que salía el asunto ‘suegras’. Mi madre era una metomentodo, pero la de Yanet no le iba a la zaga.

«Pasa en las mejores familias», lamentó mi esposa en tono bromista.

El tiempo corría veloz cuando estaba a su lado. Importaba bien poco de qué habláramos: madres, padres, series, libros, casos... Sin duda era el amor de mi vida. Nos encontramos entre tanta gente, que a veces me costaba creerlo.

Jailene llegó puntual.

Partimos hacia el aeropuerto.

Tomamos el vuelo a la hora prevista. Un viaje de hora y cuarto para recorrer poco más de seiscientos kilómetros.

Lo reconocí entre el gentío; aquel hombre rezumaba F.B.I. por los cuatro costados. Vestía de impoluto negro. Alto, fornido, de cabeza rapada y perilla recortada al milímetro. Lo que no imaginé fue el color de su piel: a juego con su traje. En su muñeca aprecié un reloj que brillaba más que los rayos que filtraban las cristaleras de la terminal. Aguardaba nuestra llegada apoyado en una columna, leyendo Los Ángeles Times.

Alzó la vista sobre el papel. Vio cómo nos acercábamos. Plegó el periódico.

—Buenos días, detectives. —Le devolvimos el saludo. Tras esto, nos estrechamos las manos—. Síganme, por favor. Les pondré al día durante el trayecto.

»Vamos a encontrarla —aseguró mientras andaba presuroso—. Han hecho ustedes un buen trabajo hasta la fecha. —Abrió el rotativo por la noticia sobre el caso en cuestión; en la página derecha pudimos ver una foto de Yemima Weis—. Un acierto filtrarlo a la prensa. Los judíos merecen saber que una mujer los está cazando, y, sobre todo, conocer su rostro. Los ciudadanos tienen derecho a exigir seguridad, pero también la obligación de ayudar cuando se les requiere. —Dejamos que hablara sin interrumpirle. Poco a poco, Foster se hacía merecedor de mi confianza—. Por supuesto, seguirán al frente de la investigación. Pero el cadáver de hoy confirma que nos encontramos ante una asesina en serie, que, además, se mueve en busca de víctimas muy concretas. Por ello, el F.B.I. pondrá a disposición del contribuyente todos los medios de los que dispone. Trabajaremos conjuntamente, pero no revueltos. Si ustedes encuentran algo me lo comunicarán y viceversa. ¿De acuerdo?

—Claro —contestó Jailene.

Yo asentí menos convencido.

No podíamos hacer otra cosa que aceptar lo que nos ofrecía. Aun con todo, aquel hombre acababa de plantearnos un escenario aceptable, incluso sorprendentemente comprensivo. Como bien decía, estábamos al servicio del contribuyente y para este, lo mejor era que el F.B.I. se «entrometiera» en

nuestros asuntos; sus medios eran muy superiores a los nuestros.

Circulando hacia la escena del crimen lo pusimos al tanto de nuestros avances. Digamos, que no parecía estar escuchando nada nuevo. El F.B.I. tenía ojos y oídos en todas partes.

Tras un largo recorrido llegamos a una zona residencial. Sospeché que no andábamos lejos de la vivienda cuando descubrí las furgonetas de varios canales de televisión. Poco a poco, se dejaron ver también los periodistas.

Foster aparcó justo ante las cintas policiales que cortaban una estrecha calle. No aprecié demasiados vehículos policiales. «*Han pasado horas desde el hallazgo. Muchos habrán terminado sus tareas*». Nada más apearse del vehículo, se le vino encima la prensa. Preguntas como: «¿Creen que volverá a matar?», o, «¿La asesina sigue en Los Ángeles?», no se hicieron esperar.

—Las investigaciones avanzan positivamente —contestó Foster mientras nos alzaba la cinta.

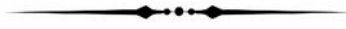
Los tres superamos el cordón policial. Los periodistas, sabedores de sus limitaciones, no cruzaron la cinta amarilla. Una vez en la estrecha calle, Foster habló fuera del alcance de los micrófonos y las grabadoras.

—Un vecino asegura haber visto aparcada justo ahí la furgoneta de una empresa de seguridad. —Señaló el muro que envolvía la parte trasera de la vivienda—. Creemos que saltó directamente de la ventanilla al interior, se «deslizó» hasta la cochera y se introdujo al tiempo que su víctima: plan simple pero eficaz. Luego volvió a la furgoneta con el mando de la puerta y se metió dentro con el furgón.

Anduvo en silencio hasta circundar la vivienda. Se detuvo justo en la entrada. Circunspeto, nos habló de nuevo:

—He perseguido asesinos en serie y estudiado sus conductas, y les puedo asegurar que Yemima Weis no conoce el miedo. Verse en televisión y en los diarios supuso un duro golpe, seguro. Cualquiera hubiera desistido ante un traspié así, escondiéndose como un conejo en su madriguera. Lo he visto en muchas ocasiones. Pero Yemima Weis no alteró su plan. Sus facultades

mentales están trastornadas, de eso no cabe duda, pero su inteligencia funciona como un reloj suizo. Por ello seguirá matando, o, al menos, lo intentará. — Sonrió. Su rostro mutó de la solemnidad a la complacencia—. Pero para estamos nosotros aquí, ¿no?, para evitar que lo logre.



Por un camino de piedra gris llegamos al garaje. Superamos palmeras, césped y una bonita piscina.

«*Bonito chalet* —pensé mientras avanzábamos en silencio».

—Pasen —indicó Foster con un gesto de su mano—. He de hacer una llamada. Enseguida estoy con ustedes.

Lo primero que vimos fue la parte trasera de un todoterreno de alta gama. Del tubo de escape emergía un conducto de plástico. Lo seguí con la mirada hasta la ventanilla del conductor.

«*El segundo método elegido es la cámara de gas, como lo hacían antes del Zyklon B*».

Tres miembros de la científica aún buscaban restos por la escena del crimen. Por lo demás, se atendía despejada.

—Ya no sirve de nada, pero supongo que debe hacerse —dijo Foster al tiempo que señalaba a los agentes que indagaban cerca de nuestra posición—. No vaya a haberse agenciado una compinche...

—Lo dudo mucho —musité a la altura de la ventanilla del copiloto.

Como ya nos habían advertido, dentro no había cadáver. Me situé ante el capó. Jailene tardó apenas dos segundos en colocarse a mi lado.

—Como una puta cabra —se le escapó. O quizá lo dejó salir.

Escrito en la luna con lo que parecía un rotulador indeleble: «No me detendré. Acabaré con todos y cada uno de los señalados. Los mataré a ellos o

a sus descendientes. Cortaré la raíz para que el mal no siga multiplicándose.

—Lisa Ryder —escuché a mi espalda. Estaba tan ensimismado en la escena, que ni siquiera le sentí acercarse—: cuarenta y cinco años, judía no practicante, hija única y sin hijos. ¿Entienden?

«Por supuesto que se entiende».

—Última descendiente de un judío o judía superviviente del Holocausto —dije sin dudar.

—Ha hecho bien los deberes, detective. Concretamente, de una judía presa en Auschwitz.

—Muchos de los que considera sus enemigos han fallecido, así que echa mano de sus descendientes...

—En este caso, además —me interrumpió Jailene—, ha cortado su línea de sangre descendente, como procedían los nazis con los judíos: ha exterminado su estirpe. Yemima Weis veía a Lisa Ryder como a la sucesora de una traidora, una judía que ayudó al Tercer Reich y, por ello, la ha tratado como hacían ellos. En resumidas cuentas: si colaboras con mi enemigo te conviertes en mi enemigo.

—Otra curiosidad —dijo Foster—: la víctima estaba meada de arriba a abajo. Y no por su propia orina, sino por la de su asesina. —Alzó las cejas—. Por otra parte, y como supongo ya habrán deducido, la muerte se ha debido a una constante inhalación de monóxido de carbono.

—Sí. Los nazis, antes de usar el Zyklon B y las cámaras de gas, echaron mano de autobuses. Como aquí, desviaban sus gases de escape hasta el espacio de los pasajeros. Las ventanas estaban pintadas con imágenes de personas para que nadie viera lo que ocurría dentro: judíos muriendo durante un «paseo».

—Veo que es usted un experto en la materia.

—No diría tanto. Pero sí soy un «entusiasta» de La Segunda Guerra Mundial.

Foster nos entregó una foto a color del cadáver.

—Así la ha encontrado su marido al llegar del trabajo.

Miré la instantánea con detenimiento. La diferencia de edad entre la primera y la segunda víctima resultaba notoria. No causó —al menos en lo que a mí se refiere— el mismo daño emocional ver el cadáver de un hombre que rebasaba los ochenta años que el de una mujer que rondaba los cincuenta.

«*Meada* —pensé de pronto—. *¿Por qué?*».

Me vino a la cabeza una celda o un vagón de tren donde los prisioneros tuvieran que orinarse encima. También un nazi orinando sobre un judío a modo de humillación. De todas formas, que la asesina se hubiera meado sobre la víctima no me parecía relevante.

La imagen mostraba a una mujer con los ojos cerrados y la boca amordazada con la misma cinta que la unía al asiento del conductor.

«*La muerte dulce, usada por muchos para quitarse voluntariamente la vida. Al menos, no parece haber sufrido demasiado*».



Una vez inspeccionada la escena del crimen decidimos prolongar nuestra estancia en Los Ángeles y proseguir compartiendo impresiones con Foster. Tomamos un café que duró dos horas en una cafetería cercana. Nos informó de que habían recibido varias llamadas de la ciudadanía asegurando haber visto a la presunta homicida, pero que habían quedado en falsas alarmas. Yemima Weis no se encontraba en Los Ángeles: lo único que teníamos claro en aquel momento.

—Cercaremos la ciudad donde se localice —prometió Foster en la

misma terminal—. Cortaremos las rutas de escape y entraremos en cada vivienda de alquiler que otorgue dudas. Antes de asesinar aquí, el operativo no era el adecuado. Pero ahora estamos instalando controles por todo el país. Pediremos ayuda a cada departamento de policía, oficina del sheriff, Ranger de Texas... Si se mueve de donde está, la pillamos, y si no se mueve, no mata. Está bien jodida. No asesinaré por tercera vez. Pronto recibirán noticias mías, detectives.

—No lo olvide —dijo Jailene en un tono que rozaba la amenaza—: gracias a nuestra pericia el F.B.I. no persigue a una sombra.

«Así se habla, compañera».

A punto estuve de estrecharle la mano delante de Foster, que asintió sonriente. Por sus formas, deduje que le gustaban las personas que no se andaban por las ramas.

Nos despedimos.

Caminamos hacia la puerta de embarque.

«Cuando aparezcamos por comisaria serán más de las seis. ¿Habrá llegado el informe de Nueva York?».

Volví la vista para contemplar cómo Foster se alejaba a paso ligero.

No volví a verle hasta el desgraciado incidente en Las Vegas.



LA MARCA DE LA ASESINA

Jailene entró en el despacho de Carter en busca de novedades; yo fui a preparar dos cafés. En apenas cinco minutos la tuve sonriente a mi lado.

—¿Y esa cara? ¿Te ha ascendido?

—No. Pero todo llegará.

—Desembucha, anda, que lo estás deseando.

Alzó los brazos, colocándome dos pequeños pendrive a la altura de los ojos.

—Adivina.

—¿El informe?

—Correcto. Te comunico también, que Yemima Weis, durante un año y mediante un total de veinte operaciones, sacó aproximadamente trescientos mil dólares de una cuenta bancaria heredada de su abuela.

»En lo referente a lo demás: nulidad absoluta: ni rastro de Yemima Weis. La búsqueda vía cámaras y alquileres no aportará nada nuevo, al menos aquí en Phoenix, por ello Clayton va a interrumpirla. Tras actuar en Los Ángeles no iba a meterse de nuevo en la boca del lobo, ¿no? Hemos de averiguar dónde se

esconde y en quién ha fijado sus miras, pero por lógica no se encuentra en las ciudades en las que ya ha matado.

»Los agentes de Nueva York no han tenido tiempo de prepararnos el informe con las declaraciones, pero según ellos, todos describen a Irena Stein como a una buena mujer anclada en el pasado, trastornada por lo que padeció durante el Holocausto. También me han comunicado que, a falta de comprobar las huellas y los restos encontrados en la vivienda, está limpia. Sin duda, Yemima Weis la «aseó» antes de dejarla. Armarios, cajones, nevera..., todo estaba vacío. En los *pendrive* únicamente hay fotografías. Muchas, por lo visto. El comisario me ha advertido de lo insólito de las imágenes. No ha querido decirme nada más. «Revisadlo foto a foto, no tiene desperdicio»: con esas palabras ha finalizado nuestra conversación.

Aun con la parte negativa, me entusiasmé con las nuevas noticias. El viaje a Los Ángeles me desgastó sobremanera, pero la posibilidad de hallar nuevas pesquisas hizo que recobrar parte de las fuerzas perdidas.

—¿Y si nos vamos cada uno a su casa a examinarlo con tranquilidad?

—Me parece bien. Además, ya son las siete pasadas.

—Si encuentras algo, llámame.

—Claro. Haz tú lo mismo, llanero solitario.

Sonreí al tiempo que ella me devolvía el gesto.

—Lo haré. Estate preparada para cualquier cosa.

Asintió al tiempo que me daba la espalda. Se dirigió a la salida. Alzó el brazo a forma de despedida justo antes de salir por la puerta.

—Nací preparada, detective —dejó caer en voz alta previo a perderla de vista.



—Traigo una sorpresa —anuncié al entrar en casa. Aún no había cerrado la puerta, cuando ya la tenía colgando de mi cuello—. Cuidado, leona, que todavía me duele un poco...

Nos besamos en el pasillo.

—¿El informe? —preguntó ávida de información.

—Correcto. Y, además, ni siquiera lo he abierto. Vas a verlo conmigo en primicia.

Alcé la mano y le mostré el *pendrive*.

—¿En un *pen*? Interesante.

—Son fotografías. A falta de las pruebas científicas, parece ser que en la casa solo han encontrado huellas y pelos, que, muy probablemente, sean de Irena Stein y Yemima Weis. En breve recibiremos un segundo informe con las declaraciones de los vecinos que, por lo que ha podido adelantarnos el comisario, no van a aportar gran cosa. Pero tenemos muchas fotos que revisar...

Le di el dispositivo de almacenamiento. Cogió su portátil. Al tiempo que lo encendía introdujo el *pendrive* en una de sus ranuras U.S.B. Se sentó en el sofá, golpeando con la palma de su mano allí donde pretendía que descansaran mis posaderas.

—¿Qué diantres es esto? —preguntó al ver las primeras instantáneas, con el ordenador sobre los muslos. Yo observaba reclinado a su lado, tan o más perplejo que ella—. ¿Una exposición sobre el Holocausto insertada en una vivienda? Esa mujer estaba obsesionada con los nazis, y mucho.

Pasó las primeras fotografías a modo de diapositivas. Pudimos hacernos una idea general del lugar donde Yemima Weis pasó su infancia y adolescencia. Llamaron mi atención las instantáneas colgadas de la pared del comedor: montoneras de cadáveres en fosas comunes, cámaras de gas, crematorios...

«¿Comían con esas estampas de fondo? —cavilé consternado».

—No es hogar para una niña —musitó Yanet con los ojos vidriosos.

—Lo es si pretendes engendrar un profundo odio. No me extraña que perdiera la cabeza...

Por lo observado, cada habitación estaba dedicada a un tema: Auschwitz, métodos de exterminio, gueto de Varsovia... Como bien decía Yanet, aquella casa parecía una exposición sobre La Segunda Guerra Mundial centrada en la vertiente nazi.

Pudimos ver un letrero que rezaba: «NUESTROS SALVADORES», bajo el cual permanecían cuatro mapas: Francia, Reino Unido, la Unión Soviética y Estados Unidos. También estudiamos varias vitrinas: cartas escritas por judíos durante la guerra, el característico pijama de rayas, el brazalete con la estrella de David..., y otras tantas con utensilios alemanes, como siniestras mascarillas de gas, armas o la famosa cruz gamada. Yo mismo había estado en exposiciones sobre el Holocausto; aquella colección privada no les iba a la zaga.

Se me cerraban los ojos. Las instantáneas pasaban borrosas. Yanet las observaba una a una, atenta, mordiéndose los labios, frotándose el mentón.

—¿Sabes? Creo que he encontrado la solución para mi problema con el insomnio.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Necesito asesinos como Yemima Weis, que no den un instante de calma.

—Jajajaja... Duérmete un ratito, amor. Te despierto si encuentro algo, ¿vale? Esta noche volveremos a revisarlas en la cama, no te preocupes.

Ni siquiera contesté. Me acurruqué a su lado y me dejé invadir por la modorra.

Sentí cómo me zarandeaban. Tardé unos segundos en situarme: Yanet agitaba mi cuerpo aún con el portátil sobre las piernas.

«*Al menos no es la culata de un Mauser 98k...*».

—Creo que he encontrado algo.

La miré a los ojos y percibí seguridad en ellos. Conocía bien aquella mirada: había descubierto algo importante.

Adormecido, me erguí a su lado.

—Ilústrame.

—No encontraba nada relevante, nada que pudiera encauzarnos hacia su paradero actual —dijo decidida, llevándose el dedo índice a la sien—, así que me he preguntado lo siguiente: ¿qué «cosa» está relacionada con el caso más allá del asunto nazi? La respuesta es evidente: Estados Unidos. Es aquí donde vivían y donde han cometido los asesinatos. ¿Y en qué parte de la «exposición» aparece nuestro país?: en los mapas donde reza: «NUESTROS SALVADORES». Todo lo demás es temática sobre el Holocausto. Simplemente, he dejado que los hechos me guiaran. Fíjate. —Agrandó las fotografías colgadas de la pared, los planos de Francia, Reino Unido, la Unión Soviética y Estados Unidos—. Todos están enmarcados, ¿verdad? Pero si te fijas bien, sobre todo en los brillos, verás que el de nuestro país no incluye cristal. Lo usó para planificar los asesinatos.

—No te sigo.

La escuchaba ensimismado, pero no entendía qué podía aportar un simple mapa.

—Observa. —Acercó únicamente el mapa en cuestión—. Ves los puntos sobre Los Ángeles y Phoenix.

Efectivamente, en el centro de cada ciudad podía verse un puntito, como si alguien hubiera clavado una chincheta y luego lo hubiera extraído.

—Sí. Lo veo.

—Sigue mirando.

Acercó hasta un total de dieciocho ciudades, todas «marcadas»: Phoenix, Los Ángeles, Las Vegas, Nueva York, Chicago, Detroit, Dallas, Washington, Seattle... La mayor parte de las urbes eran del norte del país.

—Ya lo entiendo —aseguré fascinado—: usó dicho mapa durante la elaboración de su plan homicida. En su momento clavó un señalador sobre las ciudades donde residían los judíos que pretendía asesinar. Una vez finalizó el plan volvió a colgarlo de la pared sin imaginar que mi superdotada esposa convertiría esos simples agujeritos en una pista definitiva.

Le guiñé el ojo con entusiasmo, emocionado incluso.

—Puede encauzarnos en la dirección correcta, sí. —Sonrió ampliamente—. Se desplazó hasta aquí para acabar con Abiel Gewürz, que, por lo visto, era su principal objetivo. Luego viajó a Los Ángeles, a la urbe más próxima a Phoenix. Intuyo que tras el varapalo que le supuso ser identificada salió de allí por patas, así que por fuerza tuvo que saltar a la siguiente localidad marcada. Obviamente, con la policía pisándole los talones, se trasladó a la inmediata. Y... —Fijó su mirada en la mía como quien está a punto de soltar una frase lapidaria—. ¿Cuál es la ciudad «perforada» más próxima a Los Ángeles?

—Las Vegas.

—Bingo.

—Y otra curiosidad: ¿A ver si sabes qué falta en una pequeña vitrina dedicada a sus «queridos» nazis?

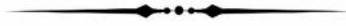
—¿Un silbato?

—Acierta de nuevo, caballero.

—Mira también esto.

Alzó el portátil para que pudiera ver con detalle. Observé dos colgadores en una de las paredes de la espeluznante exposición-vivienda. Sobre ellos, colocados en horizontal y separados unos cuarenta centímetros, no había nada.

—Me apuesto una hora de cosquillas, a que sobre ellos había acoplado un Mauser 98k.



—He de trasladarme a Las Vegas —expuse tras alzarme decidido, alentado por el hallazgo—. Avisaré a Foster, para que como prometió, despliegue a sus hombres. Pudiendo centrar esfuerzos en una ciudad seguro que la localizan. El F.B.I. goza de medios que ni podemos imaginar. De esta no se escapa.

—¿Y si me equivoco? —cuestionó Yanet con evidente preocupación—. Nada es seguro. Puede que se marchara a otra ciudad..., no sé. Quizá te estás precipitando.

—No. Bastante riesgo fue ya para ella el desplazarse los cuatrocientos kilómetros que separan Los Ángeles de Las Vegas. Probablemente era su siguiente parada desde el principio, pero el traspie que le supuso verse en televisión me deja claro que no hubo cambio de planes. Sé que Yemima Weis utilizó la herencia de su abuela para alquilar como mínimo dieciocho viviendas, y que lo hizo con mucha antelación.

—Te veo convencido.

—Tengo un pálpito. Y hasta ahora, seguirlos me ha llevado siempre a buen puerto.

—Pero si erras, vas a hacerles perder el tiempo a los del F.B.I., y eso no va a constar como una estrellita en tu expediente. Puede que estés confiando demasiado en mí.

—Creo en ti. Además: sin riesgo no hay recompensa.

Cogí el móvil y marqué el número de Jailene.

—¡Esa Irena estaba mal de la cabeza! —dijo nada más descolgar—. ¿¡Has visto dónde vivían!?

—Te llamo precisamente por eso: he encontrado algo y me voy a Las Vegas. ¿Te vienes?

—¿Yemima Weis está allí?

—¿Tú qué crees? A jugar al póker no voy a ir...

—Paso a buscarte en media hora. Echémosle el guante de una vez por todas.

Preparé una pequeña maleta con lo necesario para pasar unos días en la Ciudad del Pecado. Estaba acelerado, dispuesto a resolver el caso de La asesina de la esvástica.

Yanet me miraba contrariada desde la puerta del dormitorio, temerosa por las repercusiones que su hallazgo, de acabar siendo una pista falsa, podrían tener en mi carrera como detective.

Me acerqué a su esbelto cuerpo. La besé pausado. Tras separarse nuestros labios deslicé los míos hasta el lóbulo de su oreja.

—Tú y yo somos uno mismo —susurré— y, obviamente, esa esencia compartida puede equivocarse o acertar. Tú noerrarás ni atinarás hoy. Es ese al que llamaremos..., ¿JY?, quien dará o no en el clavo. —En mis mejillas sentí cómo sus labios dibujando una sonrisa—. Para lo bueno y para lo malo, ¿recuerdas? Eres lo más importante que tengo y tendré nunca. Cuando vuelva de Las Vegas y todo haya acabado pediré unos días de vacaciones y nos iremos a la playa.

—Eso me parece una excelente idea. —Me separó con ímpetu de su cuerpo y me agarró de los hombros, mirándome fijamente a los ojos—. Y ahora, detective, ve a por esa Yemima Weis. Pero actúa con cautela, por favor; perderte es algo que no puedo permitirme.



Una vez acomodado en el asiento del copiloto, favorecido por el descanso efectuado mientras Yanet revisaba las fotografías, le conté a Jailene cómo había llegado a la conclusión de que Yemima Weis estaba en Las Vegas —no podía decirle la verdad o, más bien, no debía—. Tras esto, hice la llamada que le prometí a Foster, y que, en teoría, debía facilitarnos las cosas. Necesitábamos su eficacia a la hora de localizar.

Contestó al tercer tono:

—Dime, Jeray, ¿alguna novedad?

—¿Recuerda lo que me dijo sobre poner a disposición del contribuyente todos los medios de los que dispone el F.B.I.?

—Claro. ¿Dónde quiere llegar, agente?

—A que el contribuyente requiere sus recursos en Las Vegas.

—¿Está usted seguro de eso?

—No —respondí tajante y sincero—. Va a tener que confiar en nosotros. Les hemos dado un nombre y una ciudad. Ahora, hagan su jodido trabajo. Para eso intervinieron en la investigación, ¿no? Nos dirigimos hacia allí.

—De acuerdo. Esperen órdenes.

Colgó.

—Así me gusta —dije mirando a Jailene. Estaba acelerado, como si me hubiera tomado un whisky doble—. Que se dejen de rodeos y hablen claro: ellos están al mando y nosotros resolvemos el caso. Pero da algo por hecho, compañera: se colgarán las medallas mientras nosotros pasamos sin pena ni gloria. ¿Y sabes qué?: me importa un carajo. ¡Que les den!

«Lo importante es evitar futuros asesinatos».

—Lo vital ahora mismo es salvar a los que pretende matar. Es una putada que se hayan metido en medio, pero también es cierto que lo hacen por el bien del ciudadano.

Jailene parecía haberme leído la mente.

—Estoy de acuerdo. Pero... ¿Colgarse medallitas forma parte de su afán

por proteger al ciudadano?

—No. Eso constituye su habitual prepotencia; les gusta quedar como los más estupendos. Es un tema de jerarquías y *cabronismo*. No te lo tomes como algo personal, Jeray. Ellos aparecen cuando las cosas se ponen feas; nosotros intentamos que no asomen el hocico. Es muy probable que mostrarla en los medios nos haya jugado una mala pasada. Pero era un mal inevitable, supongo.

—Sí, lo era. No dio los resultados deseados, pero aún puede identificarla algún viandante. En breve va a sentir el acoso de la policía, y eso puede hacer que cometa algún error. Espero que el F.B.I. haga bien su trabajo y le sea imposible escapar de la ciudad.

Mientras Jailene conducía en silencio me sentí extremadamente relajado. Incluso el cuello parecía haberse confabulado con la oscuridad, las luces, el sonido del motor y el aire acondicionado, que mantenía el habitáculo a una temperatura perfecta. Viajar de noche me serenaba desde siempre, y tras el *subidón* de adrenalina que supuso el hallazgo de Yanet, me vino que ni pintado. Necesitaba una mente despierta, unos instintos calibrados. Una vez en Las Vegas compartiríamos ciudad con Yemima Weis; primera vez que lo hacíamos de forma consciente.

Confiaba en que Foster no tardaría en darnos su paradero. El poco tiempo que compartí con él me dejó un buen regusto. Lo intuí un hombre decidido, capaz y osado. Y en esos momentos era justo lo que necesitábamos.

Jailene encendió la radio, sintonizando una emisora de noticias. La puso a un volumen bajo; suficiente para que pudiésemos escuchar a la locutora. Pasadas varias noticias sobre política llegó el turno de nuestra chica. A través del altavoz, atendimos a la locutora:

—La asesina de la esvástica ha sido identificada por varios ciudadanos en las últimas veinticuatro horas. —Nos miramos sorprendidos—. Pero el F.B.I. ha asegurado que ninguna de las reconocidas era Yemima Weis. Recientes noticias apuntan a que la furtiva se encuentra en Las Vegas o en alguna localidad cercana, y que muy probablemente haya cambiado de

aspecto. Los controles y el patrullaje se han visto incrementados notoriamente en la Ciudad del Pecado.

—Parece que todo fluye como es debido, ¿no?

—Sí. Foster no ha perdido el tiempo.

Pensativos, recorrimos más de la mitad del trayecto.

—¿Paramos a tomar un café? —preguntó mi compañera tras rebasar el indicador de un área de servicio.

—Sí. Necesito estirar las piernas.

Aparcó ante la puerta de la cafetería. El aparcamiento estaba lleno de camiones: buena señal. Antes de entrar escuchamos el característico estruendo de un helicóptero surcando el cielo. Alzamos la vista pero no pudimos ver más que una mancha negra pasando sobre nuestras cabezas. Saludé a los que estuvieran en el aparato, que no me vieron ni por asomo.

—Dile adiós a Foster, mujer.

Jailene sonrió y se metió en el establecimiento.

—Mira que eres payaso —me pareció escucharle antes de que me cerrara la puerta en los morros.

«*Qué poco sentido del humor*».

—Podríamos aprovechar para cenar algo, ¿te parece? —pregunté ya sentados en una pequeña mesa alargada, uno frente al otro.

—Son las diez pasadas... Deberíamos aprovechar la parada, sí.

La camarera apuntó nuestro pedido: yo me decanté por una hamburguesa completa y patatas fritas; Jailene por una ensalada César.

—Y ahora qué, ¿a esperar?

—No pienso estar a más de cuatrocientos kilómetros del lugar donde supuestamente pretende asesinar. Si no te gusta el plan me dejas en la ciudad y te vuelves; yo regresaré en avión cuando la hayamos detenido.

—Eh, tranquilidad. —Alzó las manos en un gesto pacificador—. No he dicho que no esté de acuerdo.

—Lo siento. Estoy un poco estresado con tanta incertidumbre. Sé que está en Las Vegas, pero desconozco todo lo demás. Espero que no lleguemos tarde otra vez.

—De ahí venían mis dudas... Si se esconde en una casa abandonada podemos tardar semanas en encontrarla, por ejemplo.

—Llegaremos, cogeremos dos habitaciones en un hotel barato, nos daremos una vuelta por la ciudad y aguardaremos a que la «magia» del F.B.I. dé sus frutos. Les hemos dado lo que necesitan: un nombre y una ciudad. Estoy seguro de que en breve recibiremos una llamada de Foster. Detendremos a Yemima Weis y volveremos a Phoenix con el caso más importante de nuestras vidas resuelto. No voy a dejar que el F.B.I. se lleve todo el mérito, compañera. Seremos quienes la esposemos y metamos dentro de un coche policial.

Las Vegas. Unas horas antes

Llegó exhausta. Lanzó la peluca sobre el sofá y se sentó abatida. Descarriada y sin esperanzas no encontraba la forma de encauzar el plan iniciado con Abiel Gewürz.

«Todo se ha ido al traste. —Se alzó y anduvo hasta la ventana. Miró a través del cristal: los coches, los viandantes...—. Las esvásticas pueden aparecer en cualquier momento. Saben quién soy y no tardarán en averiguar que este apartamento se alquiló con una identidad falsa. Erré. No sé en qué

momento ni qué paso, pero dejé un rastro que sus Pastores Alemanes ya estarán siguiendo. No descansarán hasta encontrarme; el odio les impulsa con demasiada fuerza».

Intentó acercarse a su víctima, secuestrarlo con el mismo método que usó con Abiel Gewürz, pero la intensa vigilancia policial evitó que pudiera hacerlo; al menos, sin un alto riesgo. Siguiéndole con la silla de ruedas, un coche patrulla se detuvo a escasos metros. Dos agentes bajaron y le enseñaron a un grupo de turistas su retrato —aunque en realidad intuyó lo que mostraban—. «¿La han visto?», preguntaron.

Cambió de acera con disimulo. Su nuevo look: pelo rubio, ojos marrones, cejas depiladas y abundante maquillaje, ayudó a que pudiera alejarse sin ser reconocida.

Se sentó de nuevo. Encendió el televisor. Tras esperar menos de diez minutos vio su rostro en la pantalla por enésima vez. Y para su desesperación, los noticiarios la situaban en Las Vegas.

Su principal propósito no era eludir la cárcel o la inyección letal; le importaba bien poco cuál sería su desenlace, aunque en un principio aspirara a escapar. Yemima solo deseaba cumplir el último deseo de su abuela Irena, hacerla sentir orgullosa desde el paraíso. Sabía que ella la observaba desde allí. Y por ello actuaba como si su espíritu la acompañara a todas partes.

«Al menos, baba, cuando todo termine habremos ajusticiado a tres de nuestros enemigos —se dijo, recobrando un poco los ánimos—. Han pagado por el inconmensurable daño que nos hicieron».

Su confianza subía y bajaba como las cabinas de una noria; de pronto se veía capaz de escapar como de pronto asumía sus errores y perdía la esperanza.

—Ahora —pronunció en alto, decidida— debo prepararme para lo que se avecina.



ESCALERAS ABAJO

Reservamos dos habitaciones en un hotel del centro de la ciudad. Nos acercábamos a las dos de la madrugada, aun así, decidimos dar un paseo. Dejamos el coche en el parking subterráneo y sin alejarnos demasiado —«la llamada» podía llegar en cualquier momento— anduvimos como dos viandantes más.

La mirada se me iba a cada rostro con el que me cruzaba; en todos busqué a Yemima Weis.

Nunca antes vi tantos coches patrullando una ciudad. En apenas cinco minutos, al menos diez transitaron al alcance de nuestra vista: veinte agentes; cuarenta ojos escudriñando sin descanso. *«Tarde o temprano darán con ella».*

Las Vegas nos mostró su habitual luminosidad. Segunda vez que la visitaba; primera por trabajo. Nunca me pareció nada del otro mundo.

«Sin sus enormes carteles luminosos —cavilé mientras cruzábamos un paso de peatones— no es más que un cúmulo de edificios rodeados de polvo y roca. De todos modos, no creo que nadie venga a la Ciudad del Pecado a ver monumentos o un centro histórico. «Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas», se pronuncia demasiado por aquí... Creo que eso dice mucho del lugar en el que estamos».

Al poco de iniciar el paseo empecé a notar las piernas cansadas. Jailene tampoco parecía estar disfrutando de la «noctámbula» caminata. Un par de miradas cansadas de ida y vuelta predijeron su final.

Regresamos al hotel a las dos y media de la madrugada.

Cada uno se metió rendido en su habitación.

Yo, tras una ducha fría, me desplomé literalmente sobre la cama; más por cansancio que por sueño. Sin embargo, no tardé en conciliarlo.

A las siete de la mañana ya daba vueltas por el lecho. Yemima Weis me otorgaba más pesadez de la habitual, pero también un desazón fuera de lo común.

Me levanté.

Ante mi asombro, cuando aún me abrochaba la camisa, escuché cuatro golpecitos en la puerta. «Jailene». Reconocí su forma de llamar.

Abrí.

—No podía dormir y he supuesto que tú tampoco. —dijo nada más verme. Pasó, sentándose en el sofá. Entretanto, yo terminé de acicalarme—. ¿Bajamos a tomar un café?

—¿Te apetece que demos una vuelta por la ciudad y lo hagamos en la primera cafetería decente que encontremos?

—Claro.

—Dame un momento.

Cogí la cartera y me coloqué la sobaquera con la pistola enfundada.

«*Placa y arma: lo imprescindible*».

—Vamos.

«De día es aún más fea —pensé mientras paseábamos tranquilamente—. Supongo que para gustos están los colores, pero...».

Entre lucubraciones, al tiempo que Jailene señalaba con el mentón una cafetería que parecía haberle hecho tilín, sentí cómo el móvil me vibraba en el bolsillo.

«¿Ya?».

Lo cogí como si fuera a estallar al tercer tono.

—Deme buenas noticias, Foster.

—Hemos localizado dos pisos sospechosos. —Nada más escuchar esas cinco palabras me di la vuelta, regresando a paso ligero al hotel. Jailene siguió mis pasos con el ceño fruncido—. Los alquileres parecían comunes, pero las supuestas arrendatarias han negado haberlo efectuado. Por lo visto, Yemima Weis suplantó algunas identidades con la intención de pasar desapercibida. No es un procedimiento habitual entre asesinos, pero nuestra chica no es nada corriente, ¿no?

—¿Y?

—Pues que me dirijo hacia una de las viviendas. Le cedo la otra.

—Deme la dirección.

—Apartamentos Park Terrace, 3830 de Swenson Street, apartamento 3C. He enviado cinco coches patrulla como refuerzo; yo me llevo otros tantos. Si da con ella, avísame de inmediato. Y proceda con cautela, detective: temo que de verse acorralada ataque con todo lo que tenga. Y como mínimo posee un rifle... Así que, mucho cuidado.

Colgué.

—Busca esta dirección en el G.P.S. del móvil —rogué a paso ligero—: 3830 de Swenson Street.

Procedió. Su rostro denostaba incertidumbre.

—Quizá sea donde se esconde Yemima Weis.

Asintió, relajando el gesto.

—A diez minutos; cinco si encendemos la sirena y las luces.

—¡Vamos!

Corrí, esquivando a los pocos viandantes que paseaban a esas horas de la mañana.



Una vez en el parking subterráneo nos dirigimos al maletero del Mustang. Cogimos los chalecos antibalas y nos los colocamos con premura. Jailene se puso al volante; yo, jadeante al igual que ella, coloqué las luces imantadas sobre el techo. No encendería la sirena; preferible llegar al 3830 de Swenson Street sin hacer demasiado ruido. La asesina se mantendría alerta y las sirenas podían escucharse a kilómetros de distancia. Nada más cerrar la puerta del copiloto, mi compañera salió quemando rueda. A punto estuvimos de chocar contra una señora que abandonaba su plaza marcha atrás.

—¡Joder! —Me aparté incluso de la ventanilla.

Ni dos centímetros separaron ambas carrocerías.

Jailene no aminoró la marcha; salió del parking como alma que lleva el Diablo.

«Quizá el apartamento esté vacío, o quizá aloje a Yemima Weis —cavilé entretanto sorteaba vehículos a una velocidad muy por encima de la permitida, saltándose incluso varios semáforos. Por suerte, las luces propiciaban que la mayoría nos abriera paso—. O puede que hallemos a alguien con una explicación coherente, que esclarifique por qué alquiló un apartamento con un nombre falso —del todo improbable—. O puede —lo más lógico—, que Yemima Weis alquilara ambas viviendas: la situada en el 3830 de Swenson Street y la que Foster está a punto de visitar. Pronto lo sabremos».

Los coches pasaban veloces por nuestros costados. Temí quedarnos por el

camino, colisionar y tirar al traste la oportunidad de presentarnos ante La asesina de la esvástica. Aun así, al mismo lugar que nosotros se dirigían cinco coches patrulla. Esperarían nuestra llegada controlando que nadie abandonara el edificio: para mí, un consuelo. Tenía claro las órdenes que Foster les habría dado: llegar y aguardar. Confiaba en él aunque apenas le hubiera tratado durante unas horas. A veces, hay personas que te causan buena impresión, y Foster me la dio.

«Si él llega donde se esconde, nos llamará de inmediato. Y de momento no hay noticias suyas —cavilé con el móvil en la mano—. Puede que vayamos al lugar correcto. Y aunque no la encontremos allí, seguro que no estará lejos. Fuera de su escondrijo es vulnerable. Además..., no puede escapar de la ciudad. Solo un grave error podría evitar su detención».

—¡Mierda! —La voz de Jailene me arrancó de mis pensamientos. Acababa de encontrarse una calle cortada por obras.

Eché marcha atrás, buscando una ruta alternativa. Las ruedas chirriaron; el humo emergió por los costados del capó.

—Tranquila —musité ante su desmesurado ímpetu—. Lo importante es llegar, joder.

—No volverá a escapársenos —dijo girada sobre su asiento, mirando por la luna trasera, manipulando el volante con una mano—. Estoy harta de ir a rebufo de esa cabrona.

Atendí a varios bocinazos.

—¿Sabes qué?: algunos agentes habrán llegado ya a los apartamentos. Es una soberana estupidez intentar pasar desapercibidos a estas alturas.

Encendí la sirena.

—Gracias.

Se notó. Los coches se apartaban como un niño ante un payaso de sonrisa diabólica. Giró a la derecha por una calle de única dirección. Una suerte que a esas tempranas horas el tráfico resultara escaso. A plena luz del día hubiéramos tardado una eternidad en llegar.

Sufría sobre mi asiento cada frenazo y curva tomada al límite. Aferré con fuerza la agarradera situada sobre la ventanilla. Sin embargo, el cuerpo se me desplazaba violentamente hacia delante y hacia atrás, a izquierda y a derecha. Jamás vi a mi compañera desatada de aquella forma.

Tras zigzaguear por varias callejuelas, volvimos a circular por la avenida que el G.P.S. marcaba como idónea, dejando atrás el trecho intransitable. Pronto indicó que nos encontrábamos a menos de quinientos metros. Jailene redujo considerablemente la velocidad; yo quité las luces y la sirena. Al poco tiempo vimos el edificio: un bloque de apartamentos que mezclaba el rojo y el amarillo con sorprendente buen gusto. Nos apeamos a unos cien metros, justo donde lo habían hecho los agentes enviados por Foster. Solo pudimos ver sus vehículos. Supusimos que esperaban en la puerta.

Un edificio independiente rodeado por estacionamientos al aire libre. Cada apartamento poseía una pequeña terraza; pude contar, basándome en la fachada, cuatro en cada uno de sus seis pisos.

Los carteles luminosos y el bullicio habían quedado atrás, y se notaba: nos hallábamos en una zona de terrenos sin edificar, de casas de baja altura y anchas calles donde el verde predominaba sobre el cemento.

Nos acercamos a la entrada. Efectivamente, allí esperaban seis de los diez agentes de refuerzo. Tres palmeras adornaban el acceso al edificio. Mientras avanzaba, no vi a nadie asomado en las terrazas ni mirando por las ventanas.

—Buenos días, agentes. —Saludamos casi al unísono.

Nos devolvieron la cortesía.

Los hallamos haciendo su trabajo: controlando quién entraba y salía del bloque.

—Cuatro agentes se encuentran en la parte trasera, en una salida de incendios —explicó el más alto y delgado.

—Perfecto —dijo Jailene, que parecía haberse tranquilizado tras su

demostración al volante—. Subiremos a la tercera planta y llamaremos al apartamento 3C. Vosotros dos os quedaréis aquí para evitar que escape saltando de terraza en terraza, y vosotros cuatro nos seguiréis en silencio. Si está dentro, no tiene escapatoria. Y estad alerta: puede que vaya armada.

Tras su última indicación, sonó mi móvil: Foster.

«La ha encontrado».

—Dime.

—Aquí no está —anunció en un tono elevado, con un molesto ruido de fondo. *«¿Un helicóptero?»*—. Estuvo, pero ha dejado el nido. Tened cuidado: vuestras posibilidades acaban de incrementarse en un cincuenta por ciento. Voy volando para allá.

—De acuerdo.

Colgué.

—Era Foster —dije mirando a mi compañera—. «Su» vivienda estaba vacía, aunque parece ser que Yemima Weis la habitó en algún momento. Viene hacia aquí.

—¿Lo esperamos?

—¿Tú qué crees...?

Dije esto y entré en el inmueble. Comandaba una hilera de seis policías: dos detectives y cuatro oficiales. Ascendí las escaleras con la mano cerca de mi arma, listo para desenfundarla si se daba el caso

Nos cruzamos con una madre y su hijo. Pegaron la espalda contra la pared sin decir una palabra y nos rebasaron con cara de asombro. Justo al alcanzar el segundo piso escuché un extraño sonido: un «clink, clink, clink...» que se aproximaba escaleras abajo. Me detuve en seco. «Clink, clink...». La vi revotar contra el último escalón antes de alcanzar el rellano; luego, chocar contra la pared; finalmente, rodar por el suelo. El tiempo asemejó fluir a cámara lenta. Tuve tiempo incluso de pensar:

«Una granada de La Segunda Guerra Mundial».

—¡Retroceded!

Me tiré escaleras abajo. Como el mejor bloqueador de la N.F.L., arrastré conmigo a mi compañera y a los refuerzos. «¡Pum!». Mi cuerpo sufrió la mayor sacudida de su historia. Caímos, rodando por las escaleras de mala manera hasta que una pared tuvo la bondad de frenarnos. Llovieron trozos de yeso, ladrillo y gres. Piernas, brazos y cabezas se confundían en una aglomeración de policías tirados a medio camino entre el primer y segundo piso. Un prolongado pitido me cruzó de oreja a oreja el cráneo, provocándome un intenso dolor. Me mareé sobre Jailene, que despotricaba a voz tendida. «¡Su puta madre!». Yo aún estaba demasiado aturdido para cagarme en sus muertos.

El instinto me llevó —ahora sí— a desenfundar mi arma. Apunté arriba: único lugar por el que podía aparecer con la intención de acabar lo que ya había empezado. Con la visión borrosa, mantuve el arma alzada. Mi brazo oscilaba como si estuviera en el epicentro de un seísmo. Mi compañera se alzó, ayudándome a hacer lo mismo. Me temblaron las canillas. Jailene dirigió el cañón de su pistola a donde apuntaba la mía. «Aparece, puta. Dame el gustazo», susurró.

A través de las paredes escuchamos un intenso vocerío: «¡Un atentado!», «¡Dios mío!», o, «¡¿Qué ha sido eso?!», fueron algunos de los alaridos que pudimos percibir. Uno de los inquilinos, un señor de unos cincuenta años, se asomó por donde apuntábamos.

—¡Métase en casa, joder! —ordené tras casi volarle la cabeza.

Cuando todos estuvimos de pie, examiné los cuerpos de mis compañeros. No vi más que polvo y magulladuras. Yo lucía un corte en la mejilla por el impacto de un trozo de yeso; nada para lo que podría haber sido.

«De haber avanzado unos metros más, ahora estaría criando malvas».

—¿Todos bien?

Asintieron, visiblemente asustados. El último de la fila durante el ascenso, el alto y delgado, recibió la mayor «paliza», sobre todo, el golpe que

frenó nuestro inesperado y antiestético descenso. Aun con todo, parecía dispuesto a proseguir.

Volvimos abajo. El que menos rebufaba como un toro. El susto fue mayúsculo.

Dos agentes en la salida de incendios —la única a parte de la principal— y ocho en la delantera.

Los distribuí por la fachada.

A uno le mandé en busca del conserje.

Saqué el móvil, pero no llegué a marcar; el sonido de unas hélices evitó que lo hiciera. Un helicóptero descendió de los cielos con Foster sentado en su interior. Saltó de la aeronave cuando estaba a medio metro del suelo, portando un traje a juego con su piel y el metalizado del aparato. Llevaba colocado un chaleco antibalas que lucía las iniciales del F.B.I., que no desentonaba en absoluto con su elegante indumentaria. Le vi también un pinganillo, que apretaba contra su oreja; sin duda, algo escuchaba. Se acercó con la mirada más decidida que había contemplado nunca.

«Esto es clase y lo demás son tonterías».

Tras él, aparecieron un sinfín de coches patrulla. Los agentes «aparcaron» en forma de barricada tras dejar varias huellas de neumático sobre el asfalto.

Las características luces rojas y azules, los agentes empezando a acordonar la zona, los curiosos acercándose, las placas, las armas, los uniformes..., aquello empezaba a desprender un auténtico aroma policial.

Se escuchó un disparo. Un retrovisor voló por los aires. «¡Hostia puta!», exclamé dando un respingo. Yemima Weis nos mostraba sus cartas: no pretendía entregarse. Foster se sobrecogió, corriendo bajo el resguardo de las terrazas. Espantados, los agentes se refugiaron tras los vehículos, apuntando a la ventana por donde había llegado el proyectil.

—Los S.W.A.T. están de camino —anunció Foster.

Miré a Jailene.

Me devolvió la mirada.

Nos sonreímos.

«Te hemos pillado, Yemima Weis. No volverás a matar».

No cabía en mi regocijo.

Cogí el móvil y, disimuladamente, le envié un mensaje a Yanet: «Gracias a ti la tenemos acorralada. Ahora es solo cuestión de tiempo. Te amo».



NAZIS EN LAS VEGAS

«No puedo esperar más —pensó mientras llenaba la mochila de provisiones—. Me han jodido bien los planes; si quiero sobrevivir, no puedo usar la furgoneta ni las viviendas alquiladas. He de marcharme a pie, buscar una casa abandonada y esconderme unos días. Tarde o temprano dejarán de buscarme con tanto ahínco. No pueden mantener a tantos efectivos para un único fin».

«Puede que al final no tenga que usar la batería».

Intentaba autoconvencerse de sus posibilidades, pero sabía que en ese momento eran escasas. Sentía una inmensa presión en el pecho. Lamentaba no haber cumplido lo planeado durante más de dos años. Solo tres muertes de dieciocho y ya sentía el aliento de la policía en la nuca. Le dolía en el alma; no cumplir la última voluntad de su abuela Irena la destrozaba por dentro. *«Con tiempo, paciencia y cabeza, todo se alcanza —caviló mientras colocaba una granada de mano en uno de los bolsillos laterales de la mochila—. El tiempo se acaba y la cabeza no me funciona como yo esperaba. Errar me ha conducido a esta situación límite. Solo queda ser paciente, esperar a que se calmen las aguas».*

Echó un vistazo general al apartamento. La batería y el Mauser 98k no la acompañarían; demasiado peso y demasiado llamativas. Por lo demás, la vivienda se quedaría prácticamente vacía.

Experimentó una gran tristeza al abandonar una pieza de coleccionismo de gran valor sentimental. *«Lo lamento, baba. Lamento haberte decepcionado»*. Se enjugó una lágrima y apretó los dientes dispuesta a proseguir con su trastocado plan. Tenía provisiones para una semana. Conocía un edificio abandonado a menos de medio kilómetro. Si marchaba a través de varios descampados, lograría alcanzarlo sin ser vista. Luego, paciencia.

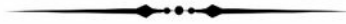
Bajó las escaleras. Esta vez, vistiendo un chándal, sudadera y zapatillas de deporte. A simple vista parecía una joven que se iba de excursión. Por supuesto, con una sonrisa en la cara y el pelo rubio.

Aún no había descendido diez peldaños cuando escuchó pasos en el segundo piso. Se asomó por la barandilla.

«Mierda. Me han encontrado».

Sin titubear, extrajo la granada de la mochila de montaña y la lanzó escaleras abajo.

«Morid, nazis de mierda».



«La «excursión» más corta de la historia —pensó mientras corría en busca del Mauser».

Se colocó ante la puerta, apuntando a su centro, parapetada en la del comedor.

«Entrad si tenéis cojones. Caeré, sí..., pero me llevaré a tantos como pueda conmigo».

Yemima no pensaba; solo se dejaba arrastrar por la ira y el odio.

Acaba de confirmarse su derrota. Las cruces gamadas le habían ganado la partida. En ese momento no veía más que a una judía acorralada por un sinfín de nazis; y actuaría como tal.

Colocó varios muebles contra la puerta una vez se cercioró de que no esperaban tras ella, fortificando el apartamento. Lo tuvo claro: *«Con las piernas por delante»*.

«Nazis. Siempre ellos. Nunca dejarán de perseguirnos —pensó mientras miraba a través de la ventana cómo aterrizaba un helicóptero—. Pero yo no voy a dejarme atrapar. Se esconden bajo uniformes de policía, pero a mí no me engañan. El Tercer Reich sigue vigente, en las sombras, al acecho de los judíos. No consiguieron exterminarnos durante La Segunda Guerra Mundial, y eso les infundió más odio».

Abrió unos centímetros la ventana corredera, asomando por ella el cañón de su Mauser 98k. Apuntó a un hombre de color que caminaba hacia la entrada del edificio. *«Voy a volarte la cabeza, puto nazi»*. Apretó el gatillo. *«¡Pum!»*. La «diana» no recibió impacto alguno. En cambio, un retrovisor voló por los aires. El proyectil revotó en el suelo e impactó en uno de los coches patrulla a la espalda del agente del F.B.I; las iniciales sobre su chaleco antibalas no dejaban lugar a dudas sobre su procedencia.

—¡Mierda! ¡Sigue mal calibrada, joder!

Lo olvidó. Tras matar a Abiel Gewürz no había vuelto a usar el rifle.

«Has vuelto a nacer, cabrón».

Pocos segundos después del disparo se heló su sangre. Por la calle inmediata al bloque pasó una furgoneta blindada de los S.W.A.T.

«Las S.S. Estoy perdida».

Aceptó la derrota.

Resignada, se dirigió al cuarto de baño.

Se miró en el espejo.

Observó su malgastado rostro: el estrés, la falta de sueño, la

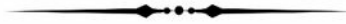
inapetencia... Las ojeras se le alargaban más allá de los pómulos. Su cabeza reflejaba la luz del foco sobre el espejo; ni un solo pelo, como los presos en Auschwitz.

«Imposible conseguir más realismo —pensó con una intensa decepción corroyéndola por dentro—. Y eso que todavía falta la guinda del pastel».

Se cortó la luz. Por suerte, podía ver gracias a la que filtraban las ventanas del comedor.

«Ya vienen».

«Supongo que este es el desenlace que me tenías preparado desde el principio, ¿eh, Dios? Pero lo que esos nazis no saben, ni siquiera tú, es que no van a atraparme. Les tengo preparada una penúltima sorpresa».



—Entrarán en cuanto demos la orden —anunció Foster mientras los S.W.A.T. se preparaban para la intervención. A su lado, el mandamás de la unidad de élite—. Esa mujer es un peligro para todo el mundo, hay que detenerla de inmediato. Hemos cortado la luz y el gas; no fueran a volar el apartamento por los aires. No puede escapar, así que los S.W.A.T. no lo tendrán difícil. Disponen de los medios necesarios para hacerlo rápido y sin bajas.

«Sin bajas propias —cavilé mientras entraban en el edificio».

—¿Y a vosotros qué diantres os ha pasado?

Tardó en advertir nuestro estado. El polvo en el pelo y en la ropa delataba nuestro accidentado descenso. Mi corte en la mejilla tampoco pasaba desapercibido.

—Nos ha recibido con una granada —aclaró Jailene.

—¡La madre que la parió! —exclamó Foster con cara de asombro—. Esta

tía se lleva el primer puesto en homicidas extraños y sin escrúpulos. ¡Deberíais haber esperado mi llegada, joder!

Nadie dijo nada; no era momento de ponerse a echar reprimendas.

Cuatro miembros de los S.W.A.T. asomaron por la azotea, *rapelando* hasta quedarse sobre la terraza del apartamento 3C. Portaban su habitual equipamiento: casco, gafas, guantes, coderas, rodilleras, fusiles de asalto, pistolas... Vamos: armados hasta los dientes.

Foster miró al jefe del equipo de élite y le asintió. Este, a través de su auricular inalámbrico, dio la orden:

—Entrad.

Escuché cómo hacían añicos las cristaleras de la terraza.

«*La mañana de los cristales rotos*».

Tras unos instantes se echó la mano al pinganillo, apretándolo contra su oreja. Señaló la entrada del edificio.

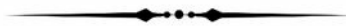
—Está hecho. El peligro ha sido neutralizado.

«¿*Neutralizado?*». Aquello podía significar muchas cosas.

No tuve tiempo de preguntar nada.

Foster se introdujo en el bloque a paso ligero.

Lo seguimos.



Me moría por interrogarla. Necesitaba conocer los porqués, los cómo, los cuándo, qué la llevó a matar a quien ni siquiera era un culpable directo de su traumático pasado, del dolor que la llevó a resarcirse imitando a los nazis; trauma que ni siquiera era suyo, sino heredado. Yemima ejecutó, pero no fue la

artífice. En el fondo, los crímenes recaían sobre su abuela, quien padeció el Holocausto y le transmitió el odio que sentía. Fue la médula de aquella venganza macerada durante años, incluso décadas, y que se inició con Abiel Gewürz. En cambio, su nieta pagaría por sus pecados.

«Al fin sabré qué hizo Abiel para merecer la muerte, un niño por aquel entonces —pensé ya cerca del tercer piso».

Nada más entrar en el apartamento vi a varios miembros de los S.W.A.T.; tres de ellos fumando en la terraza.

«Han cumplido con su deber. Ahora nos tocaba a nosotros cumplir con nuestro trabajo».

¿Dónde está? —preguntó Foster en voz alta.

Un miembro de los S.W.A.T. señaló el final del pasillo. No parecía contento.

Foster a la vanguardia; Jailene y yo siguiéndole de cerca. El apartamento volvía a gozar de luz artificial.

Vimos el baño al fondo del corredor. Su puerta estaba abierta de par en par. El interior se atendía intensamente iluminado. Pude contemplar un gres blanco como la nieve; casi parecía que nos acercábamos a un destello siniestro e interminable. La escasa iluminación del pasillo propició dicho contraste.

Foster anduvo lentamente hacia ese cuarto que irradiaba claridad. Al llegar a su destino, se detuvo en seco. Miró a su izquierda sin traspasar la puerta.

—Por Dios —susurró.

Un segundo más tarde, de mi boca emergió una frase casi idéntica:

—Dios mío.

Jailene no dijo nada; se quedó petrificada ante Yemima Weis.

Vestía un pijama de rayas. Llevaba la cabeza rapada y el cuerpo envuelto

por alambre de espino. Su piel estaba negra, quemada, como la mayor parte de la prenda. Con la boca y los ojos abiertos, yacía tumbada en el interior de la bañera. Bajo su joven cuerpo, dos dedos de agua que sirvieron para aumentar la sacudida que sesgó su existencia. El alambre partía del borne positivo de una batería hasta enrollarse por sus piernas, estómago, pechos y cuello como una serpiente de metal deseosa de estrangularla. Se lo apretó con tanta vehemencia, que las púas se clavaron en su piel.

««Ir al alambre», lo llamaban los propios judíos. Lanzarse a la alambrada electrificada del campo de exterminio por la noche: una forma de escapar al horror nazi».

—Se acabó —sentenció Foster—. No volverá a matar. Tiene lo que se ha buscado.

No podía estar más en desacuerdo con mi compañero, ni sentir un ápice de felicidad. El caso estaba resuelto, sí, pero aquella muchacha no era más culpable que el niño que se enfunda un cinturón bomba; su único pecado fue nacer en la familia de Irena Stein.

«¿Cómo alguien puede trastocar así un cerebro, hacerlo partícipe de un dolor «ajeno», convertirlo en una mente asesina? Debería estar en un psiquiátrico y no electrocutada en una bañera».



PLAYA Y SERRÍN

No quisimos demorar el viaje de vuelta ni un segundo más del necesario; una vez atados los cabos que quedaban sueltos, lo emprendimos. Nada nos ligaba ya a la Ciudad del Pecado, que, si no era santo de mi devoción antes de esa visita, menos lo sería tras el inolvidable incidente de la bañera. Las Vegas ya formaba parte de mis ciudades *non gratas*.

El viaje de vuelta lo pasé leyendo. En el apartamento, dentro de una mochila de montaña, encontramos un diario escrito por Irena Stein, además de una lista tallada en madera —obviamente, rubricada por la misma—: dieciocho nombres que coincidían con los agujeros descubiertos por Yanet. Tenía tantas ganas de abrazarla...

Su historia no era distinta a la de otros judíos que padecieron el Holocausto: un relato de horror, odio, pérdida y penuria. Leerlo de puño y letra de un superviviente me marcó. Dudé incluso de la bondad humana, de qué pasta estamos hechos.

«¿Somos buenos por naturaleza o nacemos con la maldad instaurada? Supongo que nada es blanco o negro; supongo, que en el interior de cada ser humano hay una infinita amalgama de colores».

Surqué las horas como si surcara minutos. Me sumergí en aquel relato hasta devorarlo de principio a fin.

Conocía los motivos, pero me resultaba imposible entender lo que acabaron acarreado. El silbato en el estómago de Abiel Gewürz, el Mauser y el fusilamiento en la vieja fábrica, la orina sobre la segunda víctima... Las piezas del puzle encajaban a la perfección. Irena Stein lo perdió todo durante el Holocausto y juró hacérselo pagar, hacerles sentir lo mismo que sintieron ellos. Pero odió más a los de su propia «raza», a aquellos que ayudaron a los nazis y no mostraron clemencia, que al propio Tercer Reich. Ya lo dijo William Blake: «Es más fácil perdonar a un enemigo que a un amigo».



Las 2:13 de la madrugada.

Ni un alma en la urbanización.

—Menudo mal cuerpo me ha dejado el caso —dijo Jailene con el Mustang apagado ante la puerta de mi casa. Su rostro reflejaba la pena y el cansancio—. Es triste que todo haya acabado así. —Sonrió con la mirada perdida en la calzada, intentando aparentar un poco de satisfacción; pero su gesto se quedó en un ademán, en un intento fallido—. Pero ya estamos en casa y con el deber cumplido, ¿no? Nuestro trabajo conlleva contemplar el mal de cerca. Supongo que mañana estaremos más animados. Nos aplaudirán al llegar a comisaría y toda esa parafernalia... Joder, cómo odio que lo hagan.

—Pues a mí me suben la moral.

Mentí a medias: me fastidiaban las palmaditas en la espalda cuando provenían de aquellos que luego no se dignaban a saludarte durante el resto del año. Al margen de eso, solo pretendía levantarle los ánimos a mi decaída compañera.

«Y eso que no ha leído el diario...».

—Supongo. En fin... ¿Nos vemos mañana en comisaría?

—Por supuesto. Pero te aviso de una cosa: voy a pedir unos días libres y no pueden negármelos.

—Pues creo que me voy a unir a tu petición. ¿Playa o montaña?

Abrí la puerta con una cariacontecida sonrisa en el rostro. Desde afuera la saludé con un escueto saludo militar y un cariñoso «hasta mañana, Jailene».

Entré en casa. Esta vez, Yanet tardó un poco en salir a recibirme, y lo hizo con los ojos entreabiertos y bostezando.

—Ya estás en casa —musitó mientras nos abrazábamos—. Te he echado mucho de menos, amor. Y eso que te has ausentado apenas un día...

—Yo también te he añorado, vida.

Tras el apretón, me dirigí al dormitorio.

—¿Todo bien? —me preguntó mientras me desvestía.

—Sí... Un trágico final, pero bien. Supongo que hay cosas que no dependen de nosotros.

—¿Te apetece hablar del tema o prefieres olvidarlo?

—Nunca lo olvidaré, amor. Pero sí: prefiero no hablar del tema.

Asintió.

—¿Te preparo una vaso de leche calentita?

—Vale. Voy a darme una ducha rápida y me la tomo en la cama, ¿de acuerdo?

—Claro.

Me besó en la frente y se marchó a prepararme la bebida.

Encendí la luz del cuarto de baño y no pude evitar recordar a Yemima Weis envuelta en alambre de espino.

«Mierda. Unas vacaciones van a venirme de perlas. Y voy a cogerm

quince días mínimo. Me los he ganado con creces, joder. Llevo dos años sin parar».

La ducha se alargó más de lo esperado. El agua fría me sentó de maravilla. Luego, junto a Yanet y sobre la cama, me bebí la leche.

Me acurruqué junto a ella en posición fetal.

«Tengo la vida que siempre deseé».

Honolulu, Hawái. Diez días más tarde

El sol no calentaba: quemaba. Sobre la toalla, con la sombrilla cubriéndome solo parte del cuerpo —los pies se me quedaban al alcance del astro rey—, me limitaba a disfrutar de la vida. Si te gusta la playa, aquel era un lugar inmejorable. El amor de mi vida, arena blanca, aguas transparentes y una cerveza fría en la mano; allí, uno podía llegar a sentirse el hombre más feliz del mundo.

—Oye. —Yanet giró el rostro en mi dirección—. ¿Un refresco en la terraza de ahí detrás? Empiezas a ponerte roja...

A mi esposa no le importaba en absoluto estar a punto de arder. Cuando el calor nos dejaba a los demás inconscientes —y no exagero—, ella se sentía en la gloria. Pero yo temía al poder cancerígeno del sol.

—Vale, vamos.

Recogimos los bártulos y andamos apenas cuarenta metros. Nos sentamos al resguardo de unas vistas insuperables: la línea de un horizonte azul, limpio de nubes.

Miré el móvil. Llevaba días sin hacerlo, desconectado del mundo —que no de mi mundo—. Ví cinco llamadas perdidas de Foster.

«¿Foster?».

El corazón me dio un vuelco. Al leer su nombre en la pantalla, la imagen de Yemima Weis electrocutada en la bañera se reprodujo en mi mente.

—Tengo cinco llamadas perdidas de Foster, el agente del F.B.I.

Yanet frunció el ceño.

—Pues tendrás que llamarle, ¿no?

Marqué su número. Contestó de inmediato:

—Sé que estás de vacaciones. —Ni siquiera se dignó a saludar—. Así que no voy a hacerte perder el tiempo. Pero es tu caso y creo que debes estar al tanto.

—Creía que estaba cerrado.

Yanet me observaba expectante.

—El caso está cerrado, sí, pero por lo visto, lo que no estaban cerrados eran los asesinatos.

—¿Qué? —Creí que el corazón iba a salirseme del pecho—. Explícate.

—Como ocurrió con el primer fiambre, un granjero ha encontrado, de pura casualidad, a una joven encadenada en una lechería abandonada de Las Vegas. Junto a la fallecida por inanición, se ha encontrado un cuenco vacío con restos de pan mezclado con serrín y patatas...

—El alimento que los nazis le daban a Irena Stein —interrumpí— en el gueto de Varsovia.

—Exacto. Por lo visto, dejó el cuenco fuera de su alcance y la abandonó. Además, al igual que en la vivienda que alquiló en Phoenix, hemos encontrado la pintada de una esvástica y la misma inscripción escrita en yidis: «Yo no olvido». La víctima, judía, desapareció de Nueva York hace apenas quince días. Creemos que la secuestró, la transportó con la furgoneta hasta Las Vegas, la dejó en la lechería y prosiguió su camino hasta Phoenix. Allí mató a Abiel Gewürz mientras la joven moría lentamente de hambre y sed, siendo este el primero en fallecer, pero no en padecer la locura de Yemima Weis. La información de los forenses da a entender que la muchacha murió entre el

primer y segundo asesinato. ¿Y sabes qué?: creo que esa malnacida quería volver a regocijarse, a contemplar el cadáver desnutrido de la pobre chica. Las Vegas siempre fue su tercer destino. Pero le jodimos el plan. Al final, tuvo que conformarse con contemplar su propia muerte.

—Gracias, Foster. Agradezco la llamada.

—De nada.

Colgué. Seguir hablando no servía de nada. Ella estaba muerta y el caso finiquitado, pero esa última sorpresa acababa de joderme las vacaciones.

—Tenía a una mujer encadenada en una lechería abandonada —informé a Yanet—. La mató de hambre. La obligó a ingerir pan mezclado con patatas y serrín y la dejó marchitar.

Tras un cortante silencio truncado únicamente por el sonido de las olas al romper y el murmullo de los turistas, mi esposa habló lúcida como siempre:

—Deberíamos centrarnos en la parte positiva del asunto: tenía a dieciocho judíos señalados y solo consiguió matar a tres. No dejemos que Yemima Weis nos fastidie las vacaciones.

—No te equivoques, amor: toda la culpa es de Irena Stein.

SILBIDOS DE SUPRESIÓN